



AVISO LEGAL

Título: *El libro de la tía: memorias de Tula Alvarenga una obrera revolucionaria de El Salvador*

Autor: Regueyra Bonilla, Carlos

Colaboradores del libro: Regueyra Bonilla, Carlos (editor); Brutus H. Marie-Nicole; Martínez Hdalgo Irma (diseñadoras)

ISBN: 978-607-30-5350-1

Trabajo realizado con apoyo de los programas UNAM PAPIIT AG400120

Forma sugerida de citar: Regueyra, C. (2021). *El libro de la tía: memorias de Tula Alvarenga una obrera revolucionaria de El Salvador*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.
<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- › Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

El libro de la Tía

Memorias de Tula Alvarenga
una obrera revolucionaria
de El Salvador

Carlos Regueyra Bonilla
Editor



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

RECTOR

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

SECRETARIO GENERAL

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

COORDINADORA DE HUMANIDADES

Dra. Guadalupe Valencia García

CENTRO DE INVESTIGACIONES

SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

DIRECTOR

Mtro. Rubén Ruiz Guerra

SECRETARIA ACADÉMICA

Dra. Guadalupe Cecilia Gómez-Aguado

ENCARGADO DE PUBLICACIONES

Gerardo López Luna

EL LIBRO DE LA TÍA

EL LIBRO DE LA TÍA
MEMORIAS DE TULA ALVARENGA
UNA OBRERA REVOLUCIONARIA DE EL SALVADOR

Carlos Regueyra Bonilla
(editor)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
México 2021

La publicación de este libro se hizo gracias al apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM, a través del Programa de Apoyos Institucionales de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT): “Centroamérica ¿por qué la crisis? De las guerras civiles a las caravanas migrantes (1979-2019)”. Clave del proyecto AG400120. Etapas 31 y 32. Responsable del proyecto: Dr. Mario Rafael Vázquez Olivera.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información.

Nombres: Regueyra Bonilla, Carlos, editor.

Título: El libro de la tía : memorias de Tula Alvarenga una obrera revolucionaria de El Salvador / Carlos Regueyra Bonilla (editor).

Otros títulos: Memorias de Tula Alvarenga una obrera revolucionaria de El Salvador.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2021.

Identificadores: LIBRUNAM 2134117 | ISBN 9786073053501

Temas: Alvarenga, Tula, 1923- . | Líderes obreras – El Salvador – Biografía. | Mujeres comunistas – El Salvador – Biografías. | Mujeres – Actividad política – El Salvador – Biografía.

Clasificación: LCC HD6567.5.A48.L53 2021 | DDC 331.88097284—dc23

Imagen de portada. Emanuel Rodríguez Chaves a partir de una foto de Franklin Quezada.

Diseño de la cubierta: Mtra. Marie-Nicole Brutus H.

Diseño de interiores: D.G. Irma Martínez Hidalgo

Primera edición: noviembre de 2021

Fecha de edición: 26 de noviembre de 2021

D. R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán
C.P. 04510, México, Ciudad de México

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
Torre II de Humanidades, 8° piso,
Ciudad Universitaria, 04510, México, Ciudad de México
Correo electrónico: cialc@unam.mx
<http://www.cialc.unam.mx>

ISBN 978-607-30-5350-1

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
I. Cómo fue posible este texto	9
II. Releer la vida de la Tía en tiempos de pandemia	15
Bibliografía.....	27

EL LIBRO DE LA TÍA

Los mesones.....	31
La gran contradicción	55
Obrera	61
Sindicalista	71
Comunista	89
La represión del 52.....	97
Exilio en Guatemala	123
Exilio en la Unión Soviética	141
Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas.....	155
Clandestinidad	183



ÍNDICE

La muerte de <i>Marcial</i>	211
Peregrinar	221



PRESENTACIÓN

I. CÓMO FUE POSIBLE ESTE TEXTO

Tengo entre mis manos la historia de una mujer admirable. Obrera, sindicalista, revolucionaria, y por ello exiliada, presa, torturada.

El camino de la libertad es cuesta arriba y en estos tiempos de apatía y desesperanza, en estos tiempos en los que se prolonga el dolor, la explotación, el despojo, la injusticia en todas sus formas, debemos escuchar la voz de quienes estuvieron antes. De los pueblos originarios aprendí que en el relato de nuestros mayores vive la memoria de quienes somos y de quienes seremos.

En la vida de Tulita Alvarenga, mejor conocida como la Tía, está la historia de un pueblo sufrido, masacrado, contra el que se dirigieron las más horribles formas de terrorismo de Estado, pero que también es un pueblo valeroso, alegre, fraterno, admirable: *cachimbón*.

En chino hay una palabra abarcadora: *fumu*, para decir: padre y madre, y esto es lo que me gustaría dar a entender cuando digo

que mis tatas conocieron a la Tía en la cárcel, es decir, en las respectivas cárceles en las que compartían encierro con un puñado de presos y presas políticas que formaban parte de las organizaciones salvadoreñas que operaban en Costa Rica durante la década de los ochenta, y a quienes ella, la Tía, iba a visitar, en La Reforma y El Buen Pastor.

No sabían, entonces, mis *fumus*, que ella era la Tía, es decir, la protagonista de esta historia tan fascinante. Pensaban que se trataba de la tía de alguien y, pasada la experiencia de la conspiración y la clandestinidad, sabían que no había que preguntar.

Vinieron a enterarse, tiempo después, ya libres, leyendo aquel libro de Claribel Alegría y D. J. Flakoll titulado *No me agarran viva*, acerca de Ana María Castillo Rivas, *Eugenia*, donde se incluye un pasaje en el que la Tía relata una parte de su experiencia durante la represión de 1952.¹ Desde entonces, es decir, desde que se percataron de quién era la mujer con la que habían compartido tantas veces, no pararon de abrir los ojos de asombro y admiración, y de estrechar los brazos de cariño y complicidad.

Yo, por mi parte, la conocí apenas unos días después de haber nacido. Hay una foto que registra ese momento. Ella me sostiene, diminuto, en brazos, y yo, sin pelo y sin dientes, tengo la mirada perdida que tienen las criaturas cuando están empezando a asimilar la luz. A lo largo de mi infancia la Tía fue una presencia permanente. Hay decenas de fotos en las que estamos mi hermano y yo junto a ella, en la casa, en un parque; estuvo en nuestros cumpleaños [...] en fin, toda la vida.

¹ Claribel Alegría y D. J. Flakoll, *No me agarran viva*, México, Era, 1983 (Serie Popular).

Me interesa consignar ese tono familiar, anecdótico y emotivo porque no es otro el punto de partida para la confección de este libro y es el ánimo con el que procuro encaminar estas palabras.

Otro será el lugar y el momento, otras serán las voces y los recursos para contar la singular aventura que llevó a mi mamá y a mi tata a la prisión política en cárceles costarricenses, pero algo que sería importante mencionar es que se había construido sobre sus personas una imagen tal que buscaba (y efectivamente consiguió) prolongar su aislamiento como una forma de exilio interior que coincidía con el exilio de este conjunto de salvadoreños y salvadoreñas que permanecían aquí y con quienes establecieron lazos de convivencia.

De entrada, no fue fácil convencer a la Tía de que contara su historia para grabarla y, en un futuro que es hoy presente, publicar un libro. Decía que ella no era importante. Hoy creo que había quizás una mezcla de genuina humildad y sentido de la comparimentación: no todo se le cuenta a cualquiera; pero con el tiempo se fueron acentuando el aprecio y la confianza, y la Tía se decidió a hacer este relato.

Las primeras grabaciones las hicieron mi tata y mi mamá en casetes de cinta, en sesiones que se prolongaron por muchos fines de semana en los que la Tía se quedaba en la casa en la que vivíamos en Desamparados, a mediados de la década de los noventa. A mi hermano y a mí nos mandaban a dormir mientras ella contaba sobre los bailes que organizaban en la toma de posesión de las asociaciones que antecieron a los sindicatos (ilegales aún), o sobre las torturas en las bartolinas.

Cuando le dieron a leer una transcripción de aquellas grabaciones, insistió en que no le gustaban, en que ella no quería ser protagonista.

Conforme pasó el tiempo y crecimos, mi hermano y yo empezamos a participar de esas grabaciones. Aparecieron las computadoras y las grabadoras digitales, y las cintas fueron sustituidas por archivos digitales en mp3. Horas y horas de grabaciones.

En julio de 2010 mi mamá, mi hermano y yo viajamos a El Salvador, a donde la Tía había regresado después de un peregrinar de más de veinte años, para completar algunos pasajes de la historia. Pero el tiempo pasaba y las grabaciones permanecían ahí, en las cintas que sobrevivían al moho y los archivos, a las amenazas de virus informáticos.

Las conversaciones que sustentan esta historia, entonces, se distribuyen de manera irregular a lo largo de unos quince años. En ellas participaron primero mi madre y mi padre y luego también mi hermano y yo.

En 2015 entré a una maestría que pretendía estudiar la cultura y la literatura centroamericanas y yo me propuse hacer la tesis sobre el relato inédito de la Tía, pero deserté y la investigación académica acerca del relato testimonial en Centroamérica no se concretó, por suerte, ya que el resultado habría sido un mamotreto de aburrimiento.

Finalmente, en 2016, con el dinero de un premio literario me compré mi propio tiempo para ponerme a transcribir y ordenar las grabaciones. “Transcribir y ordenar” se dice fácil, pero fueron meses de trabajo. Para dar cuenta de esa labor quisiera citar la página de un cuaderno en el que oportunamente se me ocurrió consignar, a manera de bitácora, aspectos relacionados con la confección de este libro:

Hace algunas semanas terminé la transcripción de la entrevista realizada en El Salvador en 2010. Ahora, sobre la base de esa transcripción y en atención a un orden cronológico, reconstruyo el relato biográfico.

En la primera sesión establecí de manera tentativa un estilo de narración que alternaba el relato en primera persona en cursiva con intervenciones de un narrador en tercera persona con el objetivo de aclarar o comentar algunos aspectos. Sin embargo, con la ayuda de las transcripciones de casetes, asumí mi tarea como una intervención más decisiva pero más discreta.

El relato tiene entonces un carácter de *collage*, en tanto he tomado una frase de aquí y de allá y ajustado, en algunos casos, la redacción para construir párrafos coherentes entre sí y cohesionados en su conjunto.

Por ejemplo, en la entrevista de 2010 habla de manera general sobre la vida en los mesones, algo que estaba mencionado en la transcripción de casetes. Aquí ahonda en el aspecto físico de la distribución del espacio y en la ubicación de los lugares, mientras que en los casetes más bien destacan situaciones como el acceso a la atención médica, de modo que se hace preciso ir “barajando” las informaciones contenidas en cada transcripción y darles unidad.

Cuando digo que asumí mi tarea como una intervención más decisiva pero más discreta, quizás no quedan claras sus implicaciones. Quiero decir que decidí no llenar el texto de notas al pie para no interrumpir el relato, así como decidí no añadir otra voz, ni la mía ni la de una entidad narrativa abstracta. En cambio, tuve que juntar pasajes que hablaban sobre un mismo tema, que habían sido grabados con muchos años de diferencia, durante sesiones realizadas en dos países distintos, pero que aportaban detalles específicos en cada caso.

Una vez terminado ese proceso, con un borrador más o menos coherente, con el dinero del premio me compré un pasaje de ida y vuelta a El Salvador para ir a revisar el documento con la Tía. Leí para ella cada una de las palabras que aparecen aquí escritas y ella fue corrigiendo conmigo los detalles, las imprecisiones y elimi-

nando algunas menciones comprometedoras para otras personas. Los últimos párrafos fueron grabados en esas sesiones.

Este es el resultado final. Los hechos que aquí se cuentan son fieles a la manera en que la Tía los recordaba y son una contribución al conocimiento de la historia de El Salvador, en especial acerca de las luchas populares del periodo anterior a la guerra. Resulta valioso el retrato de la vida en los mesones, el aporte acerca del trabajo de la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas y la perspectiva particular y complementaria sobre los hechos de la represión de 1952, que ya habían sido narrados en el famoso libro *Secuestro y capucha*, de Salvador Cayetano Carpio.² Además, está aquí la curiosa anécdota de que la Tía, al refugiarse en la embajada argentina luego del golpe contra Jacobo Árbenz en Guatemala, coincidiera con Ernesto Guevara de la Serna, antes de que se convirtiera en el mítico guerrillero que conocemos como el *Che*.

La Tía a menudo adaptaba su relato a un vocabulario menos salvadoreño para que lo pudiéramos entender o le salía naturalmente luego de haber vivido tantos años en San José, Costa Rica. A mi mamá y a mi tata la Tía les hablaba de usted, pero a mi hermano y a mí nos voseaba, como hacen muchas abuelas con sus nietos por toda Centroamérica; por eso en algunas ocasiones el relato alterna estas formas de tratamiento.

A su esposo, el compañero de su vida, comandante de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), algunas veces lo menciona como Salvador y, otras veces, como *Marcial*. En ocasiones, en un mismo pasaje, pasa de un nombre a otro. Es la misma persona, es el Tío. En este relato aparece la historia detrás de ese sobrenombre y una versión íntima y dolida acerca de los sucesos de abril

² Salvador Cayetano Carpio, *Secuestro y capucha*, San José, EDUCA, 1982.

de 1983; el exilio, la repatriación de los restos, la solidaridad y el agradecimiento hacia quienes no la dejaron sola frente a la marginación y el escarnio.

Que estas palabras sirvan para reivindicar la entereza de una vida de lucha que, a pesar de los golpes, no renuncia a los ideales de construir un mundo mejor y más justo con el que seguimos soñando.

II. RELEER LA VIDA DE LA TÍA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Bailoteo sobre mi silla y pulso estas teclas como si la música que estoy escuchando brotara de mis dedos y no de una grabación. No importa. Estas palabras son prescindibles.

Esta tarde, que es la del mismo día de siempre, intenté explicarle a Irene mi traba con respecto a este texto. Comparto con ella una casa en San José en la que alquilamos nuestros cuartos. Mientras estamos confinados en cuarentena a causa de la pandemia por la Covid-19 quiero aprovechar el encierro para escriturar esta suerte de presentación. En una pizarra acrílica, mientras ella tomaba mate y comíamos galletas de chocolate, anoté algunas siglas y fechas, tracé algunos dibujos. Mi tata, cuando le conté y le envié una foto de los dibujos, me recordó que, precisamente este abril, las Fuerzas Populares de Liberación cumplen 50 años.

De modo que, sobre un fondo de *art rock* narrativo de una banda cuyo nombre no sé cómo diablos se pronuncia, en el contexto de pandemia global, me propongo confeccionar un *collage*. Las piezas para este rompecabezas fueron sustraídas de distintos lugares, todo bañado por un barniz de afectos y cosido con el hilo del momento.

Voy a hablar de los sucesos de abril de 1983 en Managua que significaron el fraccionamiento de las FPL, de las cinco organizaciones político-militares de izquierda que conformaban entonces el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), la más grande, con más combatientes y con mayor influencia en las organizaciones populares de la época. Pero voy a hablar al respecto porque aquellos sucesos significaron también un quiebre fundamental en la vida de la Tía. Voy a procurar situar el relato de la vida de Tulia Alvarenga, la Tía, en la dimensión de marginalidad a la que la destinaron tanto los mencionados sucesos de abril como la consiguiente conformación en la estructura de mando del FMLN.

La banda que escucho se llama Gazeuse y me gustaría que este texto lo leyera gente joven, con los ojos enrojecidos, que asiste a conciertos en bares, para que pudiera aquí aprender un poco de la historia que nos conforma.

Dijo Irene esta tarde que la historia de la Tía no solo le pertenece a ella, su protagonista, no solo me apela a mí, que la compaginé, que crecí a su lado, o a las personas que habitan ese rincón del mundo y del continente llamado El Salvador, sino también a quienes nunca la han conocido, a quienes no tocarán tierra pipil ni en el mapa, por temor a contagiarse de centroamericanidad.

El relato de la vida de la Tía puede hablarnos acerca de una manera de hacer y entender la política desde otro lugar. El confinamiento, la anulación a la que fue sometida ella tal vez nos permita repensar otras formas contemporáneas de anulación que vivimos y que viven otras personas a nuestro alrededor, allá afuera, en la calle que hoy nos está vedada, en el campo; allá adentro, en los recintos oscuros y en los iluminados.

De manera especial, me gustaría que este texto fuera leído por las jóvenes feministas del continente, porque hay en la historia de

la vida de la Tía la alusión, la referencia a un transcurrir que no es nuevo y del que son parte.

Y me interesa, además, ya que estoy elaborando esta declaración de intenciones, sustentar en forma y fondo una diatriba contra una manera de administrar el conocimiento anquilosada en las aulas cuadriculadas y en los parámetros de una retórica caduca emanada de un afán de imitación de modelos eurocéntricos, porque esta escritura tan llena de rock y de boronas, tan contrahecha, sustituye un documento académico que a estas alturas cualquiera hubiera dejado de leer a causa de un ataque mortal de bostezos.

Entre los discos de acetato que cargo, junto con los libros y la ropa, de una casa a otra en la que vivo, hay dos o tres con carátulas en ruso. La Tía nos los dejó, así como otras pertenencias, luego de que vendió su casa en San José para trasladarse a vivir a El Salvador de manera definitiva. Posiblemente se trata de souvenirs de cuando estuvieron en la Unión Soviética, recuerdos de un país que ya no existe.

Decidí poner uno de esos discos esta tarde, que es la del mismo día de siempre, en un intento por descascarar la superficie del presente que me abruma, para desenterrar las raíces de un tronco carcomido. Es un truco, apenas eso, como estas palabras, como encender un tabaco, una ceremonia para ponerme en situación de escritura.

Pero quién sabe cuántos años hace que una aguja no recorre y hace sonar el surco espiral de ese plástico negro sobre el que fue grabada una orquesta. La música me llega entonces turbia, entrecortada.

Y no de otro modo me llegan las imágenes, las escenas, las ideas y las sensaciones asociadas a esa terrible semana de abril de 1983

en Managua, donde se había instalado por entonces la retaguardia de la guerrilla salvadoreña.

El 6 de abril, en la madrugada, Mélida Anaya Montes, la comandanta Ana María, es asesinada de manera brutal. Era la segunda responsable de las Fuerzas Populares de Liberación.

Salvador Cayetano Carpio, el comandante *Marcial*, primer responsable de las FPL, compañero de la Tía, regresa a toda prisa desde Libia, pasando por París y México, y asiste, el 9 de abril, al funeral. Días después, la noche del 12, se suicida de un balazo en el corazón.

Hay tres documentos que abordan estos hechos que me interesa citar (aunque se trata de perspectivas muy diferentes, incluso contrarias), porque la manera en la que están contados aquí, en el relato de la Tía, es vivencial, de primera mano, pero sin el marco histórico o político que estos documentos nos pueden aportar.

Marta Harnecker, una socióloga chilena vinculada a la dirección de la Revolución cubana, autora de diversos textos que funcionaron como manuales de marxismo, publicó en 1991 un libro titulado *Con la mirada en alto. Historia de las Fuerzas Populares de Liberación*, elaborado a partir de entrevistas con los dirigentes de esa organización.³

En ese libro, tanto el relato de los acontecimientos de abril de 1983 como las interpretaciones que de ellos hacen la autora y los entrevistados dan por cierto que *Marcial* fue el autor intelectual del asesinato de Ana María.

Según esta versión, *Marcial* sería (aquí recojo algunos de los adjetivos empleados) un confuso dirigente, dogmático, prepoten-

³ Marta Harnecker, *Con la mirada en alto. Historia de las Fuerzas Populares de Liberación*, Chile, Ediciones Biblioteca Popular, 1991. En <https://rebellion.org/docs/92108.pdf>.

te, sectario, de formación marxista poco profunda y de una gran vanidad personal que lo llevó a creerse infalible; quien, afectado psicológicamente por la posibilidad de perder su cargo de dirigente, planifica fríamente el asesinato y, luego, en un acto de cobardía política [*sic*], se suicida.

Sin embargo, esta versión es problemática, principalmente porque, a la fecha, es decir, casi cuarenta años después, nunca fue presentada prueba alguna que vinculara a *Marcial* como autor del crimen. Así lo consignó también el juez a cargo del caso.

Es posible que el asunto sea más turbio y más complejo.

En el tocadiscos la aguja salta y la melodía se interrumpe, como si tosiera al hablar, cortando frases que ya no serán completadas y, así, como a pedazos, entre toses, traigo a colación el texto en tres partes que publicó Rafael Menjívar Ochoa a finales de abril de 2008 en el diario salvadoreño *El Mundo*.⁴

Se trata de un relato con estilo de crónica policial que da a entender que *Marcial* se suicidaría no por haber sido descubierto, sino al verse acorralado por un conjunto de presiones internas y exteriores a la organización para las que acusarlo del asesinato de Ana María sería un medio para anularlo o desplazarlo y, con él, a la posición contraria a aceptar negociaciones con el gobierno salvadoreño que, en la práctica, implicaron renunciar a hacer la revolución que se proponía y acceder a la participación política electoral.

Para entender mejor cuáles eran las posiciones de *Marcial* y las discusiones a lo interno de las FPL en aquel momento, es de

⁴ Rafael Menjívar Ochoa, “Historia de un crimen político”, “*Marcial en un callejón sin salida*”, “Primero, silencio y luego, el balazo”, en *Tribulaciones y asteriscos*, 2008. En <http://rmenjivar.blogspot.com/>.

especial utilidad el texto de Antonio Morales Carbonell titulado “El suicidio de *Marcial*, ¿un asunto concluido?”, que aparece en la edición de 2011 de *Nuestras montañas son las masas*,⁵ aunque ya había sido publicado originalmente en 1994.

Las divergencias entre apostar por un gobierno revolucionario o por uno de amplia participación, entre priorizar la negociación con el gobierno o la estrategia de la guerra popular prolongada, entre conciliar un frente único o fortalecer la organización propia, son algunos de los ejes de aquella discusión que hoy suena tan lejana, luego del estruendo de la guerra que se prolongaría todavía por nueve años más, a la distancia de casi cuatro décadas de sangre, llanto, masacres, traiciones, fosas clandestinas.

El hecho es que el desplazamiento en la estructura de mando de las FPL significó no solo la muerte del esposo de la Tía, de su compañero de vida y lucha, como ella ha dicho, sino que significó también su propio confinamiento, su marginación, un quiebre en su vida y en la historia de la pretendida revolución salvadoreña que nunca podremos terminar de dimensionar.

Como ya se dijo, el grupo que quedó en la dirigencia de las FPL se encargó de convertir la figura de *Marcial* en la encarnación del error. Por eso, este relato que intento prologar se opone no solo a la historiografía oficial de la oligarquía y de la derecha en El Salvador sino también a la versión que la cúpula del FMLN construyó para sí misma.

Pero este relato no solamente es valioso porque aborda un episodio controversial de la historia del FMLN. Es valioso, ante todo, porque evidencia de manera transversal, a partir de una voz hu-

⁵ En Salvador Cayetano Carpio, *Nuestras montañas son las masas*, San Salvador, Carpio-Alvarenga Editores, 2011.

mildemente protagonista, el lugar a la vez marginal y decisivo que tuvieron las mujeres en la construcción y sostenimiento de las organizaciones populares, legales o clandestinas, sindicales o político-militares en El Salvador, pero también en América Latina.

Esta tarde, mientras conversaba con Irene de todo esto, decía ella que no estar leyendo el futuro, el pasado y el presente desde los hitos que hacen una revolución y cómo se supone que se hace una revolución, permite identificar los componentes más pequeños, que también son importantes, que son necesarios, que son *constitutivos*, enfatizaba ella, de la revolución. Esa micropolítica, decía, que sostiene la revolución con una serie de acciones que son tan relevantes como estar en una dirigencia, pero que no son visibles.

Este texto, entonces, quiere ser también un aporte contra esa invisibilización del papel de las mujeres en los procesos revolucionarios, así como contra esa anulación de la validez de su palabra. Es parte de lo que aquel pasado puede iluminar sobre este presente.

Pero también, ahora que, en conjunto con despliegues policiales y militares y alarmas sanitarias, el eslogan de “quédate en casa” se ha instalado con gran efectividad como procedimiento para el control de las poblaciones alrededor del planeta, el problema de la vivienda, asociado a la renta y a la propiedad privada, parece soslayarse de los discursos públicos al tiempo que se mantiene como un asunto de primer orden para millones de personas.

Ahora que, en el marco de las llamadas medidas económicas para enfrentar la crisis provocada por la pandemia, se están implementando reformas que flexibilizan y, por ende, precarizan las condiciones de trabajo de quienes tienen empleos remunerados, la experiencia de organización de la Tía como trabajadora en un contexto en que los sindicatos eran aún ilegales en El Salvador

puede permitirnos aprender y reflexionar sobre las circunstancias actuales.

Sobre esta primera etapa de su vida, de su infancia en los meses y de la experiencia organizativa hasta la represión del 52 (que aparecen en los primeros capítulos de este libro), el Equipo Maíz publicó un documento, con el estilo propio de los folletos de educación popular, titulado *Vida de Tula Alvarenga*.⁶

Ahora que hay un recrudecimiento de las condiciones en las cárceles salvadoreñas, vale la pena recordar la experiencia carcelaria que vivió la Tía junto a decenas de personas más tras la represión de 1952, pues ilustra el uso propagandístico y la administración extrajudicial de las detenciones como una constante por parte del Estado en El Salvador hasta la fecha.

Sobre este periodo de encierro y tortura, así como sobre su participación en la organización sindical, hay unas pocas páginas dedicadas a la Tía en el libro de Claribel Alegría y D. J. Flakoll titulado *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en lucha*, mencionado antes, cuyo tema principal es la vida de Ana María Castillo Rivas, conocida con el pseudónimo de *Eugenía*.

Por otro lado, el Servicio Informativo Ecuménico y Popular publicó en abril de 2009 una entrevista en la que la Tía cuenta nuevamente acerca de la represión de 1952 y el posterior exilio.⁷

Sobre el periodo de la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas y la participación en el Partido Comunista, así como sobre su papel como colaboradoras de las Fuerzas Populares de Liberación desde su origen hasta su consolidación, el libro de memorias de María

⁶ Equipo Maíz, *Vida de Tula Alvarenga*, San Salvador, Equipo Maíz, 2017.

⁷ Servicio Informativo Ecuménico y Popular, “Entrevista con Tula Alvarenga”, 2009. En <http://www.ecumenico.org/article/es-linda-la-solidaridad-de-los-trabajadoresentrevi/>.

Leticia Solano (Leti, como la llamaba), titulado *Huellas en las piedras*, también hace referencia a la Tía.⁸

En el blog *Tribulaciones y asteriscos*, de Rafael Menjívar Ochoa, la Tía aparece mencionada en varios textos. Hay uno que se titula “Tula Alvarenga y la memoria histórica”, a propósito, precisamente, de la presentación del libro *Huellas en las piedras*. Por otro lado, en la entrada “La tía Tula”, del 29 de marzo de 2006, hace una recapitulación de la vida de Alvarenga de manera resumida.⁹

En 2011, bajo el sello Carpio-Alvarenga Editores se publicó un volumen titulado *Nuestras montañas son las masas*,¹⁰ que recopila seis cuadernos de formación política elaborados por *Marcial* (Salvador Cayetano Carpio) como “materiales de estudio dirigidos a los organismos y cuadros de las FPL, puestos a circular en forma clandestina con instrucciones de uso estrictamente interno, en 1982”, según la “Nota editorial”. Junto a dichos cuadernos, la edición incluye también otros artículos y documentos relacionados con la figura de *Marcial*, las FPL, las negociaciones entre gobierno y guerrilla, así como otros temas vinculados, entre los que cabe destacar la “Presentación de Tulita Alvarenga”.

En 2013, la Federación Sindical de El Salvador difundió un folleto titulado “En recuerdo de *Marcial*, mi compañero de vida y

⁸ María Leticia Solano, *Huellas en las piedras*, San Salvador, Nuevo Enfoque, 2008.

⁹ Rafael Menjívar Ochoa, “La tía Tula”, 2006; “Tula Alvarenga y la memoria histórica”, 2008, en *Tribulaciones y asteriscos*. En <http://rmenjivar.blogspot.com/>.

¹⁰ Salvador Cayetano Carpio, *Nuestras montañas son las masas*, San Salvador, Carpio-Alvarenga Editores, 2011. En una nota anterior se mencionó a propósito del texto de Antonio Morales Carbonell incluida en esta edición.

lucha”, palabras pronunciadas en el acto en memoria de Salvador Cayetano Carpio el 14 de abril de 2015.¹¹

“Nada se puede hoy pensar ni hacer sin el coronavirus entre-medio”, escribió hace unos días la boliviana María Galindo¹² en un texto que parece proponer abrazar el contagio. Y en medio de esta rara forma de encierro pienso en la ambigua situación de detención que vivió la Tía en Managua luego de los sucesos de abril de 1983, en el secuestro y tortura que sufrió en 1952. No se trata de una comparación banal entre ambos contextos, pues las diferencias son innumerables, pero es desde este lugar, desde esta circunstancia confinada, que pienso y releo.

La espera actual de las personas varadas en países a los que fueron de visita, a estudiar o trabajar, y que ahora no pueden volver porque los aeropuertos permanecen cerrados o porque su país de destino les confinará a centros de contención donde aumentarán las posibilidades de contagio y les dará trato de prisioneros, me hace pensar en el periodo luego del golpe contra Árbenz en Guatemala en que la Tía tuvo que refugiarse en la embajada argentina sin posibilidad de regresar a El Salvador. Como dije, son muchas las resonancias de aquel pasado en este presente.

“Sabemos que llaman a la descolectivización y al telecontrol”, escribió Paul B. Preciado en un texto reciente que habla sobre las acciones de los gobiernos a propósito de la pandemia, “utilicemos el tiempo y la fuerza del encierro para estudiar las tradiciones de lucha y resistencia minoritarias que nos han ayudado a sobrevivir

¹¹ Tula Alvarenga, *En recuerdo de Marcial, mi compañero de vida y lucha*, San Salvador, Federación Sindical de El Salvador, 2013.

¹² María Galindo, “Desobediencia, por su culpa voy a sobrevivir”, en *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, ASPO, 2020.

hasta aquí”.¹³ Y aunque la invitación se emita desde Europa es pertinente para nuestro presente centroamericano.

En otro texto, María Álvarez, desde México, al considerar que la Covid-19 puede afectar especialmente a las personas mayores, se preguntaba: “¿Qué pasará si se nos van los viejos? ¿Quién nos podrá contar de dónde venimos y hacia dónde caminamos? ¿Y si encontramos en esta crisis una oportunidad pandémica para volver a escucharles?”.¹⁴

El disco, este último que puse, la negra espiral de acetato que cruje con el polvo de los años, ha terminado. No sé si recurrir al silencio. En esta tarde atormentada y larga, que es la del mismo día de siempre, marcado por la pandemia, a sus 97 años, ha muerto la Tía.

Unos días antes, su nieta envió un mensaje: “Mi mama Tula está bastante mal”, decía. “Ya nos dijo el doctor que debemos irnos preparando”.

El médico les había dicho que no reaccionaba, pero sí escuchaba. Mi mama le habló. Le dijo que la queríamos mucho, que la admirábamos, que estuviera tranquila y, de nuevo, que la queríamos mucho. Fue la despedida.

El sábado 25 de julio de 2020 murió y de inmediato empezaron a difundirse pésames y obituarios, notas de prensa y comentarios en redes sociales. Yo había dado por cerrado este escrito unas semanas antes y ahora vuelvo a abrir el documento, con los ojos aguados, con la intención de añadir una suerte de reporte al respecto.

¹³ Paul B. Preciado, “Aprendiendo del virus”, en *ibid.*

¹⁴ María Álvarez, “¿Y si se nos van los viejos?”, en *Todo lo que nos queda es ahora. Textos con corazón y dignidad sobre la pandemia de nuestro tiempo*, Chiapas, La Recí Ediciones, 2020.

Hubo asociaciones y sindicatos, agrupaciones estudiantiles y personas que a título individual hicieron públicas sus condolencias y destacaron su trayectoria de lucha. El escritor argentino Jorge Boccanera hizo circular de nuevo un texto que había sido publicado originalmente en 2004, titulado “El brigadista y la cocinera”,¹⁵ acerca del momento en que el *Che* Guevara y la Tía compartieron refugio en la embajada argentina tras el golpe contra Jacobo Árbenz en Guatemala.

Luego, el 26 de julio “la Comisión Política, el Consejo Nacional y la militancia” del FMLN publicaron un obituario. El miércoles 29, durante la sesión parlamentaria, su nombre se incluyó en una lista de personas fallecidas por quienes la asamblea legislativa guardaría un minuto de silencio, a instancias, claro, del partido de izquierda.

“Hipócritas”, decían algunos comentarios. “Ridículos y oportunistas”. “Nunca se preocuparon por ella, nunca la visitaron”. Uno de los comentarios da cuenta de la actitud que la cúpula del FMLN tenía hacia la Tía: relata que se le comentó a una dirigente del partido que ha ocupado altos cargos “que Tula Alvarenga estaba en El Salvador y que sería bueno se le apoyara o hiciéramos un acto como FMLN”. La respuesta ante dicha solicitud fue que la Tía “había sido también cómplice de *Marcial* con lo de Ana María”. Por retorcido que parezca, la versión sin pruebas de la culpabilidad de *Marcial* se extendía también a ella. “Nunca hubo apoyo institucional para reconocer su aporte histórico”, decía otro comentario.

¹⁵ Jorge Boccanera, “El brigadista y la cocinera”, Revista *Lezama*, núm. 4, Buenos Aires, 2004. En <https://www.contrapunto.com.sv/cultura/memoria/el-brigadista-y-la-cocinera-carta-de-homenaje-a-tulita-alvarenga/15087>.

Algunas otras publicaciones hacían referencia a su vida digna y austera, coherente con sus principios. Pero de todas las frases que hablan de su valentía y su compromiso, prefiero, a esta hora, quedarme con las que recuerdan su voz cantarina, su sonrisa y su ternura.

Tuve el privilegio de su abrazo y de su cariño, de oír de su boca historias sorprendentes. Recuerdo sus manos, su voz y sus gestos, pero en especial recuerdo su risa. A pesar del dolor, de tanta lucha y sufrimiento, de la marginación y la calumnia, a la Tía le encantaba reír. Se divertía con las visitas de sus amigos y amigas, y se reía hasta las lágrimas, con sonoras carcajadas.

No sé si recurrir al silencio o buscar entre los pliegues de aquel rock amorfo (que me retrae y me avienta) la hebra de un tejido de la que agarrarme para atisbar una dimensión que me es difícil aludir.

Quiero decir, quizás, algo como que la Tía se ha convertido ya en nuestra ancestral, quiero decir, en alguien cuya huella persiste, no solo como un recuerdo sino como una presencia que nos conforma. La Tía, quiero decir, es ya parte de quien soy, de quienes somos.

Y esta es su historia.

San José, septiembre de 2020.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegria, Claribel y Flakoll, D. J., *No me agarran viva*, México, Era, 1983 (Serie Popular).
- Alvarenga, Tula, *En recuerdo de Marcial, mi compañero de vida y lucha*, San Salvador, Federación Sindical de El Salvador, 2013.

- Boccanera, Jorge, “El brigadista y la cocinera”, Revista *Lezama*, núm. 4, Buenos Aires, 2004. En <https://www.contrapunto.com.sv/cultura/memoria/el-brigadista-y-la-cocinera-carta-de-homenaje-a-tulita-alvarenga/15087>.
- Carpio, Salvador Cayetano, *Secuestro y capucha*, San José, EDUCA, 1982.
- _____, *Nuestras montañas son las masas*, San Salvador, Carpio-Alvarenga Editores, 2011.
- Harnecker, Marta, *Con la mirada en alto. Historia de las Fuerzas Populares de Liberación*, Chile, Ediciones Biblioteca Popular, 1991. En <https://rebellion.org/docs/92108.pdf>.
- Menjívar Ochoa, Rafael, “La Tía Tula”, 2006.
- _____, “Historia de un crimen político”, 2008. *Tribulaciones y asteriscos*, 2008. En <http://rmenjivar.blogspot.com/>.
- _____, “*Marcial* en un callejón sin salida”, 2008. *Tribulaciones y asteriscos*, 2008. En <http://rmenjivar.blogspot.com/>.
- _____, “Primero, silencio y luego, el balazo”, 2008. *Tribulaciones y asteriscos*, 2008. En <http://rmenjivar.blogspot.com/>.
- _____, “Tula Alvarenga y la memoria histórica”. *Tribulaciones y asteriscos*, 2008. En <http://rmenjivar.blogspot.com/>.
- Servicio Informativo Ecuménico y Popular, “Entrevista con Tula Alvarenga”, 2009. En <http://www.ecumenico.org/article/es-linda-la-solidaridad-de-los-trabajadoresentrevi/>.
- Solano, María Leticia, *Huellas en las piedras*, San Salvador, Nuevo Enfoque, 2008.
- VV. AA., *Todo lo que nos queda es ahora. Textos con corazón y dignidad sobre la pandemia de nuestro tiempo*, Chiapas, La Reci Ediciones, 2020.
- VV. AA., *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, ASPO, 2020.

EL LIBRO DE LA TÍA

LOS MESONES

Nací en 1923 en el barrio de Concepción, en un lugar que le llamaban la Plazuela Ayala. Cuando mi papá fue a sacar la partida de nacimiento llevaba la intención de ponerme de nombre “Rosa Julia”.

Mi mamá me quería poner Juliana porque mi abuela se llamaba Juliana, mi abuela materna. Y a mi papá no le gustaba. Como era hija ilegítima puso “Julia Alvarenga”, hija de Carmen Alvarenga y de Filadelfo Morales, pero como en ese tiempo apenas podían escribir los escribientes de las municipalidades, en vez de poner J puso una T. Pero mi mamá juraba que en la Fe de bautismo dice que yo ahí estoy como Rosa Julia.

Me quedé Tulia Alvarenga, ese nombre tan feo. Y para colmo también hay discusión sobre la fecha de mi nacimiento, porque mi mamá decía que había nacido el 8, pero en la partida de nacimiento dice que el 10.

Desde chiquita me decían Tulita. Mi sobrina Tere nunca me dijo Tulita ni Tulia; solo Tuli, toda la vida. La verdad es que yo hubiera querido cambiar mi nombre. Pero me lo cambié muchas veces. Y hasta casi me había olvidado cómo me llamaba.

Mi papá se llamaba Filadelfo Morales, era un obrero de la construcción, de Quezaltepeque.

Mi mamá se crió en una familia muy cristiana allá en Chalatenango. Ella ya se estaba quedando soltera, porque me tuvo a mí como a los treinta y pico de años. Dice que todo lo tenían en su casa. El papá se dedicaba a la agricultura, cultivaban todo lo que necesitaban para el sustento. No se puede decir que eran gente campesina porque no vivían alejados de la ciudad. Pero sí criaban gallinas y sembraban. Me imagino yo que mi abuelo ha de haber alquilado un pedazo de tierra para sembrar maíz. Fueron seis hijos, cuatro mujeres y dos hombres. Uno de ellos se hizo sacerdote y otra se hizo hermana de la caridad.

Mi mamá tenía una hermana de crianza que se llamaba Emilia, la Mila, que la había criado la hermana de ella que era hermana de la caridad allá en Nicaragua. Ella regresó para Chalatenango porque a la hermana la mandaron para Panamá. Ya mayor, Emilia se enamoró del telegrafista y se casaron. Así conoció mi mamá a mi papá, porque era el suegro de Emilia. Mi papá era viudo y ahí se unieron, formaron el hogar y nací yo.

Así es que cuando Emilia tuvo a su primera hija, que se llamaba Teresa, yo tenía año y medio. Entonces yo me crié con la Tere como que fuera mi hermana. Emilia tuvo tres hijos del matrimonio. Y así nos fuimos creciendo.

Mi mamá vivía en Chalatenango, pero mi papá se la llevó a San Salvador. Los padres habían muerto, dos hermanos y una hermana que tenía, también.

Cuando yo tenía tres años mi papá murió. Mi mamá se quedó sola y sin qué hacer. Entonces ella no podía seguir pagando la casita donde vivía y tuvo que buscar un mesón dónde vivir. Ella decidió echar tortillas para vender, porque sabía hacerlas a la perfección. Ella prefirió buscar un mesón bien grande porque ahí podía ella vender sus tortillas. Y decía: “Por lo menos la tortilla no nos va a faltar”.

Para ella fue muy difícil porque se crió en otro ambiente. Ella vivía en Chalatenango con sus padres; tenía dónde vivir, dónde sembrar lo que comían, cultivaban maíz, frijoles, hasta tenían un pequeño trapiche. Hacía el pan para ellos. Todo lo que eran oficios de la casa ella lo sabía hacer muy bien.

La vida en los mesones era terrible. Un montón de gente, con dos o tres baños para todos. Una cocina en el centro que a cada inquilino le tocaba su pedacito. Ahí mi mamá hizo su hornilla, compró un comal de barro y el maíz, y empezó a hacer las tortillas.

Lo que se pagaba eran 6 o 7 pesos, en aquel tiempo. En muchas ocasiones tuvimos que desocupar el cuarto porque nos atrasábamos con el pago. Había algunos dueños de mesón considerados y esperaban a que les pagaran, pero había otros que, si no se pagaba el día que se convenía, entonces ponían desahucio. El plazo de desahucio era de 8 días, y si uno durante ese tiempo no desocupaba el cuarto, ponían lanzamiento, que era cuando llegaba la policía y sin ninguna contemplación sacaban las cosas a la calle.

Mi mamá daba tortillas a crédito con la esperanza de reunir el dinerito de junto para pagar el cuarto donde vivíamos y con lo que vendía ella a diario, compraba el maíz, la leña y la comida. Pero a veces la gente no era puntual con los pagos de las tortillas que ella daba por mes o por semana y nos veíamos en apuros para pagar el cuarto. Como dos o tres veces nos pusieron desahucio.

Por suerte no llegamos al lanzamiento, pero yo cantidad de veces vi eso. ¡Cómo lloraba la gente viendo los lanzamientos! Así me crié yo. Por cualquier razón nos íbamos de este mesón a otro igual. Yo recorrí y me crié en lo que es el barrio de Concepción, hasta el barrio Cisneros de La Garita, en todo eso yo fui creciendo solita con mi mamá.

Fui hija única pero nunca me sentí sola ¡porque en los mesones había tantos niños! Había la confianza de que los niños fueran a la calle y siempre tenía yo con quién jugar.

Yo era bien juguetona, me gustaba jugar con las niñas del mesón. Nos reuníamos en la noche y jugábamos los juegos de antes, tan lindos juegos colectivos, que ruedas, que la huerfanita, que el matarile ri-le-rón, que el pica-pollo. Jugábamos por las noches.

No tuve juguetes porque mi mamá no me los podía comprar. Mi madrina de bautismo sí, siempre para las navidades me regalaba muñecas pero a mí no me gustaba jugar con las muñecas sino que me gustaba jugar de tienda con las compañeritas. Cortábamos de esos cactus y esas cosas que echan una liga, y eso era manteca y cortábamos así los pedacitos y decíamos que esos eran los chicharrones y todo lo de la venta.

Las muñecas se vendían, porque cuando mi mamá tenía así mucha necesidad porque no tenía para pagar el maíz, me decía: “Fíjate que quizás voy a vender esa muñeca, porque ni jugás con ella”, entonces así terminaban las muñecas, vendidas.

Tal vez sea bueno que yo les explique cómo se vivía en los mesones para que comprendan la situación tan dura de la gente que vivía ahí. Eran mesones grandes, con muchos cuartos de alquiler. En cada cuarto vivía una familia. Ahí tenían todo: dormitorio, comedor, incluso cocina. Y con el agua limitada por horas.

Había lo que le llamaban un “poyo” en el centro del mesón. Hacían como un banco de lodo y ahí cada quien hacía su cocinita. Por lo regular ponían tres o cuatro ladrillos y encima una ollita, los trastos que uno tenía para cocinar.

Eran cuarterías de hasta 20, 30 cuartos. Tres baños, tres lavaderos. El agua, por horas. Algunos no tenían luz, se alumbraban con candil; otros sí tenían luz, pero igual, por horas. El agua la echaban a las 4 de la mañana y la quitaban a las 12. La volvían a echar otro ratito en la tarde. Todo el mundo tenía que agarrar su agua en galones, en cántaros, para lavar.

Había familias que cocinaban adentro del cuarto y tenían una batea de madera o de lámina para lavar ahí, porque el lavadero no alcanzaba para todos.

Y ahí se peleaba la gente por todo, se peleaba por el baño, se peleaba por el lavadero, por todo, porque había que hacer fila; por los pleitos de los niños; los hombres que quedaban borrachos los fines de semana y golpeaban a las mujeres. Había casos así de que oían a la mujer gritando encerrada en el cuarto y el hombre dándole duro. Entonces los vecinos llamaban a la policía y ya llegaba la policía y abrían: “¿Quién los ha llamado si aquí no ha pasado nada?”, contestaba la mujer.

Ese era un gran negocio que tenían los casatenientes. Tenían sus predios, sus propiedades, ahí hacían unas cuarterías y entre más cuartos hicieran, más ingresos tenían. Eran exigentes en el pago porque si uno no pagaba puntual le ponían desahucio y lo sacaban. Pero ahí estaba uno que le caían las goteras, con el agua bien limitada, y la luz, pero eso no les importaba.

Había un pobre hombre en todos los mesones, era el mesonero, que no pagaba el cuarto. Ese tenía la obligación de hacer el aseo de los baños que quedaban tan inmundos, de barrer el mesón, de

echar el agua, de quitarla, cerrar el portón y, en algunos casos, se encargaba de cobrar, si era de la confianza del dueño. Por lo regular era la mujer la que se encargaba de eso porque el hombre se iba a trabajar.

Los vecinos se desquitaban con el mesonero. “¿Y yo qué voy a hacer si son órdenes que me dieron de quitar el agua?”, decía. Total, que nadie lo quería al mesonero. Los mesones tenían un zaguán. Y tenía orden el mesonero de cerrar el portón a las siete de la noche. Y tal vez había trabajadores de fábricas que llegaban a las diez. Cuando llegaban tenían que estar llamando, y cuando se enojaban agarraban el portón a patadas y el mesonero tenía que levantarse a abrirles.

El mesonero no tenía sueldo, lo único que ganaba era no pagar el cuarto.

Eso era solo en los mesones grandes, porque había muchos mesones pequeños donde había seis piezas, cinco piezas. Ahí no había mesonero, lo que había era la dueña o arrendataria, porque mucha gente arrendaba el mesón y de eso vivía.

Como el agua era por horas, mucha gente iba a lavar a los lavaderos públicos. En ese mesón San Judas que vivíamos nosotros, había unos baños, unos lavaderos públicos que se llamaban Santa Carlota. La gente de por ahí iba a lavar los fines de semana, porque en el mesón era difícil poderlo hacer. Incluso mucha gente se iba a bañar. Se cobraba por el uso de los baños, cinco o seis centavos según el baño. Así iba resolviendo la gente ese problema.

Algunas mujeres iban a lavar a los ríos los fines de semana. Antes en Concepción había un río muy bonito, yo ahí me iba a bañar, al río Urbina, que pasaba ahí e iba a salir a Ciudad Delgado. Eso ya no existe, eso ahora es la Colonia Guatemala. Así resolvía la gente su problema de lavar, planchar, de bañarse porque era casi impo-

sible que unos pocos baños pudieran satisfacer las necesidades de tanta gente que vivía ahí.

En los mesones la mayor parte de la gente era católica, gente que iba a misa todos los domingos, que hacía la novena del Corazón de Jesús, de cada santo. Siempre invitaban a los vecinos a ir a la novena, en el fin de la novena siempre había algo de comer. Así era el ambiente ahí en el mesón, en la mayoría: que ir a las procesiones, celebraciones de la Semana Santa, todo eso, las fiestas del patrón del barrio y hacer la fiesta patronal. Siempre yo andaba participando en esas actividades. De niña porque me llevaban y también porque a veces uno de niño es inquieto, entonces siempre andaba yo ahí, en medio de las festividades religiosas y también de otras fiestas que hacían en el barrio o celebraban en los mesones. Por ejemplo la celebración del cumpleaños de un vecino, que un bautizo, matrimonios, todo eso en esa vida colectiva de los mesones.

En El Salvador había unos mesones tan grandes, que nosotros decíamos que ese mesón era un pueblo. Yo recuerdo algunos como el mesón La Bolsa, Mesón Cerpas, Mesón San Cayetano. Ahí los trabajadores cuando estaban construyendo los cuartos hallaron un dinero enterrado. Parece que en aquel tiempo la gente acostumbraba eso, enterrar dinero. Lo hallaron y le participaron a la señora, a la dueña del terreno. Ella, como milagro de San Cayetano, hizo una capilla ahí y le puso Mesón San Cayetano. Que yo conozca, solo ese mesón tenía capilla. Ahí la dueña celebraba el día de San Cayetano, que era el 7 de agosto. Ahí los vecinos iban a misa, algo preparaba la dueña del mesón, y hacía una pequeña fiesta para celebrar el día de San Cayetano.

El último mesón en el que nosotros vivíamos cuando nos capturaron se llamaba Mesón San Judas; había otro que se llamaba

Mesón Santa Eduvigis, muchos nombres de santos tenían los mesones y, a veces, los nombres de los dueños.

En los mesones la gente de verdad era bien solidaria. Ahí la miseria une a la gente, ahí todos necesitan de todos. Siempre le decían a mi mamá: “Niña Carmencita, que présteme un chile, yo se lo voy a dar cuando yo compre. Que deme una cebolla, que si tiene un tomate”. Si se enfermaba alguna gente, ahí estaban: “Que tome este atolito, que tome esto”. Si veían que alguien no salía a cocinar era porque no había nada para comer y mucha gente decía: “Tome niña fulanita, esta taza de sopa”, o algo así. Había mucha solidaridad a pesar de las desavenencias que podía haber.

Había muchas mamás que no podían llevar a sus niños a traer los juguetes, que antes daban, sobre todo las esposas de los presidentes que para navidad organizaban para regalar juguetes a los niños pobres. Entonces allá íbamos. Había que madrugar porque los daban en el Campo de Marte o en algún gimnasio. Pero como muchas mamás no podían llevar a los niños porque tenían que trabajar, entonces aparecía una vecina: “Yo los llevo”. Y ahí íbamos todos. “Va pues, se portan bien”. Íbamos a hacer una gran fila desde bien temprano a veces para que le dieran a uno una *chinta* de palo, decíamos nosotros. En aquel tiempo en la penitenciaría ponían a los reos a hacer juguetes de madera. Y hacían unas muñequitas de madera que les decían *chintas*, bien pintaditas. Se las compraban a los presos. Siempre llegábamos bien contentos, cada quien con su juguete. A pesar de los pleitos, todo el mundo se ayudaba en las alegrías y en las tristezas.

En mi caso solo éramos mi mamá y yo. Teníamos dos camitas de henequén, una mesita, un cancelito, que antes se hacían de madera y la gente los forraba con calendarios o portadas de revis-

tas para esconder las camas, para dividir las camas de la mesita, si llegaba algún vecino o alguna gente que no lo viera a uno acostado. Teníamos una mesita de pino pequeña para comer y era para aplanchar y para todo. Y unos banquitos, porque no había sillas, eran unos taburetes. Y unas cajas de cartón para guardar la ropa.

Había un gran hacinamiento. Si había una pareja que tenía tres niños, ya eran cinco, y a veces vivía la mamá también. Ahí vivían apiñados hasta durmiendo dos y tres en una cama, apiñados en el suelo. Las niñas con la mamá y los niños con el papá.

Cuando la *Alianza para el Progreso*, dijeron que iban a construir viviendas para sacar a la gente de los mesones. Pero nosotros pagábamos cinco o seis colones por un cuarto, ocho lo más. Cuando llegaron los multifamiliares nosotros pagábamos 42 por un multifamiliar en un tercer piso. Y un obrero cómo iba a pagar un multifamiliar. Entonces esa gente tuvo que salir de ahí y fueron ya no en los mesones sino en los tugurios. Y así crecieron los tugurios, no solo de la gente del campo que se venían a la ciudad, sino también los obreros que no podían pagar un multifamiliar.

En los mesones los consultorios médicos eran escasos. Con la atención médica no había muchas posibilidades. Había algunas clínicas gratuitas, pero costaba mucho pasar una consulta.

Libros solo tuve los de la escuela. *El libro de mantillas*. Había un libro que se llamaba *El buen amigo*. Algunos libros así, pero solo de la escuela. Otro tipo de literatura, no.

Cuando llegamos al barrio Cisneros mi mamá me puso en una escuelita. Antes había eso, gente que no eran profesores ni nada, pero sabían leer y escribir y podían enseñar. Entonces alquilaban un cuarto en un mesón. En algunos mesones había cuartos adentro y cuartos afuera. Entonces alquilaban una pieza de la calle, de polvo y todo, con unas bancas, con una pizarra. Ahí me puso mi

mamá. Pagaba 50 centavos o algo así; no me acuerdo cuánto, pero era bien poquito. Eso era antes de entrar a primer grado porque ella quería que yo estuviera ahí con toda la chiquillada. Me acuerdo que se llamaba Rubén el profesor. Había como unos quince o veinte niños que íbamos ahí a aprender a leer, nos ponía ahí a deletrear a aprender las vocales así en coro, entonces cuando yo fui a la escuela por primera vez, ya más o menos conocía las letras. Tenía quizás como ocho, nueve años. Luego ahí en la Garita estaba la escuela municipal, ahí fui yo al primer grado.

Donde nosotros vivíamos, antes se llamaba Aculhuaca. Era el Barrio Cisneros. Pero todo eso pertenecía al Barrio Concepción. Ahí vi miseria. Viviéndola y viéndola. Yo siempre recuerdo eso de ahí, como era un lugar de entrada y salida, venían los campesinos presos porque vendían *chicha* de contrabando. Antes los traían a pie. “Por cordillera”, decían. Los capturaban en su pueblo y de ahí los traían a la comisaría de otro pueblo, amarrados con los pulgares atrás con cordeles, y les ponían unos palos y traían las ollas colgando como los palanquines de los chinos. Los traían a pie “por cordillera”, de cárcel en cárcel, hasta que los metían presos en la Administración de Rentas. Ahí les quitaban la multa o veían que hacían con ellos. Eran unos cuadros bien dolorosos. La gente hasta lloraba al verlos y les echaban moneditas en las bolsas, en la camisa, porque no podían mover sus manos.

En este lugar que llamaban Los Encuentros, en el Barrio Cisneros, porque era la entrada y salida de San Salvador, había un tianguis donde vendían ganado. Ahí llegaba la gente del campo a vender sus productos en carreta. Se veía mucho movimiento por eso, porque desde las cuatro de la mañana estaban entrando ya las carretas con ventas. Todos los días llegaban campesinos con sus carretas cargadas de leña que andaban de tienda en tienda, vendien-

do la leña que se las compraban por cientos. Donde terminaban sus productos, hasta ahí llegaban. Ahí terminaban sus ventas, con la gente que llegaba a comprarles para revender y en las tiendas. Había comedores por todos lados. Por eso le gustaba a mi mamá, porque vendía sus tortillas en los comedores.

Llevaban de todo, carretas llenas. Por ejemplo, una carreta cargada solo de caña, carbón, maíz, maicillo, lo que producían. Venían de los lugares de por ahí, de San Martín, Cojutepeque, de por esos pueblos cercanos. Yo creo que ellos llegaban hasta por *La Tiendona*. No entraban al centro de San Salvador, sino que se quedaban ahí en los lugares aledaños. Los campesinos no vendían ahí una naranja ni dos, sino que de un ciento arriba, una fanega de maíz, un manojo de caña, para revender. También las dueñas de los comedores que les vendían desayunos a los campesinos les compraban. Eran muchísimas carretas, eso era bien alegre desde muy de mañana, ese era el otro aspecto del barrio.

En ese tiempo en San Salvador todavía había muchas fincas sembradas de naranjas. Por ejemplo, ahí por los Planes de Renderos había naranjales. Por ahí se sembraba un poco de café. Y ahí por Soyapango había fincas todavía grandes, donde se cultivaba, más que todo, frutas. Donde es ahora la Colonia de Guatemala, que está muy cerca de donde nosotros vivíamos, ahí eran grandes fincas donde había mangales, había mangos, había mucha fruta. Por eso es que las frutas abundaban y eran bien baratas. A veces hasta permisos daban en las fincas para ir a recoger frutas. Se pedía permiso a los mandadores de la finca y podíamos ir a recoger mangos, ir a recoger guayabas, lo que hubiera. Esas fincas estaban a las orillas de San Salvador.

En los mesones había muchas mujeres solas y muchos hogares con maridos irresponsables, que llegaban el fin de semana sin

nada porque se habían tomado todo lo que se habían ganado. Y tal vez las mujeres habían sacado en la tienda a crédito y no tenían cómo pagar. Entonces ya la tienda no les quería fiar la siguiente semana. Eso era una tragedia.

La gente que vivía ahí se dedicaba al pequeño comercio, empleadas domésticas, obreras, había costureras, trabajadores de construcción. Había personas que se dedicaban a hacer cigarrillos *pata'e cabra*, que les decían. Antes en cualquier parte vendían las hojas de tabaco, lo ponían a secar. En las tiendas vendían paquetitos de un papel especial para envolver los cigarros. Entonces compraban el papel y las hojas de tabaco y hacían el cigarrillo. Y los puros igual. A eso se dedicaban muchas señoras ya mayores que no podían trabajar de otra cosa. Hacían el paquete de 25 y lo iban a vender a las tiendas.

En los mesones vivía gente que trabajaba pero que vivía en la miseria por los salarios tan bajos. No les alcanzaba para tener una vida más decente.

Muchas mujeres trabajaban fuera del hogar. Muchas se dedicaban a lavar y planchar, iban al río. Mucha gente vivía de eso. También había algunos artesanos que hacían sus zapatitos o sastres que iban a trabajar a la sastrería, gente así.

Las industrias estaban poco desarrolladas, prevalecían mucho los talleres artesanales. No había muchas fuentes de trabajo.

Había vendedores ambulantes, pero no en el número que hay ahora. Las ventas ambulantes han ido creciendo en la medida en que ha habido desempleo. Sacaban a la gente del trabajo, de las fábricas o los talleres y no les quedaba más remedio que vender algo. Con los centavitos que les daban, veían qué compraban para ir a vender cualquier cosa, porque no era posible conseguir trabajo de inmediato.

Muchas mujeres se ganaban la vida haciendo ventas de casa en casa. Iban al mercado y se compraban una canasta donde iba de todo: carne, verdura, frutas. Luego iban de casa en casa vendiendo. Todavía se ve eso en El Salvador. Ese era un oficio especialmente de mujeres.

Prostitutas no había abiertamente en los mesones. Las prostitutas estaban localizadas. Como había piezas a la orilla de la calle y piezas interiores, yo conocía un mesón en La Garita que las piezas de la calle las alquilaban para prostitutas. En el Mesón López, por ejemplo, en las piezas de la orilla de la calle vivían prostitutas y adentro vivía otra clase de gente, pero ellas ahí, a las cuatro de la tarde, ya estaban sentadas en sus sillas esperando clientes. Pero hace muchos años, cuando yo me crié, ahora no.

Ya después eso no se vio, que en los mesones hubiera prostitutas donde vivía la otra gente, ya no. Estaban como concentradas en los bares. Había lugares por la Avenida Independencia, la calle Celis, de esos lugares donde ellas iban a ejercer su oficio.

Ellas se diferenciaban por su manera de vestir y porque no trabajaban. Se acostaban bien de noche, se levantaban bien tarde y a las cuatro de la tarde estaban bien arregladas y maquilladas. Toda la gente lo veía como normal. Nadie se asustaba y poco a poco fue desapareciendo. Ellas tenían una relación normal con el resto de la gente del mesón, hasta respetuosa. A veces tomaban y podían pelear entre ellas, pero con la gente del mesón no tenían problemas. Así lo procuraban.

Sí había mucho problema de alcoholismo. En las mujeres en menor escala, pero sí había. En los hombres sí: los escándalos en los mesones eran siempre por eso. Droga, no. No se hablaba de drogas en ese tiempo.

Se tomaba guaro. En ese tiempo existían las cantinas donde se vendía *copiano*, que le decían. Entraban a una cantina y les vendían una copita. Ahora no, tienen que comprar la *pacha* y tomársela afuera. Antes los borrachos eran como estar en un bar. Abundaban las cantinas, ahora ya no se ven. Ese era un gran negocio porque adulteraban el guaro y estafaban a los borrachos. Muchos dueños de cantinas se hicieron ricos así.

La gente vivía tres o cuatro años en un mesón. Era una población un poco ambulante. Ya fuera porque se atrasaba en el pago y les quitaban el cuarto, o porque trataban de buscar un mesón con mejores condiciones. Por ejemplo, que no quitaran el agua al mediodía.

La mayor cantidad de gente pobre vivía en los mesones o haciendo sus *cubachitos* por donde hubiera un lugar.

Había mesones de todo tipo, grandes, muy grandes, medianos, y más pequeños. En los grandes mesones los cuartos eran pequeños y baratos. Había otros que tenían ciertas condiciones, por ejemplo, había un pequeño espacio como un comedor pequeño donde el inquilino podía sacar una mesita con su cocina, no era la cocina en el centro.

Los que tenían las mejores condiciones eran caros y no estaban al alcance de la gente pobre. A una persona no le daba más que para pagar cinco pesos por un cuarto. Ya un cuarto, así como estos, valían ocho o diez pesos. Era para gente que lo pudiera pagar o donde el marido y la mujer trabajaban.

La mayoría de los mesones eran grandes. Yo conocí uno por la final de la 29 de agosto, que no sé por qué le llamaban “apartamentos”. Eran tres pabellones, había como unos cincuenta cuartos o más, y las cocinas y los baños también estaban en medio.

Eran apartamentos porque eran cuartos que tenían pisos de cemento, ladrillo de cemento y un corredorcito pequeño, que no le permitían a la gente cocinar ahí. Tenían que cocinar en el centro y se llamaban Apartamentos San Antonio. Lo común era que los cuartos de los mesones no tenían ladrillo de cemento, sino que era ladrillo liso, de barro también, y algunos a pura tierra.

Recuerdo que mi mamá me mandaba a mí, ya grandecita, como de siete años, a dejarle las tortillas. No me mandaba a vender tortillas así: “Andá tomá este canasto y andá vendé”, sino que: “Andá dejale las tortillas a doña Refugio. Andá dejale las tortillas a fulanita”. Yo le ayudaba en eso.

Se me hace difícil calcular más o menos cuánto ganábamos, era poquísimo. En aquel tiempo, todo era bien barato.

Así eran los salarios también, bajísimos. Había salarios por ejemplo de empleados que ganaban treinta pesos al mes. Un obrero ganaba un colón, uno veinticinco. Un campesino ganaba cincuenta centavos hasta veinticinco centavos. Eran muy mínimos los ingresos. Es cierto que las cosas eran baratas, por ejemplo, una libra de frijoles valía cinco centavos, que una botella de leche valía diez centavos, que una libra de arroz valía seis centavos, que un atado de dulce valía seis centavos.

De ahí que había muchos alicientes para sostenerse uno, por ejemplo había muchas frutas. Mi mamá cuando yo iba a la escuela me daba un centavo, dos centavos, y yo con eso compraba dos mangos por un centavo, jocotes, marañones. Todo lo que eran frutas eran por centavos, porque la moneda de entonces había por cuartillos, medio, real y medio. Real y medio eran 18 centavos. Dos cuartillos eran 6 centavos. Dos raciones de pan eran por cuartillo.

Con la Tere íbamos a la misma escuela. Con ella no vivíamos juntas, vivíamos en lugares separados. Nos juntábamos en la escuela. El primer grado lo hice en la municipalidad de La Garita, y después fui a la Santiago José Celis. Y por último saqué el sexto grado en la Gustavo Marroquín.

En la escuela era bien platicona, varias veces me castigaron por estar platicando con mi compañerita, porque antes ahí en la escuela los pupitres eran para dos niños, entonces platicábamos las dos, la niña de la par y yo.

Una vez yo estaba bien pero bien distraída platicando con mi compañerita y no me fijé que la profesora llamaba a un niño: lo mandó a que me diera un pellizco en el brazo. Me dio un gran pellizco que yo llegué a la casa y le di la queja a mi mamá llorando y mi mamá se fue a la escuela y le reclamó a la profesora. Le dice: “Mire ¿por qué hizo usted eso, por qué no la castigó usted o me mandó a llamar a mí para castigarla yo, por qué hizo eso de mandar a ese muchacho?”.

Ese era un vecino, un muchacho que nos fuimos criando juntos y siempre no lo perdí de vista y llegó a ser un músico de una orquesta famosa de los hermanos Palaviccini. Se llamaba Ovidio, me recuerdo, y cuando me veía me decía “¿Te recordás cuando me mandó la maestra para que te pellizcara?”.

A mí me gustaba también hacer amistad con la gente. Cuando mi mamá me mandaba a dejar las tortillas siempre me decía: “No te vayás a quedar platicando, vení ligero porque tenés que ir a dejar las otras tortillas”.

Y como yo ya iba creciendo, cuando yo llegaba de la escuela mi mamá me decía: “Vas a ir a dejarle las tortillas a la niña Refugito, o a la niña Socorrito” y ya se las iba yo a dejar. Había gente bien

buena, bien linda conmigo, me decían: “Tulita, ¿quieres un fresquito, quieres una frutita?”, y yo iba bien contenta.

A mí me gustaba que me mandara a dejar tortillas. Hasta a veces me prestaban: “Decile a la niña Carmencita que si te presta para ir a un paseo”. Al Infiernillo, me dijeron una vez, allá por San Vicente, y mi mamá siempre me decía que la única condición era que me portara bien.

Como ese era una zona muy populosa, había muchas cantinas, muchas prostitutas y era bien difícil. Mi mamá le daba las tortillas a una señora que tenía una tienda. Un día de tantos, le dice la niña Marita, que era una linda gente: “Mire niña Carmen, fíjese que a mí me preocupa que usted mande a dejar tortillas a la Tulita; ella ya está grandecita, y aquí en este barrio ya corre peligro”. “¡Ay! Pero niña Marita, cómo voy a hacer yo para dejar las tortillas”. Y ella le dice: “Al que le gustan sus tortillas ya verá cómo hace para mandarlas a traer”. Y le dice: “Mire es que yo le quería decir que por qué no me la deja aquí en la tienda. Aquí en la tienda yo le voy a ayudar, le voy a dar para los útiles de la escuela, los uniformes, lo que ella necesite yo se lo voy a dar”. “¡Ay niña Marita!”, le dice ella, “déjeme pensar”. Pues dice que lo pensó y razonó que quizás la niña Marita tenía razón y le dice: “Mire, yo le voy a dejar a mi hija aquí, pero eso sí, en la noche no”, le dijo, “porque yo no puedo dormir sola, y ella es la única que me acompaña”. “No, no, en la noche ahí se la lleva. Cuando venga a traer el maíz y la leña se van juntas”. “¡Ah, pues!”. Así hacía.

Cuando yo venía de la escuela me quedaba con ella a hacer cartuchos para el café, a hacer cartuchos para la sal, a pesar mercancía. Tenía quizás como unos ocho años. Y ella me ayudó mucho. Como ella estaba casada, tenía sus tres hijos y una hermanita de crianza. Y llegaba la gente y decía: “¿Y ella es su hija”, “Sí”, decía

ella. “¡Ay que se parece a su esposo!”, como ella era bien blanca y el marido era moreno decían que yo me parecía. Yo la llegué a querer mucho porque fue muy buena conmigo y con mi mamá. Estuve como unos tres años con ella. Cuando nos fuimos a vivir a otra parte ya quedaba muy retirado, entonces no fui. Esa señora me ayudó muchísimo a mí y a mi mamá.

Cuando ya tenía como seis o siete meses de estar haciendo el sexto grado, mi mamá estaba muy enferma, le había dado paludismo, ya casi había perdido un ojo, no veía casi nada con el otro. Decía que de tanto llevar fuego se había enfermado de la vista, y como nunca quiso ir a pasar consulta, solo se hacía lo que la gente le decía, que échese limón, cualquier cosa, que agua con sal, remedios así, caseros, hasta que perdió la vista, la pobrecita.

Cuando aquella maestra mandó a que me pellizcaran, mi mamá se enojó tanto que me sacó de la escuela. Entonces me puso en un colegio privado que se llamaba Colegio del Carmen que le dijeron que le iban a cobrar poco y que me iban a recibir y que no le iban a cobrar las cuotas que les cobraban a todos.

En ese Colegio del Carmen me acuerdo que para el fin de año me invitaban a una velada y yo salí bailando “El Danubio azul”. Era un grupito de seis niñas, tres de vestido celeste y tres de vestido rosado. Yo era de vestido rosado. Los vestidos eran de papel crespón con bastante revuelo. Yo no sé por qué pero eso me quedó muy grabado. Cuando yo digo “El Danubio azul”, es lo primero que se me viene a la mente. Me encanta “El Danubio azul” a mí. Para mí ha sido un recuerdo muy bonito.

Mi mamá me llevaba a misa los domingos, a la cinco de la mañana; me bautizó, me confirmó e hice la primera comunión. Todos los años para la Navidad me sacaba de pastora, a ella le gustaba que yo anduviera ahí cantando la pastorela y con mi pan-

dereta en las posadas. Yo era asmática, porque decía ella que a la edad de cuarenta días me dio bronquitis y que ella quizás se descuidó y eso me fue haciendo asma, decía ella entonces que le hizo una promesa a la Virgen de Guadalupe de que todos los años los 12 de diciembre ella, como pudiera, si no podía comprarme el traje lo iba a pedir, pero que iba a salir de india mientras ella viviera.

Así que todos los 12 de diciembre me sacaba de pastora. Total, ella había ofrecido esa promesa para que la Virgen me sanara del asma. Pero ya cuando yo tenía como doce años no quise salir. Ella no me dijo nada.

Desde muy pequeña supe por mi mamá de la matanza de mujeres en 1923 cuando las elecciones de Alfonso Quiñones Molina. No recuerdo quién era el otro candidato que competía, pero sí que masacraron una manifestación de mujeres muy grande.

En el 32 yo estaba muy pequeña. Tenía nueve años y no entendía realmente lo que estaba pasando. Sí oía decir que estaban asesinando a los campesinos porque se querían tomar la tierra. También recuerdo todos los horrores que hablaban de los comunistas en ese tiempo: que andaban asesinando gente, que por eso el gobierno estaba matando a los comunistas. Decían que eran comunistas, pero la misma gente no sabía ni qué era eso.

La gente estaba aterrorizada porque decían que los comunistas andaban asesinando a la gente, que ahorcaban a los dueños de las tierras, que venían violando mujeres. La gente creía eso. La gente tenía temor, temor hasta de comentar. “Ahí dicen que pasan con camiones llenos de gente que van a matar, que los llevan a matar, pero cuidadito, no hay que decir nada”.

La gente tenía claro que esos que llevaban a matar los llevaba el ejército. De eso nadie dudaba, que era el ejército el que estaba

matando a los campesinos, porque decían que eran comunistas. Pero la gente estaba aterrorizada.

Yo no recuerdo ver la represión de cerca en los mesones. No hubo capturas o allanamientos que yo recuerde.

Lo que se sabía era lo que oía la gente. Nadie decía: “yo vi”. Las matanzas creo que duraron poco. Fue en muy poco tiempo que asesinaron a tanta gente. El terror se vivía ya con la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez. Porque eso Hernández Martínez lo hizo a la entrada, cuando recién había tomado el poder. Ya con el transcurso del tiempo, de los trece años de la dictadura, la gente aterrorizada tenía miedo de hablar, de comentar nada, porque todo el mundo era oreja.

Nadie sabía con quién estaba hablando: los choferes de los taxis, los choferes de los buses, los zapateros, por ejemplo, que iban a una casa a preguntar si había trabajo, los hojalateros, toda la gente, los vendedores así de la calle, todo, todo el mundo podía ser oreja.

Había muchos. Así pudieron reprimir a mucha gente. Después ya de los procesos del 32, después de la matanza, había mucha represión. Nadie podía hablar de sindicatos, nadie podía hablar de organizaciones obreras, porque eso era comunismo, entonces la gente tenía miedo de todo, de organizarse.

Maximiliano Hernández Martínez se mantuvo tanto tiempo poniendo a su servicio a una gran cantidad de gente que por un pequeño sueldo pasaba información. A veces, en muchísimos casos, era gente inocente, gente que, por enemistades, por cualquier cosa, la iban a acusar de que era comunista, ¡y a la cárcel!

A mi mamá y a la gente del mesón le llegaban unas gentes que andaban vendiendo santos, imágenes. Las daban por abonos semanales. Eso era un disfraz, porque aparecían en los mesones hojitas del Partido Comunista. Inmediatamente la gente tenía miedo de

leerlas, las rompía. Yo le oí decir a mi mamá que los que andaban vendiendo santos andaban haciendo eso, pero disfrazadamente para andar repartiendo la propaganda comunista.

En los mesones nadie compraba periódicos. La gente se dolía de que estuvieran matando a tanta gente. “Pobrecita la gente, la familia”, era un dolor que se expresaba. Pero muchas personas vivían contentas con Hernández Martínez porque las cosas eran baratas. La libra de frijoles valía cinco centavos, que un atado de dulce valía cuatro centavos, que la libra de arroz valía ocho centavos, que la leche a cinco centavos la botella. También había hecho unas casas baratas, cosas así.

Todo era bien barato, entonces hay gente que añora esa época: “Hernández Martínez era malo, pero por lo menos, dice uno, aunque pobre tenía algo que comer”. Pero los salarios eran bajísimos y no alcanzaban para nada, en el campo ganaba la gente hasta 25, 30 centavos. A los pobres campesinos les ponían grandes tareas por un salario miserable. Mucha gente vivía en la miseria.

Y sin embargo había personas que añoraban el tiempo de la dictadura. Yo pequeña lo oía comentar.

Mi mamá no me dejaba que hiciera una tortilla, cuando yo le decía: “Le ayudo con la tortilla”, “Quitale de aquí, si vos no ¡qué vas a poder hacer eso, me vas a desperdiciar la masa!”. Nunca quiso, porque era un trabajo demasiado pesado.

Ella trabajaba todo el día, desde la mañanita hasta las siete. A las siete y media de la noche ella ya se había desocupado un poco. Descansaba y a las ocho íbamos a traer el maíz y la leña. Ella traía el maíz y yo le ayudaba con un leño o dos.

Ella echaba tortillas para el desayuno, para el almuerzo y la comida. En la noche ella cocinaba el maíz para las tortillas de la mañana; en la mañana cocía el maíz para el almuerzo y en el

almuerzo cocía el maíz para la comida. Era de aguantar fuego y trabajar todo el día.

Así se ganaba la vida un montón de gente, yo aquí le estoy hablando de mi mamá, pero muchas mujeres se ganaban la vida así, haciendo tortillas, porque en El Salvador la tortilla es el pan, hasta hoy sigue siendo así. Aunque hoy es diferente, porque las tortillas en su mayor parte se hacen en cocinas de gas, ya no hay humo ni hay que estar sufriendo con la leña: que si estaba mojada era aquel humarascal, que no podía encender, que no se calentaba el comal y mi mamá por eso decía que ella estaba enferma de la vista, por el humo y el fuego.

El maíz lo molíamos en el molino. En el campo se molía en piedra. Mi mamá iba bien temprano a moler el maíz para las tortillas del desayuno, a veces de una vez dejaba masa para las tortillas del almuerzo. Si le hacía falta, me mandaba a mí al molino por un poquito. De verdad que era un oficio de lo más pesado que había. Los comales eran de barro, no de hierro y las latas en que se cocía el maíz eran unas latas de lámina.

Mi mamá era una artista para hacer tortillas, siempre que las compraba afuera les encontraba defectos: que estas tortillas están talludas, que estas otras tan amarillas. Y es que para que las tortillas salgan buenas hay que saber darle el toque al maíz, que no quede ni muy cocido ni muy crudo porque, si queda crudo el maíz, no abunda la masa y si está muy recocado salen muy talludas. Ella las hacía muy bonitas, sabía calcular muy bien la cal porque si no salían *jíotas*, muy amarillas. Ella era experta en hacer las tortillas y así se ganaba la vida hasta que pudo hacerlo. Ahora las tortilleras ignoran todo eso, si uno les cuenta como se hacían antes, pues ahora les parece un juego.

Algunas vecinas del mesón le compraban las tortillas a ella. Otras no. Otras iban a la tienda porque ahí se las daban más rápido. A las personas que les gustaban las tortillas calientitas tenían que esperar bastante.

Mi mamá decía que ella no quería que yo tuviera que ganarme la vida con un trabajo tan pesado como ella. Mi aspiración era ser enfermera, desde pequeña sentía que era un trabajo muy bonito de curar a la gente. Yo lo traía desde niña. A mí me gustaba cuando llegaba a alguna parte ver en qué podía ayudar. Me gustaba servir a la gente en distintas formas. No pensando en algo para ganarme la vida, pero sí me gustaba ser servicial, como decíamos antes. Mi mamá era así, ¡viera cómo la querían en los mesones! Para la gente del mesón ella era la niña Carmencita. También era una excelente rezadora. La buscaban para que rezara las novenas de los muertos y las celebraciones que hacían de los santos. Y la buscaban también en los mercados, cuando vivíamos ahí por Santa Anita, después, la iban a traer las señoras del mercado para que fuera a rezar la novena del Corazón de Jesús. Decían que les gustaba como ella rezaba el rosario porque era corto, no se aburría la gente, pues. Ella lo hacía desinteresadamente, pero como se la querían tener ganada, le daban: “Tome esta frutita, tome esto aquí”.

Cuando saqué el sexto grado yo quería ser enfermera. Pero no pude porque mi mamá ya no pudo trabajar. Se fue quedando ciega. Perdió la vista en un ojo completamente y en el otro no veía muy bien pero sí un poco. Y se enfermó de paludismo. Entonces empecé a trabajar yo.

LA GRAN CONTRADICCIÓN

A los 15 o 16 años empecé a trabajar con Fidelina, una sobrina mía por parte de papá que tenía una tienda. El esposo de ella era mecánico y sabía mucho de instalar pozos, entonces se fue a trabajar a una hacienda, donde uno de los oligarcas de ahí. Después se fue ella porque le dieron trabajo de administradora de las tiendas que tenían los terratenientes. Ella ahí se hizo de plata, se hizo de mucho dinero. Compró la casa del frente, donde antes había una tienda, y la hizo más grande.

Yo estuve ahí con ella, en Candelaria, por La Vega, hasta que vendió la tienda porque se dedicó a otros negocios que le absorbían mucho tiempo. Ahí terminó la tienda.

Después de trabajar ahí, viene otra cosa. Mi sobrina Tere estaba trabajando en una casa y era la modista de esa casa, porque acostumbraban a tener costurera en la casa. Ahí le pagaban muy poco. Yo no tenía trabajo y me dice mi sobrina: “Si querés, te venís

para acá, porque aquí me dice doña Concha (que era la cocinera), que aquí quieren a una ayudante de cocinera, si querés trabajar unos días aquí”.

Entonces estuve un tiempo ahí y me di cuenta de la gran contradicción, con tanto lujo y derroche en esa casa y los otros viviendo en la pobreza tan terrible. Bueno, en la mayoría de los pueblos es una situación tan difícil.

Poco tiempo estuve ahí, quizás como unos tres meses porque estando ahí supe que habían abierto una fábrica nueva.

Esa familia donde trabajaba la Tere era la Miardi Palomo, tenía grandes extensiones de tierra y se dedicaba al comercio porque tenían almacenes donde vendían telas. También se dedicaban a la exportación de café y de productos que ellos producían. En esa época era principalmente café, eran grandes cafetaleros.

En la ciudad de San Salvador tenían farmacias, almacenes, eran muy ricos.

La casa era lujosísima. Ahí en el centro de San Salvador, por la calle Arce, creo que la novena avenida, era una casa de lujo; hasta capilla tenía la señora y estaba pendiente de qué necesitaba la iglesia, de andar viendo qué santo no tenía muy buenos vestidos para hacérselos. Mi sobrina era la que se los hacía. Mantelitos de lino para la iglesia y platos especiales de comida para el obispo todos los días. Todos los días llevaba una bandeja de ensalada o alguna otra cosa. Eso no lo hacía solo ella. Lo hacían muchas, porque toda esa gente era así, cercana a la iglesia.

En la casa tenían un gran servicio: estaba la cocinera, la ayudante de cocina, dos de adentro, una para el primer piso, otra para el segundo, el jardinero, otro para que le hiciera solo mandados, como misceláneo, dos choferes y una costurera especial. Tenían también una especialista para que les bordara, les zurciera los cal-

cetines, para que remallara las medias cuando se les iba alguna hebra.

Ahí envejeció mi pobrecita sobrina, trabajándole a esa señora. Empezó con ella, con los propios señores, y siguió con los hijos, con las nueras, hasta que ya no pudo trabajar. Se enfermó de todo y sin derecho a nada, ya no pudo trabajar y nadie de esa familia se volvió a acordar de ella.

Era una modista de alta costura, ella salió graduada de la Escuela Vocacional Femenina República de Francia. La dirigía una francesa, *Madame* Restrepo. De ahí salían especializadas en corte y confección y artesanía. Los ricos iban a buscar costureras a esa escuela para que les recomendaran a la mejor. A mi pobre sobrina le tocó que la recomendaran ahí, ganando una tontera. No me acuerdo cuánto ganaba, pero era una cosa mínima, 6 o 7 pesos a la semana, y la comida. Llegaba en la mañana y se iba hasta en la tarde. A veces tenía que ir a probarle el vestido a sus casas particulares de las nueras, las esposas de los hijos. Y a veces para ayudarse, tenía que coser en la casa también, la pobrecita.

Le llevaban un tercio de tela y le decían: “Fíjate María Teresa que mañana tengo un té y no tengo nada qué ponerme. Yo necesito un vestido ¿me lo podrías hacer para mañana?”. “Sí, cómo no”, decía la Tere, y a veces amanecía trabajando.

Cuando yo estaba joven me di el lujo de ponerme de esas medias que se llamaban Keiser, que eran bien caras, solo las ricas podían ponérselas. La Tere me pasaba unas medias que las señoras ya no querían, sólo porque se les había ido un hilo, pero se podían usar. Antes había mucha gente que se dedicaba a remallar las medias con unas maquinitas con agujas. Quizás por eso me acostumbré tanto a las medias, y como yo era bien delgadita me quedaba la ropa de mi sobrina. A ella le daban ropa bonita.

Había abundancia para la comida, porque ahí se acostumbraba a que todo lo que se hacía iba para la mesa sin tocar nada, pero como era tanta la comida muchas cosas ni las tocaban, porque hay gente que tiene mucha plata y ni siquiera le da hambre, pienso yo. De la mesa regresaba a la cocina la comida intacta. Cuando la cocinera iba a recoger la mesa traía las palanganas tal y como las llevaban, no las tocaban y eso era para el servicio. Era la comida que sobraba, porque antes de que ellos comieran, no comía el servicio. El servicio podía comer ahí lo que quisiera, pero no podía sacar nada, eso lo recogían y lo llevaban a un depósito. Lo llevaban en la tarde.

Limosna ahí, no se le daba a nadie y si alguna vez llegaba alguien a pedir algo y estaba el señor, le decía que fuera a trabajar, pero a nadie, a nadie le daban nada de comer. Tal vez yo era la excepción porque yo sí me llevaba. La cocinera a mí me daba algunas veces, con mucho cuidadito, porque ella corría el riesgo de que la despidieran.

Como yo vivía en la miseria, yo veía el gran contraste. En ese tiempo yo no sabía a qué se debía esa gran contradicción, de que por un lado tanta opulencia y por otro tanta pobreza. Porque antes una pensaba que era gente muy trabajadora o que eran muy inteligentes, muy económicos. Esto yo lo entendí después. Yo me daba cuenta de la barbaridad de cómo alguna gente puede vivir así y otra gente no tiene ni siquiera lo básico para vivir.

No me daba cuenta del porqué de las cosas, pero sí por intuición o por el desprecio que uno siente para con esa gente. No era una cosa consciente pero sí lo viví. Ya después me quedó claro a qué se debía la miseria de nuestro pueblo.

También anduve trabajando de vender cualquier cosa. Vendía frescos. Después a mi sobrina Tere el hermano le dio una casita;

se la dejó de herencia en la calle antiguo San Antonio Abad, por la entrada a la Miramonte, ahora. Ahí nos fuimos a vivir con ellos. Ahí mis dos hijos nacieron. Tuve dos amores de juventud y me tocó criar mis hijos sola con mi mamá. La Tere era como la madrina de mis dos niños, como otra mamá. Vivíamos a la orilla de la calle, una calle polvosa, y yo hacía frescos, hacía *aguadulce*.

Tuve mi primer hijo a los 17 años y al otro a los 19. A mis dos hijos yo los crié con “La gota de leche”. Antes había la Sociedad de Beneficencia Pública, que era una institución benéfica que atendían toda clase de enfermedades. Ahí había especialistas de todo, y había pediatría, para niños, y daban “La gota de leche”. Daban leche para año y medio. Entonces yo venía y ahí me controlaron a mis dos niños y así los crié.

Mi hijo menor era un niño muy inquieto. Una vez, cuando todavía vivíamos en el Mesón San Judas, yo estaba trabajando y cuando llegué de la fábrica me encontré el cuarto cerrado. Mi mamá no estaba y me dice la vecina: “Mire que la niña Carmen ahí anda con una vecina y los otros ya se han ido con ella”. A Toñito, mi hijo, por poco lo matan en el parque San Jacinto. Ahí había unos columpios. Los niños jugando le dieron con el columpio en la cabeza y calló inconsciente. La gente que estaba ahí en el parque lo llevó al mesón y cuando llegué andaban varios vecinos en el centro de salud acompañando a mi mamá con el niño golpeado.

Cuando me entré a la fábrica, tenía como 21 años. En ese tiempo ya tenía mis dos niños.



Tula Alvarenga. México, 1954.

Tuve varios novios, cuando era chiquilla, novios de juventud, ilusiones pasajeras, nada serio.

Yo cumplía 17 en mayo y en diciembre nació mi primer hijo. Él nació sin apoyo de padre ni nada. Esa no fue una relación estable. Yo tenía toda la responsabilidad con mi mamá y vivía con ella. Mi hijo lo tuve sola. Yo iba al consultorio prenatal, pero lo tuve allí, no fui al hospital.

Vivíamos cerca de una venta de madera. Ahí alquilaban dos cuartos. En uno vivíamos mi mamá y yo y en el otro vivía una señora con sus hijos.

Una noche me fui a acostar y como en la madrugada sentí que ya se venía el niño. Mi mamá se fue a buscar a una partera que había por ahí. Pero cuando llegó fue nada más a cortar el cordón umbilical y la que atendió el parto fue la niña Carmen, la vecina.

Solo tenía la ayuda de mi mamá y el apoyo de mi sobrina Tere y de Miriam, una hermana de crianza de mi mamá. Después de

eso, cuando nos fuimos de ese mesón, nos fuimos a vivir cerca de donde vivía esta hermana de crianza de mi mamá, la mamá de la Tere, que vivían ahí donde es ahora la entrada de la Miramonte.

Por ese lugar también íbamos pasando con mi mamá vendiendo cualquier cosa, ahí vendíamos frescos. Esa casa quedaba en la antigua calle San Antonio Abad, la calle que va para el volcán. Ahí pasaba mucha gente y yo sacaba una mesita y vendíamos frescos, aguadulce, horchata, cositas así.

Así íbamos pasando y con la ayuda de mi sobrina. Después tuve mi segundo hijo que tampoco tuvo padre, lo crié sola con la ayuda de mi mamá, haciendo cualquier cosa para ir pasándola.

Mi mamá fue una señora tan compresiva que siempre me ayudó en todo sin hacerme ningún reclamo, como compartiendo mis desdichas. Fue una señora muy admirable en todo, hasta en la última hora, aún en las situaciones más difíciles. Ella fue mi sostén toda la vida.

A ella le encantó ser abuela, porque adoraba a los nietos. ¡Adoraba a los nietos! La Tere era la madrina de los dos niños y era la que me ayudaba con ellos. Mi mamá los cuidaba mientras yo trabajaba.

En el 44, cuando derrocaron a Maximiliano Hernández Martínez, yo tenía 21 años. Había un grupo de civiles y militares que estaban preparando un golpe para derrocar al presidente. El líder de ese movimiento era el doctor Arturo Romero, un médico, dermatólogo era él. El movimiento fracasó. Eso fue el 2 de abril del 44, aprovechando que Hernández Martínez no estaba en Casa Presidencial, porque andaba por La Libertad, parece. Como a las tres de la tarde dieron el golpe. Todos los regimientos estaban de acuerdo con el golpe, pero el jefe de la Policía Nacional era leal a Hernández Martínez y lo llamó. La policía no se rindió, la conmi-

naron a que se rindiera y no se rindió. El jefe le avisó a Maximiliano Hernández Martínez dónde estaba y el viejo astuto se vino disfrazado de mujer, según dicen. Llegó a la Policía y desde allí sofocó el golpe de Estado.

Cuando Hernández Martínez logró sofocar el golpe, fusiló a todos los militares que estaba comprometidos con ese movimiento. Uno de ellos era compadre de él, un coronel Marroquín. No lo perdonó y lo mató, y mató mucha juventud, mucha juventud militar. Entonces esto indignó mucho al pueblo, la gente salió a protestar por las matanzas y hubo más muertos. Mataron a un norteamericano. La gente decía que a eso se debió que la embajada norteamericana interviniera y que eso había obligado a Hernández Martínez a renunciar. Pero yo creo que no fue así, porque la verdad es que todas las matanzas que hizo y la represión que desató contra el pueblo indignó tanto a la gente que se organizó la Huelga General de Brazos Caídos, un movimiento que no se había visto, algo impresionante, porque El Salvador era un país muerto, todo el mundo en su casa.

La Huelga también se hizo porque al doctor Arturo Romero lo capturaron. Él iba huyendo, iba para Honduras, y saliendo lo capturaron y lo hirieron, le hicieron una herida en la cara. Eso indignó mucho al pueblo.

Yo no participé en esa huelga. Yo estaba sin trabajo. Unos días estuve viviendo con mi sobrina, después nos pasamos a una casita pegadito donde ella. Ahí era donde yo vendía frescos y cositas así.

Yo tenía que venir a San Salvador a traer la leche que daban de “La gota de leche” y vi las calles desiertas. “La gota de leche” no la cerraron. Era una sociedad, la Sociedad de Beneficencia Pública. Era sostenida por los ricos, donde había consultas de distintas especialidades. Este médico que era el dirigente del movimiento

del 2 de Abril daba consultas ahí en esa sociedad, ahí en esa beneficencia pública. Ahí había pediatría, había oncología, dermatología. Todos los médicos trabajaban *ad honorem*, ahí no cobraban. “La gota de leche” le llamaban porque les daban a madres pobres que no tenían cómo comprarles la leche a los hijos. Ahí también estaba el control de pediatría, el control de niños sanos. Daban la leche hasta año y medio. Para los tiernitos la leche va mezclada, para los niños ya de cinco meses en adelante la daban pura.

Le daban a uno una como cajita de lámina que tenía seis hoyos, con seis pachas. En los primeros años daban tres, de uno a tres meses, daban tres, después cuatro, y después seis pachas de leche ya pura. La única obligación que teníamos era de llevar las pachas bien limpias, llenas de agua. Si se quebraba una, la tenía que pagar. La leche la comenzaban a dar desde las seis de la mañana hasta las nueve. Era la leche de vaca. Ahí la preparaban como en baño de maría.

Yo salí y se veían las calles desiertas, toda la gente en su casa. Ocho días duró la huelga. Paralizado todo. A los ocho días renunció Maximiliano Hernández Martínez. Lo sustituyó el ministro de Defensa. Esto duró seis meses, porque abrió un espacio político bastante grande que la gente aprovechó para organizarse. Se formó la Unión Nacional de Trabajadores (UNT), la que fue un movimiento bastante fuerte, y lo dirigía uno que era del Partido Comunista, Dagoberto Marroquín. Ese era el secretario general de la UNT. Pero en eso vino el golpe de Estado de Osmín Aguirre Salinas, y barrió con todo. Una represión sangrienta, bárbara.

El gobierno de Andrés Ignacio Menéndez solo duró seis meses. En octubre dio el golpe Osmín Aguirre. Ese se ensañó con los médicos precisamente. Iba a sacar a los médicos de los hospitales, de las clínicas, así engabachados. La UNT desapareció con el golpe de Estado de Osmín Aguirre.

Nosotros nos enterábamos de lo que sucedía de boca en boca, porque ni leíamos periódicos.

El 47 entré a trabajar yo a la fábrica de bebidas gaseosas La Cascada. Era una fábrica nueva. Yo supe por una persona amiga que estaban recibiendo personal en esa fábrica y entonces fui a solicitar trabajo. Me dijeron que ya estaba completo el primer turno pero me dejaron anotada para un segundo turno que iban a abrir.

Me dijeron: “Véngase el sábado”, yo fui y me anotaron para que comenzara a trabajar el lunes. No pedían ningún requisito, nada.

Los dueños eran los Lindo. Allan Lindo se llamaba el señor. Eran salvadoreños. Roberto Lindo se llamaba el hijo. Ellos estaban en la fábrica y actuaban como patronos cuando se veían afectados sus intereses, pero no trataban mal a los trabajadores. Ellos estuvieron más presentes en la fábrica en los primeros tiempos, pero ya cuando la fábrica fue creciendo mandaron un gerente, y ese gerente era más estricto.

Después los Lindo vendieron la fábrica a unos Batlle, creo que es el apellido. Unos ricos de Santa Ana la compraron. Parece que los Lindo no tenían mucho capital y como que La Constancia le estaba haciendo mucha competencia, tratando de perjudicar a La Cascada.

Por ejemplo, el envase de la Pepsi-cola lo aceptaba La Constancia y eso era una forma de perjudicar a la empresa esta.

Era una fábrica pequeña, ahí se fabricaba la Pepsi-cola y otras bebidas gaseosas: la Oranjal y la Grapett, una bebida pequeñita de uva.

Cuando trabajaba en la fábrica vivíamos en el Mesón San Judas. Ahí para pagar el mes tenía que prestar el dinero a interés. Los agiotistas llegaban allí a prestar dinero a las fábricas, porque

de lo que yo ganaba a la semana no podía reunir el dinero para pagar el cuarto. Luego pagaba por abonos. Prestaba a diez el peso, algunas prestaban a veinte. De esa manera siempre tenía deudas. Así vivíamos todas las compañeras, todos los que trabajábamos ahí. Sacrificábamos a veces la comida por pagar la casa porque era lo principal. Yo tenía que ver cómo hacía. A veces, si no nos alcanzaba, la Tere me prestaba y así íbamos, pero allí vivimos bastante tiempo, es donde más vivimos.

El trabajo en la fábrica me dio una condición más estable porque ya tenía un salario fijo. El salario base era primero 6.20, después 7.20, después 9.20, y para ganar unos centavos más nos quedábamos a veces timbrando bebida a mano porque la etiquetadora no daba a cumplimiento, se arruinaba, entonces había que timbrar a mano. A veces hasta las diez de la noche, nueve de la noche, lavando envase a mano.

Aun trabajando horas extra, apenas íbamos saliendo. No sé ni cómo hacíamos, pero sobrevivíamos. Mi mamá tenía un sobrino. A veces decía: “Voy a ir donde Agustino”, que era el hijo de esa hermana que vivía alejada de ella, “tal vez me da algo”. Y así conseguía unos centavitos de vez en cuando, pero no era cosa así, regular.

Comíamos arroz, frijoles, tortilla, café, café del que no es café, pan dulce, queso. Yo creo que podíamos sobrevivir porque las cosas no eran tan caras. Uno compraba cinco de semita, y el pedazo grande de semita. Se comía carne porque uno iba con esas señoras que andaban vendiendo con sus canastos de cuarto en cuarto en los mesones. Uno compraba cinco centavos de hueso y cinco de verduras. Eran dos *tuzas*, entonces ponían en la verdura un pedazo de cada cosa: un pedazo de yuca, un pedazo de chayote, un pedazo de elote, hasta le ponían su olor encima, sus ramitas de perejil,

culantro coyote que nosotros le decimos *acapate*, para la sopa de res con cinco de hueso y cinco de verdura. Así hacíamos una ollita de sopa. También había dulces. Las melcochas, los caramelos que eran hasta tres por un centavo.

Para entonces mi mamá ya no hacía tortillas porque se enfermó de paludismo. Perdió un ojo completamente y veía poco con el otro. Ya no podía trabajar, por eso fue que a mí me tocó pesado, porque tuve que asumir toda la responsabilidad con ella. Yo no tenía a quién pedirle ayuda, a excepción de mi sobrina Tere.

En la fábrica la relación con las compañeras era muy buena. No dejaba de haber problemitas a veces porque hay compañeras que siempre como que recargan el trabajo más en otras, por cuestiones de carácter, pero no problemas serios, así, enemistosos pues, sino que problemas pasajeros.

De mujeres, éramos como veinte. Y en total, con los vendedores, expendedores de la gaseosa, éramos como cincuenta o sesenta. La mayoría éramos mujeres.

En la relación con los hombres había mucho compañerismo, pero también había sus problemas. Porque ellos ganaban más, aunque hacíamos el mismo trabajo. A veces recargaban un poco el trabajo en las mujeres, entonces había roces por eso.

Los hombres eran muy machistas y a veces querían aprovecharse de las muchachas. Había como tres compañeras que sus compañeros estaban allí. Los maridos de las demás trabajaban por otro lado. Había lo que sucede en toda fábrica: muchas bromas, a veces bromas pesadas, que molestaban, pero problemas serios, que yo recuerde, no.

Sí había problemas laborales. Por ejemplo, los patronos cuando una compañera estaba enferma no le querían dar permiso para ir a pasar consulta. Debía de comprobar si realmente estaba enferma

cuando faltaba al trabajo y mandaba a pedir permiso por enfermedad. El problema era que una obrera no tenía para ir donde un médico, ni siquiera había muchas clínicas dónde ir. Había problemas si se llegaba tarde o cuando las compañeras faltaban al trabajo porque se les enfermaban los niños.

La maquinaria que habían llevado era moderna para ese tiempo, pero comparándola con la de hoy era bien rudimentaria. Había que combinar trabajo en las máquinas con trabajo manual.

Había dos secciones, una sección de planta, donde estaba la máquina lavadora, la llenadora, la etiquetadora, y la otra era la sección de envase. Entonces nos turnábamos, a veces una semana estábamos en la planta, otra semana estábamos en la sección de envase. El trabajo era bien pesado.

La lavadora de botellas era bastante grande, larga. De este lado estaba yo, por ejemplo, poniendo botellas para que se metieran a la lavadora; del otro lado estaba una compañera o compañero que recibía el envase ya limpio, luego de que pasaba por un tanque de agua hirviendo con soda cáustica. Las botellas pasaban al otro lado todavía un poco ligositas y con un pedacito de timbre pegado. Porque las botellas no eran como vienen ahora, sino que había que ponerles etiqueta de papel y timbre de papel. Para eso había una máquina etiquetadora. Pero no había cumplimiento para timbrar siempre y había que hacer eso también a mano.

Después de las ocho nos quedábamos nosotros timbrando a mano. Pero como decía, la compañera o compañero que estaba al otro lado de la máquina tenía que recibir las botellas un poco ligositas todavía. Estaban limpias, pues, pero no dejaban de molestar los dedos por los restos de soda cáustica o por la gomita que se le pone al timbre. Y había que rasparla con la uña para quitar el timbre o el pedazo de timbre o de viñeta que había quedado pega-

do, o también se apartaba en una caja, si salía sucia la botella. Eso había que hacerlo con la mano con cepillo y sacar rápido las que salieran sucias. Después las botellas pasaban por un lente que era bien fuerte. Ahí estaba una compañera con la vista fija, porque por ahí pasaban las botellas y ahí se veía si llevaban alguna basurita.

A la par estaba la llenadora, que era donde se ponía el jarabe, se combinaba, se mezclaba con el agua carbonatada, después pasaba a la etiquetadora y de ahí salía. Había un compañero que estaba allí recibiendo las botellas ya llenas y timbradas, y metiéndolas a las cajas. Ese era el trabajo que hacíamos.

En la planta mujeres y hombres trabajábamos igual. El trabajo que no hacíamos las mujeres era *enfardar*. La bebida que salía para los departamentos se iba metiendo en una bolsa de tul para que no se quebrara. Era un trabajo muy pesado porque se hacía un saco de cuatro, de seis docenas, lo que cupiera en el saco. También estibar las cajas de envases ya llenos, ese trabajo solo lo hacían los hombres.

La fábrica no reunía las condiciones para que trabajáramos. Por ejemplo, no había protección en ese lente que le quemaba a uno los ojos. Tenían que habernos dado lentes especiales para proteger la vista. Se trabajaba mucho con agua, mucha mojarón. Ahí tenía uno que andar siempre con los zapatos húmedos. No había guantes. Las botellas salían algosas de soda cáustica cuando pasaban por el tanque de la lavadora. De pronto andaba uno con las yemas de los dedos peladas, con curitas y cosas así.

La fábrica era muy pequeña, no era un lugar apropiado. Por ejemplo, el compañero que ponían en la máquina llenadora, cuando la gaseosa se va mezclando con el gas carbonatado, a veces estallan las botellas. Entonces había accidentes, heridas.

Y los salarios no alcanzaban. La jornada laboral era de ocho horas: de 8 a 4 de la tarde. Daban una hora para comer. Salíamos

después de las ocho horas. La oportunidad de trabajar horas extras no era para todos. Por ejemplo, eso de timbrar a mano, de lavar envase a mano, eso más que todo era para las mujeres.

Trabajo extra de los hombres podía ser *enfardar* bebida, meterla en un saco, en su funda de una fibra muy suave. Eso lo hacían hombres porque eran unos fardos que llevaban 6 docenas de botellas de gaseosa cada una en su funda. Cuando ya estaba bien acondicionada toda la bebida, cosían el saco y eso lo cargaban en camiones para llevar a los depósitos, a los departamentos. Ese era un trabajo bien pesado.

Cuando se aproximaban las fiestas de agosto, las navidades, año nuevo, había que trabajar más, entonces casi todos ganábamos horas extras. Las horas extras eran pagas a un tiempo y medio.

Ellos eran bien estrictos con la hora de entrada, pero no lo eran con la hora de salida. Por ejemplo, para salir a las 12 en punto a almorzar, había que parar la máquina por lo menos unos 10 minutos antes, pero el jefe de planta nunca lo hacía. A veces el jefe no estaba por la planta, sino que andaba dando vueltas por el interior de la fábrica. Venía corriendo cuando faltaban 3 minutos para dejar de echar envase en la máquina, por ejemplo, entonces íbamos saliendo nosotros a las 12:10, 12:07. Por eso había reclamos.

SINDICALISTA

Se venía de la dictadura de Hernández Martínez en que hablar de sindicato era comunismo y a la cárcel, al destierro o anocheía y no amanecía. Era un trabajo abierto pero no legal de tener la asociación, las uniones, por ejemplo Unión de Obreros Panificadores, Unión de Obreros Zapateros, Unión de Obreros Sastres, así era que se organizaban los trabajadores.

Cuando yo llegué a trabajar a la fábrica ya había un pliego de peticiones firmadas con la empresa porque ya existía la asociación de trabajadores. Se llamaba: Asociación de Trabajadores de Bebidas y Hielo (ATBH). Hielo, porque en La Constancia se hacía cerveza, gaseosa y hielo. Esa era y es una de las fábricas más grandes. Ahí se hace la cerveza Pilsener.

Por el año 46 hubo un movimiento de huelga bastante fuerte. Los trabajadores lograron algunas conquistas. Por ejemplo, antes no había Ministerio de Trabajo, pero los trabajadores lograron que

se formara lo que se llamó la Junta de Conciliación, donde los trabajadores iban a ventilar sus conflictos con los patronos.

En esa huelga capturaron a Salvador por primera vez. Lo tuvieron seis meses preso. Yo todavía no lo conocía.

El papá de él había muerto cuando él tenía tres años. Se llamaba José Carpio Alas. La señora se quedó con los dos niños: la Lola y él. La señora crió a sus dos hijos lavando y planchando. Ella vivía en Santa Tecla, se llamaba Marcos Cerros. Al poco tiempo se volvió a casar y del nuevo matrimonio tuvo tres hijos. Entonces a la Lola y a Salvador se los llevó una tía para que vivieran con ella.

Al tiempo de estar ahí en esa casa, la señora esta dispone irlos a internar a un colegio salesiano, creo. Era un colegio católico caro, pero hacían labor social recibiendo niños pobres. Los recibieron a los dos. La Lola salió de ahí de 20 años, pero a Salvador lo fue a sacar la tía para llevárselo con ella. Esta señora se dedicaba a vender melcochas.

Antes había una casa de las hermanas de San Vicente de Paul, donde les daban a mujeres solas que no tuvieran donde vivir. No les daban comida ni nada más, solo tenían dónde dormir, con un horario de salida y de entrada para que fueran a trabajar. En esa casa también tenían una escuelita. La primera escuela donde fue Salvador fue allí. Tenía quizás ya como siete años.

Un día de tantos le dice una de las hermanas de ahí que ellas habían observado que el niño era inteligente, que aprendía con facilidad y que iba a ver si lo internaban en la escuela de los padres que están por La Ceiba, los somascos, por la iglesia de la virgen de Guadalupe. Hicieron la solicitud por medio de un cura que se llamaba Mario Casariegos. Ahí daban enseñanza gratuita a niños pobres con el compromiso de ayudar en algunos oficios. Ahí estudió Salvador, pero estuvo poco tiempo.

Lo cierto es que en ese colegio los curas eran bien rigurosos y un día de tantos lo quisieron pelonear, y él no quiso. Un día de tantos se saltó el muro y se fue, se fugó. Y no quiso llegar a la casa de regreso por temor a que lo castigaran. Entonces se quedó ahí en el Cafetalón cortando café. Con lo que ganó allí se fue buscando camino como para Ahuachapán, buscando otra finca dónde cortar café. Una vez que íbamos nosotros para Ahuachapán, había una finca con un portón y me dice: “Mirá, en esa finca que está ahí, ahí estuve yo cortando café y con lo que gané aquí me fui para la frontera con Guatemala”.

Entonces llegó a la frontera de Guatemala sin nada. Dice que se metió. En aquel tiempo no había tanta vigilancia. Se encontró con un señor y le dijo que andaba buscando trabajo, que no tenía dinero, que no tenía dónde dormir, que no tenía nada, que si él no sabía dónde podía conseguir un trabajo. Dice que le dijo el señor: “Bueno, mirá, es bien difícil que encuentrés trabajo aquí. ¿Qué podés hacer vos?”, “No, de oficio nada”, dijo él. “Mirá, si te querés ir conmigo”, le dijo, “pero yo vivo en la Antigua Guatemala, yo ahí tengo una panadería. ¿Te querés ir conmigo?”. Y como él andaba sin cinco y sin nada, se fue con él. Allí empezó a aprender el oficio de panadero.

Luego ya no quiso estar ahí y se regresó a Santa Tecla. Quería aprender zapatería, igual al papá, pero el señor lo trataba muy mal. Antes trataban muy mal a los aprendices. Entonces ya no quiso aprender más la zapatería y se dedicó a la panadería.

En aquel tiempo a los aprendices no les pagaban casi nada, los explotaban bastante. Así comenzó en la panadería: ganando salarios de hambre. Dice que lo mandaban a ayudar en todos los oficios de la panadería, bien pesados. Eran panaderías artesanales, con horno de leña. Lo ponían a cargar los sacos de harina, a veces

ir a dejar pan y después ir a cobrar. En ese tiempo dice que les pagaban una tontera, el salario era bien miserable. Y trabajaban toda la noche.

Pero ya se iban formando las asociaciones de trabajadores. Así comenzó a tomar conciencia como obrero. Ha de haber tenido como unos 20 años.

Él ingresó al Partido cuando estaba el movimiento obrero más avanzado. Él era dirigente de los obreros panificadores, en la Unión de Obreros Panificadores. Ya después las uniones fueron asociaciones.

Ya para el 46 él era un dirigente conocido. Tan es así que un día 6 de agosto a él lo capturaron. Había un movimiento fuerte de huelga general de obreros exigiendo leyes de trabajo, aumentos de salario, mejoras para los trabajadores. Él era secretario general ya de la Unión de Obreros Panificadores. Durante esa represión que hubo, el 6 de agosto, día de su cumpleaños, lo capturaron, y lo tuvieron preso seis meses en la penitenciaría. La acusación que le hacían era que un policía que había pasado por ahí lo había oído decir que se quitaba el nombre de Salvador Cayetano Carpio si no mataba a ese hijo de no sé tantas de Castaneda Castro. Ese fue el pretexto, pero desde luego lo capturaron para detener la huelga de los panificadores.

Lo tuvieron seis meses preso, pero como no lo pudieron probar, lo dejaron libre.

En ese movimiento se lograron algunas conquistas para los trabajadores. Cuando yo entré a la fábrica, la ATBH había logrado firmar un pliego de peticiones. Se le llamaba pliego de peticiones a lo que después podía ser un contrato colectivo de trabajo.

La mayoría de los trabajadores agrupados en la ATBH eran de La Constancia. La asociación agrupaba a los trabajadores de La

Constancia, a los trabajadores de La Cascada, a los trabajadores de la Administración de Rentas, que agrupaba a toda la industria licorera. Era una asociación bastante grande. La mayor parte de compañeros estaban afiliados. Daban su cuota, pero participaban poco en las actividades.

Se hacían reuniones de asamblea de la asociación para discutir los problemas de cada centro de trabajo. La asociación tenía en su directiva representantes de todas las fábricas. De cada fábrica había un representante que era el que velaba por los intereses de los trabajadores y el que se enfrentaba a los patronos en cualquier problema que hubiera. Él llevaba los informes a la asociación, cobraba las cuotas.

Privados de muchos derechos los trabajadores, el representante tenía mucho quehacer con eso. Si un compañero se enfermaba y no solicitaba permiso, lo suspendían, aunque fuera por causa justificada. Si un compañero llegaba un poquito tarde ya no le pagaban el séptimo día. El compañero representante de los trabajadores siempre estaba ahí mediando: que un compañero solicitaba permiso porque tenía enfermo a un hijo y tenía que llevarlo a consulta. Era el que intervenía ahí con el patrono en cualquier necesidad o problema de nosotros.

Los patronos siempre luchaban por debilitar las asociaciones, o uniones, lo que fuera. No era de su agrado que los trabajadores estuvieran organizados. Por ejemplo, despedían injustificadamente a un trabajador que era activista de la organización.

En cada fábrica había un representante de los trabajadores y era el encargado de llevar un boletín que editaba la asociación que se llamaba *Adelante*, donde daban a conocer la situación, las condiciones de las fábricas, los problemas que había y hacían siempre llamados a los trabajadores a organizarse, a apoyar la organiza-

ción. El boletín lo vendían. No era obligación comprarlo, pero casi todos lo comprábamos. Ahí también se felicitaba a un compañero que cumplía años, si alguno tenía un duelo se le daba el pésame, para que ellos vieran que la organización se preocupaba por ellos.

El representante también era el encargado de trabajar para afiliar a los trabajadores a la asociación. La mayoría de trabajadores, como era una fábrica nueva, quizás por eso, teníamos un poco de temor de afiliarnos en la asociación. Yo tardé bastante. Quizás como al año me afilié a la asociación. Yo venía de trabajos sin horario fijo. Yo decía: “Por lo menos aquí voy a tener un horario de trabajo, de ocho horas, porque esa era la jornada; y me queda más tiempo para estar con mis hijos, con mi mamá”. Yo tenía temorcito. Primero daba cuota. Yo le dije al compañero que era el representante de los trabajadores: “Mire yo le puedo dar la cuota pero asistir a las reuniones no puedo porque no me queda tiempo”. Pero la verdad es que no tanto era eso, porque las reuniones eran los domingos. Yo tenía temor de perder el trabajo, como lo tenía la mayor parte de los compañeros ahí. La mayor parte estaban afiliados, daban su cuota, pero activistas no eran. Iban de vez en cuando a las reuniones.

Cuando había asamblea para elegir directiva eso costaba, porque nadie quería aceptar un puesto. Yo les decía a las compañeras: “Miren, yo voy, pero si van ustedes”. “Ay, es que yo no puedo”, “No puedo ir porque el fin de semana a mí me toca quehacer, tengo mucho quehacer, tengo que lavar, tengo que planchar, tengo que hacer lo que no puedo hacer en la semana”, y total que casi no iban, era muy raro que fueran a las reuniones compañeras.

Yo ahí tenía una amiga que se llamaba Pilar, éramos muy amigas. Ella sí estaba afiliada a la organización y me decía que me afiliara. Convocaron a una reunión para pedir aumentos de salario, y

eso interesaba a todos. Entonces fui con ella a la reunión. Y así me fui interesando, pues. Las reuniones eran cada 15 días, cada mes, pero no era así como tan puntual para ir.

Sucedió que el representante de los trabajadores renunció de la fábrica y se fue. Estaba muy enfermo y ya no podía seguir trabajando en la fábrica. Al poco tiempo hubo otra reunión y allí había una vacante, porque en la directiva había renunciado el secretario de actas. En esa reunión plantearon que había que llenar esa vacante y nadie quería aceptar, nadie aceptaba, había bastantes mujeres que trabajaban en La Constancia, pero muy pocas asistían a las reuniones. Pilar, esta mi amiga, había estado en la directiva, pero había renunciado porque no le quedaba tiempo. Ella tenía que atender a sus hijos, tenía al esposo, entonces me dice: “Yo la voy a proponer a usted”. “No, yo nunca he estado en una directiva, no me siento en capacidad de eso”, le dije conversando con ella en la reunión. “Yo apenas puedo leer y escribir, pero yo nunca he hecho un acta”. “No, pero yo la voy a proponer”, y me propuso.

Quizás de todas mis compañeras yo era la que tenía más tiempo, porque mi mamá me cuidaba mis niños. Yo podía desprenderme de un domingo y no tenía problemas, pero ellas tenían sus hijos, sus maridos, sus problemas que las atan. La ventaja de ser soltera, yo era una madre soltera.

Me comprometieron ahí, me dijeron que el hecho de que yo nunca había escrito un acta no era motivo para que yo no aceptara, que los compañeros me iban a enseñar cómo se hacía el acta, que eso era bien sencillo. Yo acepté con esa condición de que me enseñaran. Y me enseñaron, me enseñaron cómo se hacía el acta, así: en la fecha tal, en el lugar tal, con la asistencia de todos los directivos. Bien cajonero eso. Poco a poco fui aprendiendo. Eran unas actas que salían kilométricas porque de todo había que anotar, que

el compañero fulano pidió la palabra y dijo tal y tal cosa, que el compañero fulano de tal respondió tal y tal y tal cosa, todo el desarrollo de la reunión. Ahí me mantuve hasta que sí se constituyó el sindicato. En ese sindicato pues ya yo quedé como secretaria de organización y ahí me mantuve hasta la represión del 52.

En la época de Hernández Martínez estaban prohibidos los sindicatos. La ATBH en la práctica era un sindicato de industria, no era un sindicato de empresa. En el gobierno de Óscar Osorio Hernández se permitió la libertad sindical después de mucha lucha. Primero, no se permitieron los sindicatos por industrias, sino solo sindicatos por empresa. Teníamos que dividirnos en un montón de sindicatillos por empresa. Esa fue una de las batallas que tuvimos que dar.

Tuvimos que luchar, que continuar la lucha para que se permitieran los sindicatos por industria. Estábamos luchando por la libertad de organización sindical de los trabajadores de la ciudad y del campo. Pero eso lo rechazaron totalmente, la sindicalización campesina.

Se dijo que la ley de sindicatos por industria quedaba pendiente y nos organizamos ya en sindicato. No transcurrió mucho tiempo hasta que dieron ya la ley de sindicatos por industria, pero le pusieron un límite: se permite la ley de sindicatos por industrias especializadas. Ahí también teníamos otra traba. La pudimos salvar porque teníamos unas personas amigas del Partido en el Ministerio de Trabajo. El que era jefe de la Sección de Sindicatos era un amigo muy cercano. Eso lo supimos nosotros después. El otro estaba en la comisión jurídica. Él era abogado y estaba en eso. Para poder organizar el sindicato, así como quedó, el jefe de la Sección de Sindicatos del Ministerio tuvo que nombrar una comisión para que fuera a La Constancia a comprobar que la cerveza era una

industria, el hielo otra. Al fin logramos que nos permitieran formar como sindicato de industria a La Constancia y nosotros de La Cascada. Nos dejaron afuera el sindicato de licoreros. Nosotros dijimos: “Formalmente nos dividen, pero vamos a seguir unidos siempre en la práctica”. Tuvimos los mismos estatutos, tomamos posesión el mismo día, y ellos se sindicalizaron por empresa.

Todas esas trabas tuvimos que salvar. Tuvimos que ir toda la directiva a hablar con el ministro del Trabajo. Mario Héctor Salazar era en esa época. Y no quería, no quería ceder, porque decía que nosotros queríamos meterle al sindicato por industrias hasta las vendedoras de *shuco*, así nos dijo; pero al fin lo logramos.

Yo veía que había cosas injustas con los trabajadores. Por ejemplo, eso de que el salario no nos alcanzaba, que estábamos expuestas a perder el trabajo por cualquier motivo, todo eso yo lo veía. En la directiva se informaba de la situación en cada fábrica: en La Constancia, que los compañeros eran despedidos injustamente porque los veían, digamos, tomándose una gaseosa.

Poco a poco me fui metiendo en la organización, me fui entusiasmando y ya le fui tomando cariño a la organización, ya ni pensaba en que me podían despedir y me fui involucrando más.

Ya llegaban a mí las compañeras y me decían: “Mire, fíjese que yo quisiera solicitar permiso porque tengo que llevar a mi niño donde el médico”. Entonces era yo la que le iba a decir al gerente ahí que la compañera fulana necesitaba un permiso para ir a llevar a su niño al médico o que la compañera se sentía mal y que pedía permiso para ir a la consulta, y cosas así. En la junta directiva no había más mujeres, solo yo.

A veces hacíamos una lista para pedir ayuda para una compañera que estaba enferma, o que tenía su hijo enfermo, o que se le murió el papá. Hacíamos una lista y pedíamos permiso en la

fábrica para pasar, por ejemplo, a la hora de almuerzo, y les preguntábamos a los compañeros: “¿Cuánto vas a dar?”.

A veces había charlas, invitaban así alguna actividad para recaudar fondos; siempre estaba en actividad el sindicato.

La directiva tenía un secretario de finanzas. Había secretario general, de organización, de actas, de finanzas, de asistencia social, y de conflictos, así estaba formada la directiva. Entonces el secretario de finanzas era el que administraba los dineros de la asociación y en cada reunión daba informes de lo que había de entradas y salidas, se llevaba un libro de finanzas y había control. No era mucha la plata que se manejaba.

A finales del 48 estaba todavía la dictadura de Salvador Castaneda Castro, que fue un militar muy represivo. Se estaba planeando un golpe militar contra él y se nos acercaba mucha gente intelectual, gente de la universidad, pero nosotros no teníamos idea de lo que iba a pasar. Veíamos que había mucho interés de parte de estudiantes y profesores de acercarse al movimiento obrero.

Era un trabajo abierto, no era clandestino pues, porque las asociaciones tenían su local; pero era un riesgo. Siempre eran vigiladas, siempre estaba la policía en las reuniones de las asociaciones. Nosotros teníamos ahí tres policías de planta, reconocidos. A uno le decían la Grabadora humana, porque ese no necesitaba apuntar nada, los mismos policías lo decían. A otro le decían Cucharita, y otro que le decían el Turco, eran tres, que no faltaban allí y ya sabíamos nosotros que eran policías. Se mostraban como amigos con los trabajadores. Eso era cuando todavía no éramos sindicato, pero ya teníamos un local, ya estábamos nosotros en ese proceso de organización y de luchar por la libertad de organización sindical.

Cuando se dio el golpe del 48 que derrocaron a Salvador Castaneda Castro, se abrió ese espacio político para impulsar la lucha

por la libertad de organización sindical que hasta ese momento estaba prohibida. Como había un poco de respiro, algunos compañeros del Partido decidieron acercarse a gente que no conocían, como yo, que era nueva, y otras personas también. En esa época se incorporaron al partido Angélica Trigueros, Fidelina Raimundo, todas esas compañeras llegamos en las mismas fechas, aprovechando ese espacio.

Las directivas se elegían cada año. ¡Qué bonito era eso! Muchos compañeros eran reelegidos, otros no querían reelegirse y llegaban a ocupar su lugar otros. Pero en esas tomas de posesión los compañeros tenían que leer lo que se llamaba la *Memoria*, o sea, el trabajo realizado por la junta directiva durante todo el año.

Además de eso se organizaba un acto cultural, se solicitaba alguna participación en danza, poesía, música. Después de la toma de posesión se hacía un baile. Lo que aglutinaba a los trabajadores en esas tomas de posesión era eso: que se invitaba a todas las organizaciones a que enviaran dos delegados. Cada quien llevaba su credencial. Asistían la mayoría de compañeros organizados, mandaban su delegación. Aprovechábamos la toma de posesión y hacíamos un baile con orquesta. Pero la tarjeta para entrar era pagada. Podían comprarla los compañeros afiliados a la asociación o no afiliados. Había unos compañeros en la puerta vendiendo las tarjetas. Muchas se vendían ahí. Adentro teníamos cantina, vendíamos guaro, vendíamos panes con pavo, cigarros, dulces, todo. Porque necesitábamos dinero para pagar el local y nadie nos daba nada. Nos dejaba una buena ganancia ese baile. En ese tiempo, para que no hubiera desórdenes, porque la gente estaba bailando adentro y con trago, era obligación pedir una pareja de policías para que estuviera en la puerta. Cualquiera que surgiera ahí con pleitos, si era demasiado, se llamaba a la policía. Nosotros fuimos

adquiriendo experiencia en eso y no nos gustaba nada pedir la policía. Lo hacíamos porque había que hacerlo. Entonces decíamos: “Mejor organizar una comisión de vigilancia entre los mismos compañeros”. Se hicieron tan expertos en eso que cada sindicato tomó ese modelo, entonces ya no pedíamos policía, porque estos compañeros estaban encargados de eso. Si había un compañero haciendo desorden le llamaban la atención por primera vez, por segunda vez y por tercera vez ya lo sacaban del baile y todo quedaba en paz.

Esas actividades eran bien importantes porque con todos los delegados de los otros sindicatos fraternizábamos, conversábamos. Por eso no nos costaba mucho, si había un conflicto en una fábrica, inmediatamente, la solidaridad. Nosotros hacíamos un pronunciamiento en un periódico dando a conocer que los compañeros de la fábrica estaban en huelga, que había que solidarizarse con ellos, llevarles ayuda. Ahora todo es tan diferente. Me hablan del movimiento sindical y no entiendo, porque todo es tan diferente.

Para recaudar fondos hacíamos excursiones, ahí nos juntábamos siempre. Hacíamos otras actividades: rifas, prestábamos el local para que se celebrara alguna fiesta del cumpleaños de los hijos. Siempre teníamos más contacto con la gente. Ahora me dicen que ya no se hace nada de eso, ahora todos los directivos son funcionarios. Antes no, no teníamos para eso. Si acaso el secretario de conflictos, cuando había un conflicto en que él tenía que ir al Ministerio de Trabajo, por algún despido injustificado o por cualquier causa, y él no podía perder su día de trabajo, la organización se lo reponía. La cuota antes era voluntaria, porque la cuota obligatoria fue permitida por la ley cuando se dio la ley de organización sindical en los años cincuenta.

Yo bailaba, mucho. Me gustaba bailar. Yo era muy delgadita en esa época. Yo vivía deseando siquiera pesar 100 libras, no pasaba de noventa. A Salvador no le gustaba bailar. Él iba, estaba en las tomas de posesión hasta que terminaba todo, pero no bailaba. Iba y se quedaba hablando con los otros delegados sindicales, ahí sobraba de qué hablar. Después de la toma de posesión había un brindis que era gratis para los delegados y podían quedarse al baile y no pagaban.

A Salvador lo conocí en el 48, en esas reuniones. Era de la directiva del sindicato de la Unión de Obreros Panificadores. Cada sindicato ponía una cuota para alquilar una casa donde ya se reunían todos los sindicatos. Ahí nos conocimos. También en las reuniones clandestinas, cuando ya estábamos tratando de transformar las asociaciones en sindicatos. Nos íbamos a reunir a unos cañales allá por San Marcos un grupo de compañeros. La mayor parte eran compañeros del Partido, pero obviamente algunos no sabían que eran del Partido. A mí no me reclutó Salvador para el Partido. Él ya me conoció en el Partido. Nos fuimos conociendo más que todo en tomas de posesión de directivas sindicales.

Al principio no teníamos locales, sino que alquilábamos, o solicitábamos permiso. Existía la Confederada de Obreros, un caserón inmenso, que no sé en qué años se la donaron a los obreros artesanos de aquella época, que llegaron a ser después artesanos ricos porque progresaron en sus talleres de zapatería, de sastrería. Ellos eran los dueños de ese local y lo alquilaban, para casamatonios, para toda ocasión, y también a sindicatos, pero teníamos que pagar. Ya después, como en los años cincuenta, cuando surgió el Comité de Reorganización Obrero Sindical (CROS), ya pudimos entre todos pagar un local pequeño, después pudimos alquilar otro local más grande. Cada compañero nos daba su colaboración para

el pago del local y también las actividades que hacíamos: rifas, viajes, excursiones, cenas-charlas pagadas. Así pagábamos el local.

En la época de la Junta, el movimiento sindical iba en ascenso. El movimiento estudiantil también, luchando por la reforma universitaria. Nosotros aprovechamos el periodo después del golpe de Estado. Se iba creando un clima de bastante ascenso del movimiento popular, se iban organizando más sindicatos.

Pero también el gobierno estaba preparando su base social, el gobierno de Óscar Osorio Hernández. La Junta Revolucionaria fue la que derrocó a Salvador Castaneda Castro y luego le entregó el poder a Osorio. Óscar Osorio entró como presidente con una política bien demagógica, el lema era “Dios mediante la revolución triunfante”. Todo era “revolución”.

A la par de que nosotros activábamos por formar los sindicatos, también se estaba luchando por el Código de Trabajo. Tuvimos que ir a la Asamblea. Una noche la pasamos ahí, cuando se aprobó el Código de Trabajo. Mientras tanto, el gobierno estaba preparando también el terreno para capitalizar todo eso. Porque en ese tiempo había muchas tendencias. Estaban los sindicatos cristianos, estaba la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), esas organizaciones sindicales gringas, gente que preparaba cuadros, compañeros sindicalistas que iban viendo que se iban destacando en la organización sindical, los iban atrayendo para mandarlos a estudiar a Puerto Rico, a Estados Unidos o a esas escuelas. Y a la vez esta gente metiéndole a la política, dirigentes que se afiliaron al Partido Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD), así se llamaba el partido de Óscar Osorio. Estaban al frente del movimiento sindical, pero algunos de ellos fueron candidatos a diputados, uno de ellos llegó a ser su secretario del Trabajo. Osorio creó también centros de recreo para los obreros,

por ejemplo, en Coatepeque; en La Palma hicieron unas casas de descanso para ir a veranear ahí. Todo eso que los sindicatos podían solicitar para que los compañeros fueran a vacacionar su día por el lago de Coatepeque. Toda esa política que hizo el gobierno fue como para ir contrarrestando la lucha. Nosotros no decíamos sindicalismo revolucionario, decíamos sindicalismo independiente: independiente de la patronal y del gobierno. También estaba en boga el Peronismo. A nosotros nos inundaban los locales de propaganda peronista. Nos llevaban películas. Porque en ese tiempo la embajada argentina tenía un delegado obrero con rango diplomático.

Con Salvador nos fuimos acercando, las actividades de las asociaciones nos fueron acercando. Por ejemplo, a mí me nombraban delegada para ir a una toma de posesión de un sindicato, a él lo nombraba su sindicato, la Pánica lo nombraba, nos veíamos allí; total que ya no nos dejábamos de ver y así lo conocí. Yo siento que eso fue lo mejor que me pudo haber pasado en la vida porque fue una buena elección y a partir de allí pues ya fue una relación estable que duró treinta y tres años.

En aquel tiempo yo tenía miedo de tener otro desengaño como los había tenido entonces. La primera relación yo era casi una adolescente, sin experiencia, sin nada. No puedo decir que yo me enamoré, pero él no fue el padre de mi hijo que me respondió, no fue un hombre responsable, ni siquiera reconoció a su hijo ni lo volvió a ver. Yo esperaba otra cosa, pero como era una chiquilla. Lo mismo me pasó con el siguiente niño.

Pero yo vi en Salvador que era un hombre tan responsable, tan dedicado, pues, al trabajo obrero; un hombre sin vicios, respetuoso, entonces yo sí sentí que era el hombre de mi vida, yo aspiraba a un hombre así como era él.

Fue tan responsable. Cuando decidimos unirnos, formar un hogar, él me dijo: “Antes yo lo voy a plantear al Partido, si el Partido nos da permiso de que formemos nuestro hogar”. A nosotros nos casó el Partido.

Cuando derrocaron a Maximiliano Hernández Martínez, quedó el viceministro de defensa de él, el general Andrés Ignacio Menéndez. Ahí se dio un lapso de seis meses en el que hubo un espacio para el crecimiento del movimiento popular. Por ejemplo, se formó la Unión Nacional de Trabajadores (UNT). El secretario general era Dagoberto Marroquín, un militante del Partido. Pero vino otra vez el golpe de Estado de Osmín Aguirre y Salinas, que a sangre y fuego terminó con ese espacio corto.

Descabezaron al movimiento popular, metieron a la cárcel, torturaron, mandaron al exilio a muchos dirigentes, incluso a los médicos, porque el líder de ese movimiento revolucionario que derrocó a Hernández Martínez era un médico, el doctor Arturo Romero, y la emprendió contra los médicos. Los iban a sacar de los hospitales y de las clínicas y les echaban una represión terrible. Mucha gente fue a la cárcel, los torturaron; muchos se fueron huyendo para Guatemala. Allá en Guatemala se organizó un movimiento estudiantil y hubo gente que se preparó, hicieron planes como para invadir El Salvador por Guatemala y derrocar al gobierno de Osmín Aguirre y Salinas. Pero toda esa gente murió allí en los llanos de Ahuachapán.

En ese tiempo, en todas las entradas y salidas de la ciudad había casetas de tránsito donde paraban los vehículos, los revisaban, les pedían sus papeles. Esas casetas las atacaban. Yo recuerdo que ahí murió un estudiante de apellido Galeano, y murieron muchos otros estudiantes luchando contra Osmín Aguirre.

Después, él mismo propuso a Salvador Castaneda Castro como su sucesor. Cuando derrocan a Castaneda Castro, que creo que fue en el 48, se forma la Junta Cívico Militar. También hubo allí un espacio político que fue lo que permitió que nosotros en ese periodo lucháramos por la libertad de organización sindical, que salió no a la legalidad, sino a trabajar abiertamente. El CROS se aprovechó de ese espacio para organizar a los trabajadores. Había un gran entusiasmo en ese tiempo de los trabajadores por organizarse, y los que ya teníamos las asociaciones obreras, tratábamos de transformarlas en sindicatos.

COMUNISTA

En el tiempo de Salvador Castaneda Castro no había comunistas reconocidos, solamente algunos en la clandestinidad. Y aun el día que se celebraba el derrocamiento de Castaneda Castro, los compañeros comunistas que regresaban de Guatemala, esa misma noche los sacaban y los mandaban de regreso.

A mí primero me invitaron a un círculo de estudio. El Partido organizaba círculos de estudio con activistas del movimiento obrero y de distintos sectores. Yo estuve en uno de esos círculos.

Estudiábamos documentos del Partido, como el periódico clandestino que se llamaba *La Verdad*, también un boletín: *Carta semanal*, se llamaba, y algunos libros de marxismo.

Al principio no dijeron que era un círculo de estudio del Partido Comunista, solo me dijeron si quería pertenecer a un círculo de estudio.

En ese tiempo yo había oído de los comunistas toda aquella campaña anticomunista, pero eso a mí no me caló, no sé por qué.

Hasta ahí ni siquiera tenía idea de qué era el comunismo, pero poco a poco fui entendiendo. Desde que dejé de estudiar no volví a leer libros de texto así; leía revistas, cosas así, de vez en cuando periódicos, pero ni novelas.

Cuando empecé a incorporarme a la organización como secretaria de actas había un compañero. Después, cuando estuve más incorporada en la lucha, oí decir que pertenecía a un grupo trotskista. Eran varios los compañeros que lo señalaban así, pero yo no sabía qué era eso. Ese compañero un día me dijo que si podíamos participar con otros compañeros en un círculo de estudio que tenía allí. Solo se hablaba de cuestiones sindicales.

Este compañero que se llamaba Rigoberto Albayero. Era un muchacho bastante preparado que ayudaba al movimiento obrero. Él me prestó un libro a mí. Recuerdo que se llamaba *La mujer en el pasado, la mujer en el presente y la mujer en el porvenir* y el autor era August Bebel, obrero comunista del Partido Social Demócrata Alemán. Ese libro él lo escribió en la cárcel. Hablaba ahí de la época del matriarcado, de la mujer en el matriarcado, la mujer en el presente, y recuerdo que hablaba de la importancia de que la mujer obrera se incorporara al movimiento obrero, porque decía que sin la participación de la mujer no era posible el cambio de la revolución, ponía cosas así. Decía que en el socialismo era donde todos los problemas de la mujer se resolvían, que allí en la sociedad socialista era donde la igualdad de la mujer era real.

Tiempo después, en Nicaragua, leí una revista de mujeres donde decía que August Bebel había publicado ese libro en aquel tiempo, que lo escribió en la cárcel y que ese libro se llamaba *La mujer y el socialismo*. Ese era el título original pero como en ese tiempo había una gran persecución contra los comunistas, para poder sacar el libro le pusieron así: *La mujer en el pasado, la mu-*

jer en el presente y la mujer en el porvenir. Creo que ni lo leí todo. No le voy a decir que yo asimilé todo el libro, pero si me quedó una idea.

En esos tiempos venía mucha propaganda de la Federación Sindical Mundial, ahí se hablaba del movimiento sindical en otros países, denuncias, toda esa cosa. Y también de la problemática que teníamos los trabajadores.

Yo me acuerdo que lo primero que vimos en ese círculo de estudio fue un folletito que se llama *Principios elementales de economía*, algo así, o de filosofía. Algo que yo no entendía mucho. Me fui incorporando poco a poco. Después estuve en un círculo de estudio con gente que ya era del Partido, pero tampoco se identificaban. A mí me fue interesando participar en esos círculos que organizaban los compañeros. Pero tampoco me incorporé de lleno. Estudiamos el *Manifiesto comunista* y aparte otro tipo de materiales sindicales de los que mandaba la Federación Sindical, historia del movimiento obrero, cosas así.

Ya después de la represión del 52 yo ya no volví a ver a este compañero y cuando regresamos al país tampoco lo vi. Luego me sorprendió saber que murió en un accidente de tránsito en San Marcos. En ese tiempo parece ser que lo habían nombrado regidor en la alcaldía de San Marcos.

Entonces primero entré al círculo de estudio y ya luego a una célula. Me acuerdo que el responsable de la célula era un profesor que después resultó ser asesor de la policía. Se llamaba Joaquín Callejas.

Nosotros nos cuidábamos muchísimo, hasta la represión de Óscar Osorio y después de eso, incluso, los dirigentes sindicales no usaban la terminología esa, ni “proletariado” ni “camaradas” ni nada de eso, porque no se podían identificar. Eso se utilizaba

en las reuniones clandestinas, pero en los sindicatos no se podía. Ahí estábamos y nadie, nadie se podía identificar como comunista. Tampoco convenía que los trabajadores en los sindicatos lo identificaran a uno como comunista, por temor o por lo que fuera. Entonces, nos cuidábamos mucho de eso.

Una célula no podía pasar de cinco, la formábamos cinco compañeros con su seudónimo cada quien, y las reuniones del Partido eran clandestinas. Nosotros vivíamos y trabajábamos abiertamente pero el trabajo en las células era clandestino y, hasta donde era posible, compartimentado, es decir, que no se conocieran los compañeros de una célula a otra.

A veces había reuniones del Comité Departamental, donde había representantes de cada célula. Cada célula nombraba un representante para ir a la asamblea de Comité Departamental del Partido, entonces en esos momentos no se usaban capuchas o algo así para camuflarse, sino que ahí por fuerza nos conocíamos y conocíamos a los dirigentes.

La célula elegía al compañero que iba a ir como delegado a la Asamblea Departamental, no necesariamente tenía que ser el responsable de la célula, sino que la célula lo elegía, así se componía la Asamblea Departamental. Después estaba la Comisión Política y el Comité Central y el Congreso del Partido, que era la máxima autoridad.

Yo estuve en varios congresos del Partido, entre el 50 y el 60, por ahí. Participaban quizás como unas treinta personas, más o menos.

En esa época, por ejemplo, Salvador era funcionario del Partido, era dirigente, pero estaba al frente de la dirección del movimiento sindical, y así muchos. Eran pocos a los que sostenía el Partido, porque tenía muy pocos recursos. No había como para

sostener a muchos profesionales del Partido. La mayor parte trabajábamos asalariadamente.

Yo recuerdo algunos compañeros, por ejemplo, Shafick Hándal era de la Dirección del Partido, pero yo nunca lo vi a él en un frente de masas trabajando, su trabajo era más clandestino y otros compañeros eran estudiantes o estaban al frente de organizaciones estudiantiles.

Las células no eran por sectores, eran mixtas. En la célula donde yo estaba había un profesor, había estudiantes, había un obrero artesano, otro compañero que era pequeño comerciante, tenía una joyería. Representábamos distintos sectores.

En las reuniones cada quien tenía su responsabilidad, por ejemplo, yo informaba a ver cómo estaba la situación en el sindicato y ahí hacíamos los planes de trabajo. Allí se orientaba el trabajo en los sindicatos, en las direcciones estudiantiles. Según la representación de la célula, cada quien tenía su frente de trabajo.

A veces algún compañero pasaba a otro frente o iba a trabajar a otra célula. No había mucha fijeza.

En esa época había vínculos con partidos comunistas de otros países, con el partido de la Unión Soviética, con los partidos centroamericanos, sobre todo, Honduras, Guatemala.

Esas cosas ya eran más como a nivel de organismos de dirección, y yo ya no podría decir cuáles eran los vínculos. Con la Unión Soviética había vínculos para formación de militantes, aportes económicos. Era públicamente conocido, por ejemplo, la asistencia a congresos internacionales.

También literatura editada allá y que circulaba, pero era muy difícil hacer llegar ese tipo de literatura al país, había que hacerlo con mucho cuidado, pero sí las revistas internacionales, muchos materiales de estudio que servían para las células.

Como la militancia de nosotros en el Partido era clandestina, había muchas cosas que no teníamos derecho a saber. Esa era la línea.

En ese tiempo la lucha reivindicativa de la mujer iba incluida en la lucha general del pueblo. Fue hasta que nosotros formamos la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas que empezamos a asistir a los congresos como sector de mujeres.

En la reunión de células de nosotros en la orden del día poníamos en primer lugar “Estudio”. Estudiábamos los documentos del Partido, porque el partido estaba siempre sacando documentos sobre la situación nacional; y también algo de marxismo: el *Manifiesto comunista*, *Principios elementales de filosofía*, es decir, estudios de preparación política.

Además, se discutía la problemática de cada quien en su centro de trabajo. Ahí es donde a uno le controlaban el trabajo. Si yo tenía problemas en la fábrica, yo informaba por ejemplo cómo estaba funcionando la directiva, ahí me daban orientación de qué hacer yo. Y de ahí llevábamos orientaciones de cómo trabajar en el movimiento sindical, yo, los compañeros del movimiento estudiantil en su centro de trabajo, y así. Nos ayudábamos entre todos a resolver la problemática que había dentro del trabajo. Y qué hacer también para reclutar compañeros para el Partido. Nosotros en los sindicatos nunca nos presentábamos como miembros del Partido porque era clandestino, pero siempre veíamos qué gente había dispuesta a ingresar al Partido. Ahí les dábamos a leer algo, o les invitábamos a grupos de estudio. Y teníamos la tarea de organizar un círculo de estudio con compañeros.

Una reunión de célula duraba a veces dos, tres horas. La primera hora era de estudio. Al principio dejábamos el estudio para el final, pero siempre veíamos que nos dedicábamos a hablar de las

problemáticas y cuando veíamos, se nos había agotado el tiempo. Por eso lo poníamos de primero. Después la agenda podía ser: “Estudio”, “Informes”, ahí podían ir problemas personales de uno, que siempre había; de ahí teníamos que ver “Finanzas”, qué hacer para recaudar dinero, también veíamos algo sobre la situación internacional, y “Tareas”. En las células como máximo éramos cinco, por la clandestinidad, y nos reuníamos cada semana. La asistencia a la célula era obligatoria y puntual. Si uno no podía asistir tenía que avisar y explicar el motivo. Nos reuníamos en distintas casas de los mismos compañeros. A veces cuando la situación se ponía un poco delicada íbamos a un paseíto por ahí. En la universidad, a veces. Y había también sanciones para compañeros que no cumplieran con las tareas, la crítica y la autocrítica. Es difícil saber cuántos éramos por la compartimentación, pero yo calculo que en ese tiempo éramos como unos cien.

En el Partido había muy pocas mujeres. En realidad, no era muy grande. Y menos mujeres. La mayor parte de esposas de los compañeros no pertenecían al Partido. En las células que estuve yo era la única mujer.

Colaborador del Partido era aquella persona que simpatizaba con el Partido pero que no quería comprometerse, decían que no se consideraban con capacidad de aceptar la disciplina del Partido, daban cuotas, ayudaban a veces a repartir propaganda, prestaban sus casas para reuniones y hacían trabajo en su respectivo frente de masas, si eran estudiantes, si eran profesores, si eran obreros, si eran comerciantes. Se les daban orientaciones y ellos las aceptaban y daban contribución.

No estaban obligados a una disciplina. Muchos de los colaboradores poco a poco se iban concientizando, iban aceptando pertenecer a un círculo de estudio, por ejemplo. De allí muchos se iban

y muchos ingresaban al Partido. De esa red de colaboradores se nutría mucho el Partido.

Con lo que llegamos a conocer, nosotros soñamos con la sociedad socialista. Yo por lo menos creía que valía la pena luchar y sacrificarse e incluso dar la vida para llegar algún día a construir una sociedad justa. Valía la pena luchar por una sociedad comunista. Eso, nosotros, yo por lo menos, así lo creía y estaba consciente de los riesgos que corría. En El Salvador las luchas reivindicativas eran un delito, aunque era legal y era permitido, podía a uno costarle la vida. Y si uno daba un paso más, como ser militante de un partido comunista, eso significaba un gran riesgo. Yo sabía que me podían capturar de un momento a otro, porque yo veía cómo capturaban a otros compañeros. Yo podía correr la misma suerte.

Sería mentira si dijera que no tenía miedo, pero no sé de dónde sacaba fuerzas para vencer ese miedo. En el movimiento sindical antes lo más corriente era o que lo capturaran a uno o que lo sacaran del país. Yo vivía pensando que *Marcial* salía de la casa y que no podía regresar porque lo podían capturar, no que lo iban a matar. Teníamos miedo, pero ahí íbamos corriendo todos los riesgos.

Había una represión solapada, porque el gobierno de Óscar Osorio se caracterizó por ser un gobierno demagógico, toda la propaganda decía que aquel era el gobierno de la revolución y el lema de ellos era “Dios mediante y la revolución triunfante”. Pero a muchos compañeros militantes los capturaron, los sacaron al exilio. Había represión, pero ya la represión más fuerte fue la del 26 de septiembre de 1952.

Nosotros estábamos luchando por un sindicalismo independiente del gobierno. Éramos el movimiento más fuerte. Aprovechamos el espacio político para fortalecer el movimiento obrero, a la vez los estudiantes estaban luchando por la reforma universitaria, y se iba desarrollando el movimiento popular.

Entonces las clases dominantes, el gobierno, claro, se asustaron y empezaron a desarrollar el movimiento obrero oficial, a irse conquistando algunos líderes obreros, ofreciéndoles diputaciones y muchas prebendas, ofreciéndoles cursos en el extranjero para que los preparen como dirigentes obreros en Estados Unidos, o en otra central en Honduras, donde mandaban a preparar a los obreros y les daban muchas prerrogativas, iban muy bien pagados y su familia quedaba muy bien asegurada.

Así fueron ellos rodeándose de un pequeño núcleo de obreros que se pusieron al servicio del gobierno. Así fue cómo surgió la Confederación General de Sindicatos (CGS), abiertamente oficia-

lista. Incluso algunos dirigentes eran diputados. Es decir, fomentaron mucho la corrupción, el oportunismo, en algunos que se pasaron del lado del gobierno. Entonces ellos pensaron que reprimiéndonos a nosotros, que luchábamos por un sindicalismo independiente, les iba a quedar el campo libre.

La salida fue inventarse, un día de tantos, un 26 de septiembre de 1952, que habían descubierto un complot comunista para derrocar al gobierno. Esa mañana amanecimos presos unas 60 o 70 personas. Obreros, estudiantes, profesionales, encarcelados con el fin de detener el movimiento popular.

Cuando había una noticia muy trascendental, se tocaban las sirenas de los periódicos. Ese día salían los canillitas: “¡La extra, la extra, descubierto complot comunista para derrocar el gobierno!”. Así han sido los golpes de Estado siempre, salen por ahí con su proclama bien rimbombante, hablando de democracia y de libertad.

En esos días *Marcial* estaba escondido porque había amenazas de represión contra él. Estaba en una panadería.

Unos quince días antes de la represión notamos que nos retiraron los policías que llegaban siempre a oír las reuniones sindicales. Ya quizás habían señalado quiénes eran los “agitadores”. A *Marcial* lo habían querido capturar saliendo de un local sindical, entonces le recomendaron que mejor estuviera alejado en esos días.

A mí me seguía un policía de la casa a la fábrica, de la fábrica a la casa. A otros compañeros también les habían puesto vigilancia, así como a los dirigentes estudiantiles y otras personas progresistas.

Una vez, por ejemplo, estábamos celebrando una toma de posesión de un sindicato cuando nos dijeron que tuviéramos cuidado porque afuera estaba la policía y que habían preguntado por *Marcial*, que si estaba. Lo tuvimos que sacar en grupo. Se salió, se

ocultó unos días y después volvía. Así sucedía, jugando *escondelero* con la policía. Pero nunca nos imaginamos lo del complot, eso fue sorpresivo, pero no era que nosotros estuviéramos confiados en el régimen, eso nunca.

Ese día, *Marcial* tenía una reunión de la dirección del Partido cerca de la casa donde nosotros vivíamos, en el Mesón San Judas, ahí por San Jacinto, por el hospicio. Él estaba en una casa allá por Ciudad Delgado, pero como ya era muy noche no tenía cómo irse y teníamos vigilancia, entonces se quedó.

La policía llegó como a las seis y media de la mañana. Todavía no nos habíamos levantado. Mi mamá abrió la puerta. Entonces le dijeron: “Señora, déjenos entrar, que aquí se ha metido un ladrón”. Le dice mi mamá: “No, ustedes se han equivocado, tal vez sea en los cuartos de más allá. Este mesón es muy grande. No es aquí”. Entonces le dieron un empujón y abrieron la puerta. Ya vimos que era la policía y nos levantamos. Yo me enojé mucho. Yo tenía una cajita en una mesita y allí tenía una carta semanal del Partido. Con disimulo la saqué y la rompí. Me dicen: “¿Qué está rompiendo ahí?”. “No les importa a ustedes qué rompo yo”, les dije. Ya *Marcial* se medió vistió y le dijo a mi hijo Toño que le trajera un guacal con agua para lavarse la cara. Le llevó el agua. Él se quedó con el guacal en la mano y cuando yo vi, les echó el agua a los policías.

Salió corriendo y vi cómo unos policías salían tras él y oí los balazos. Tiraban balazos al aire y otros se quedaron cuidándome a mí. En el mesón todo el mundo se levantó, la gente quedaba asustada. Mi niño menor salió corriendo detrás de *Marcial* con un zapato en la mano, porque él en la carrera dejó un zapato en la calle.

Mi mamá quedó llorando. Ella no sabía, no entendía nada de que nosotros éramos militantes comunistas. Ella sabía que yo es-

taba en un sindicato y que *Marcial* también era sindicalista. Eso ella sí lo sabía. Ella creía que lo que nosotros estábamos haciendo era lo más legal, era una cosa abierta y no había secreto. Nunca se imaginó eso. Para ella eso fue una tragedia, una cosa muy triste. Y lo que significaba para ella, quedarse sola al cuidado de mis hijos.

Una vez que volví a El Salvador, cuando vivía en Costa Rica, tuve la gran dicha de ver a una vecina de nosotros de aquella época. Esta señora vendía mercería, lo que llaman pasamanería; ella andaba con su canastilla, pues, una vendedora ambulante. Se había quedado viuda y tenía seis hijos. Solo la mayor trabajaba para ayudarle con los niños y mi mamá, cuando ella se iba a vender, le cuidaba a los más pequeños, se los veía ahí en el mesón.

Esa vecina era como familia. La hija mayor se quedó soltera porque se dedicó a trabajar para ayudarle a la mamá a criar a los hermanos. Todos ellos son profesionales; uno es abogado, otro ingeniero, ahora todos están bien.

Yo los fui a ver y me recibieron tan bien, me hicieron chilate. Ahí estaba uno de los hijos y me dijo: “Viera que bien me acuerdo yo cuando llegó la policía a sacarlos a ustedes. Me acuerdo don Salvador les tiró el guacal con agua en la cara a los policías y salió corriendo”.

Marcial en su huida perdió tiempo porque estaba por ahí parqueado un camión de la cervcería La Constancia. Entonces se acercó al chofer y le dijo: “Por favor, deme un jaloncito, me vienen siguiendo. Yo soy un obrero, soy un dirigente sindical”. Le dijo que yo era su compañera, que yo era una de las dirigentes del sindicato de ellos. Pero el chofer le sacó un brazo y le dijo: “Mejor enréguese, si usted no ha cometido ningún delito ya lo van a sacar”.

Ese tiempo que perdió lo aprovecharon los policías y ya habían llamado radiopatrullas que le salieron adelante. Allí lo subieron al

carro y regresaron a la casa a traerme a mí. Cuando ya me sacaron para subirme al carro, yo lo vi que venía bañado en sangre. Yo le dije: “¡Te han baleado!”, “No, es un golpe que me dieron, no te preocupés”. Me subieron al carro y llegamos a la policía como a las siete y media. A mí me dejaron en la bartolina número 1 y a él, en la número 2.

Cuando yo llegué, ahí estaba Julia Mujica de Magaña, era una mujer de 52 años que en el 52 le habían matado a toda su familia. Ella se escapó porque la lograron sacar para Guatemala. Después de lo del 52 ella regresó de Guatemala y se casó. Tenía una tienda, tenía un hijo ya grande que estaba estudiando medicina. Su casa estaba en Ahuachapán. Ella ya no militaba, pero por los antecedentes siempre le tenían vigilancia. Para esa represión la fueron a traer. Ella estaba en la menopausia. A los pocos días de estar ahí, tuvo una hemorragia, la llevaron al hospital militar, la volvieron a traer y así se fueron como tres meses.

También estaba la mamá de Angélica Trigueros, que era la secretaria general del Sindicato de Costureras. Ella se había ido al trabajo y los policías, como no la encontraron a ella, se llevaron a la mamá rehén. Se llamaba Cleotilde Monge. Le habían dicho que hasta que encontraran a su hija o que ella se entregara la iban a poner en libertad. Entonces Angélica se fue a asilar a la embajada de Guatemala. Cuando los policías supieron que estaba en la embajada de Guatemala sacaron a la mamá.

Más tarde llevaron a otra señora a la bartolina, ya éramos tres. A esta señora se la llevaron con su hija pequeña solo porque ella tenía un comedor y allí llegaban a comer varios trabajadores de la construcción y entre ellos un compañero que era del Partido, Miguel Ángel Cea. Se la llevaron a la señora y a la hija para que dieran informes de qué otros comunistas llegaban a comer ahí, y

que dónde vivían y quiénes eran y todo eso. A esta señora la tuvieron allí como ocho días y la amenazaron.

También estaba allí una compañera que se llamaba Fidelina Raimundo, que era dirigente del Sindicato de Panificadores. A ella no la tenían en la bartolina donde yo estaba, sino en otro lugar.

Se llevaron también a otra mujer, compañera de un dirigente obrero del Sindicato de Panificadores. Llegaron a buscarlo a la casa, pero como no lo encontraron se la llevaron a ella con su niño de cuatro años. Le preguntaban quiénes llegaban a su casa, que si el marido era comunista. Ella les decía que el marido era sindicalista, pero: “No sé si es comunista”. La amenazaron igual que le iban a matar al niño si ella no hablaba. Cuando la llevaron a ella a declarar con el niño y le preguntaron al niño: “Mirá, ¿vos sabés quiénes se reúnen en tu casa?” Y dijo algunos que conocía: “Chepe, Chamba...”. “¿Y qué hace tu papá?”. “Papelitos para los trabajadores”.

Los policías que nos custodiaban a nosotros eran especiales. El último piso de la Policía lo desocuparon completamente, porque ahí estaban presos obreros, profesionales, dirigentes estudiantiles.

Como a las diez de la mañana yo vi por las rejas de la bartolina que pasaron con *Marcial*. Lo llevaban dos policías, pero yo hasta ahí no me imaginaba todo lo que podían hacer, de todo lo que eran capaces.

A las tres me fueron a sacar de la bartolina y me llevaron a una sala, como una cuadra le decían. Cuando yo llegué tenían a *Marcial* colgado y le estaban dando azotes. Yo no pude distinguir bien qué era, si era una faja o qué, pero le daban duro. No tenía los lentes, tenía el ojo grandísimo y morado. Estaba desnudo completamente.

Cuando yo entré, le decían: “Ya vas a hablar hijo de tantas, las vas a pagar”. Uno de ellos dijo: “Ya va a hablar este hijueputa, no

ha querido abrir la boca, pero aquí traemos a su mujer”. “Ve este hijueputa no le tiene lástima a la mujer”. “Ya veo que no, pero te vamos a hacer hablar”. Y le daban duro. Así que se cansaron de estarle diciendo que hablara. Le dijeron: “Ahora si le vamos a poner la capucha a tu mujer, ella nos va a hablar, ella nos va a decir”. Y las preguntas eran de que quiénes eran los de la dirección del Partido Comunista, que cómo se llamaban, que dónde vivían, que les dijéramos adónde vivían los otros comunistas, y nos decían algunos nombres. El objetivo de ellos era tener declaraciones para que uno aceptara que sí había complot. Las preguntas iban en ese sentido.

Preguntaban, por ejemplo, por Raúl Castellanos Figueroa, Jorge Arias, gente del Partido. Yo callada. Donde vieron que no decía nada me tiraron al suelo, me amarraron las manos, los pies, y me pusieron la capucha. La capucha es un hule que le tiran a uno encima. Estaba en el suelo amarrada y encima de mí se encajaba en mi espalda, no con todo el peso del cuerpo, el que me tapaba la boca. Ellos calculaban el tiempo que uno puede aguantar ese suplicio. “Ya, vas a hablar”, decían, y yo callada.

Al fin se aburrieron y me levantaron de allí. Me llevaron para la bartolina otra vez y *Marcial* se quedó todavía allí. Lo seguían golpeando. Ya como a las cinco y media de la tarde vi que pasaron con él y lo llevaban entre dos policías casi arrastrado. Ya no lo dejaron en la bartolina 2, sino que lo llevaron como a la 4, con otros compañeros como el doctor Antonio Díaz, que era un médico del Partido. Parece que días después mandaron a un policía a que le comprara unas pomadas o que le llevara a *Marcial* unos lienzos calientes. Ahí lo estuvieron atendiendo. Esa fue la primera vez. Ese día sacaron a declarar a casi todos los presos que estaban allí. Y las mismas preguntas eran.

A la mayoría nos torturaron. A unos más que a otros. Se ensañaron más con *Marcial* y con un obrero de la construcción de apellido Cea que era militante del Partido. También se ensañaron con Fidelina Raimundo. A ella también le hicieron la capucha y la quemaron con cigarro. Todos esos primeros días fueron terribles, de sacar a los presos casi todas las noches.

Como al tercer día me volvieron a sacar a mí, como a las nueve de la noche, y me llevaron a otra sala de torturas. Allí tenían a *Marcial* también. A mí me vendaron los ojos y a él también. Nos pusieron cerca. Le decían la misma cosa: “Vea, no lo queremos tratar mal, no lo queremos maltratar, pero usted tiene que hablar, si no, aquí está su mujer y si no hablás la metés allá a la celda de los ladrones”. Nos vendaron esa vez porque los que interrogaban, nosotros notamos que no eran la gente conocida que nos había sacado, sino que parecían militares del Estado Mayor, algo así.

Al principio hablaban tratando de convencer, después elevaban el tono: “No quieren hablar, ¿verdad?”. Entonces le dijeron a *Marcial*: “Bueno como no querés hablar, llevate a la mujer para la bartolina allá donde están los ladrones”. Pero no me llevaron para la bartolina de los ladrones, me llevaron y me sentaron en una silla. Me dijeron que me quitara la ropa y yo no me la quería quitar. “Si no, quitásela”, le dijo el policía que le decían “Cola de gallo” y otro, Carlos Carrillo, yo averigüé el nombre. “Mirá quitá-le los vestidos a esta mujer, desvestila, va a ver lo que le va a pasar. Preparáte vos”, le decía un policía a otro. Entonces me quitaron la ropa y yo lo que hice fue quedarme así nada más. “Apurate. ¿Qué no tenés valor? Levantala. Si no la levanto yo”. Pero no pasaron de allí.

Ya después me fueron a dejar a la bartolina otra vez. Y yo llegué así, le conté a Julita lo que me había pasado y me dice:

“¡Bandidos!”. Ya me quedé allí. Pasaron unos días que no me sacaron de la bartolina. A *Marcial* lo trataron a matar otra vez. Esa noche lo pusieron en un catre, lo torturaron, le daban en los pies, quedó todo su cuerpo morado. Me contaron los compañeros que lo vieron llegar a la bartolina después, que casi lo matan esa noche también.

Ya nos dejaron de sacar unos diítas, pero siempre sacaban a otros compañeros a declarar y a la mayor parte les pusieron la capucha, con las mismas preguntas. Nosotros todavía no nos dábamos cuenta por qué estábamos allí. Nos explicábamos que era por el movimiento sindical, que era una represión. Después supimos que habían sacado en los periódicos: “Descubierto complot comunista para derrocar al gobierno”. Nosotros estábamos luchando en el movimiento sindical por el Código del Trabajo, la legalización del sindicato, organizando nuevos sindicatos, transformando las asociaciones en sindicatos. En eso estábamos, en ese proceso. Eso fue un vil pretexto para justificar la represión.

El Partido Comunista tenía una estrategia de toma del poder, pero esa estrategia era todo el proceso de lucha del pueblo salvadoreño, acumulación de fuerzas, hasta llegar a organizar al pueblo, concientizarlo, esa era la línea del Partido: ir organizando, concientizando a la gente, de manera que se creara una situación de lucha revolucionaria a largo plazo, para ir preparando las condiciones de organizar, por ejemplo, la insurrección popular a su debido tiempo. Podría decirse: la acumulación de fuerzas por la vía pacífica, aprovechando la lucha legal. Aprovechando todo lo que nos podía permitir legalmente organizar al pueblo a través de las organizaciones sindicales, estudiantiles y campesinas. El Partido no tenía como meta la insurrección armada en ese momento, ni había alguna preparación para enfrentar la represión.

Ya existía una Comisión Militar, siempre existió, pero no se veía ni qué hacía. Ninguno de los compañeros se preparaba militarmente. Ahí la mayoría de compañeros no sabía manejar un arma. No estaba dentro de la línea del Partido preparar a la gente para ese momento.

Pero los militares arreglaron unas fotografías, diciendo que esas eran armas que nos habían decomisado ellos a nosotros, a la mayor parte de los presos. Entonces, las torturas eran para que uno aceptara que estaba en un complot comunista para derrocar al gobierno. Y lo quisieron sacar a puras torturas, pero no pudieron sacar esas declaraciones, no pudieron afirmar eso.

Nosotros vivíamos una dictadura militar y veíamos que el pueblo era reprimido salvajemente en distintas ocasiones. Por ejemplo, en las luchas electorales, o en cualquier huelga; era rara la huelga en que no hubiera capturados o muertos. Luchando en una situación así, todo se podía esperar.

A mí me fueron a sacar una vez como a las once y media, doce de la noche. Me fue a sacar Andrés Urías Orante, un torturador cruel. Él era de la Policía Judicial, de la policía secreta que había antes. Ese me fue a sacar y cuando yo creía que iba otra vez a declaración, entramos a un lugar oscuro, que era la cuadra donde duermen los policías. Cuando yo vi ese montón de camas empecé a gritar: “¿Por qué me trae usted aquí?”. Se despertó un policía y dijo: “¿Qué pasa aquí?”. “Nada”, le dijo. “Mirá, andá a dejar a esa muchacha a la celda. ¡Andá dejala!”, y me fue a dejar.

José Alberto Medrano era el jefe de la policía de investigaciones. Quizás este policía que se despertó le informó de lo que había pasado, porque al siguiente día llegó a la bartolina y me dijo: “¿Es verdad que Urías te vino a sacar anoche?”. “Sí”, le dije yo, “me vino a sacar”. Como andaba con otro policía, le dijo a él y a mí “A

vos ya no te van a sacar de aquí si no es con una orden mía. Solo que yo ordene las van a sacar a ellas de aquí”. Ya esa fue la última vez, ya no me volvieron a sacar a declarar.

A Julita no la sacaron nunca. Ella estaba enferma. Tres veces la llevaron gravísima al hospital. Yo pensaba que en una de tantas ya no la iban a regresar para la policía, sino que tal vez la iban a poner libre, pero la traían de regreso a la pobre, toda demacrada, con tanta sangre que perdía.

Ahí en la policía habían metido preso a un mayor, el mayor Ortiz. Cuando nosotros llegamos, él ya estaba ahí. Lo tenían allí adentro con todas las comodidades. A él si le permitían que su familia lo visitara y le llevara comida y todo. Una situación bien especial.

Los familiares de los presos jugaron un papel muy importante para que se vieran obligados a sacar a la mayoría de los presos para el exilio, unos a Costa Rica y otros a Nicaragua. Sacaron a Fidelina Raimundo y a otros que no recuerdo los nombres. Nos dejaron como a dieciocho, secuestrados en poder de Alberto Medrano y del jefe de la Policía. Claro, por orden del Estado Mayor del Ejército. Optaron por decir que todos los presos habían salido del país y que no tenían más presos allí. Nosotros ya nos habíamos dado cuenta de que estábamos en manos de asesinos. Estábamos secuestrados, no estábamos presos, entonces podían hacer con nosotros lo que quisieran.

Nuestras familias iban a dejarnos alimentos. Ellos claramente sabían que la policía nos había sacado de las casas, por eso iban con tanta seguridad a preguntar por nosotros, y les decían: “No, aquí no hay presos”, pero los familiares siempre llegaban.

Había una madre de uno de los compañeros que hacía unos dramas conmovedores. Era la mamá de un abogado, de Mario

Salazar Valiente. Esta señora era poetisa, María Lidia Valiente Salazar. Ella les hacía unos escándalos allí, se ponía a llorar y decía: “Yo me pongo de rehén, pero denme a mi hijo”. Y la gente que llegaba a la Policía se daba cuenta de todo. A mí me contaron que había unas escenas dramáticas de los familiares. Terminaban insultando al director de la Policía y a quien fuera. Entonces, creo yo que esa fue una de las cosas que obligó a sacar a un primer grupo de capturados. Eso lo supimos después por el mismo Medrano. Él dijo que se vieron obligados, como a los veinte días, a sacar una parte de los presos para Nicaragua y otros para Costa Rica. Y nos dejaron al resto, que éramos dieciocho. Decía Medrano que estábamos ahí de por vida.

El primer grupo que sacaron estuvo en la cárcel como unos 20 días. Los que quedamos ya no nos sacaban a declarar todas las noches.

Las bartolinas eran bastante amplias y bastante limpias, con ladrillo rojo de cemento. Tenían un baño y nada más. Nosotras dormíamos en el puro suelo. Ya teníamos como tres meses de estar ahí cuando un día los policías estaban sacando catres. Como que les iban a cambiar catres y los estaban sacando por ahí. Nosotras, Julita y yo, les dijimos: “¿Y esos catres, los van a botar?”. “Sí, ¿quieren ustedes uno?”. “Ah, si nos regalan uno...”. Entonces nos dieron tres catres, así el puro alambre.

También iban a botar un montón de periódicos y revistas y nosotros les pedimos. Eso pusimos en el catrecito para que nos sirviera de colchón. El otro catrecito lo pusimos ahí para que nos sirviera, ya después cuando pudimos mandar a comprar una cocinita de carbón, para calentar el rancho que nos daban.

El famoso rancho que daban de comida: arroz, tortillas todas feas, frijoles, a veces agrios, y un café ralo. En la mañana el desa-

yuno era eso, un pan, dos panes, un café, que era más agua, ralo y frío. El almuerzo era así, arroz, frijoles, a veces unos frijoles bien duros. Las tortillas frías. Ese era el almuerzo y lo mismo la cena. Ya después pudimos mandar a comprar una cocinita de carbón con los centavos que la familia nos hacía llegar o alguna gente amiga en los periodos en que Alberto Medrano estaba de buenas y nos permitía que la familia nos llevara comida. La comida era una vez perdida. Lo que más aprovechaba la familia era mandarnos unos centavitos. Nosotros les decíamos que mejor así, porque de repente Medrano daba orden que no nos pasaran nada y siempre teníamos algunos centavos para comprar algunas cosas.

A *Marcial* después lo llevaron Zacatecoluca una vez. Lo sacaron de la cárcel a la carretera, no se sabe con qué intenciones, dice él, pero era quizás para que él pensara que lo iban a matar. Eso se acostumbraba. Pero lo sacaron y lo volvieron a traer.

Nos tenían presos en el último piso de la Policía. Ellos habían hecho una puerta camuflada para bajarnos al sótano. Así evadían la situación para que los jueces no nos encontraran. Ellos decían que no tenían presos. Los jueces llegaban ahí y no hallaban a nadie.

Con el tiempo volvieron las torturas. Nos decían que, si firmábamos una declaración y nos comprometíamos a no participar más en política, nos daban la libertad. Muchos accedieron. Entre ellos creo que estuvo el que era secretario general del Sindicato donde yo participaba, porque nos capturaron a él y a mí, pero a él lo sacaron libre.

Se dieron cosas tan terribles. ¡Tan terribles! Por ejemplo, algo decepcionante: ¿quién era el que estaba de presidente de la Corte Suprema de Justicia cuando la represión del 52? Nada menos que Julio Fausto Fernández, que fue secretario general del Partido.

Yo lo tengo presente a ese Julio Fausto. Me acuerdo cuando íbamos a la reunión del Partido por allá por unos caminos, él cargando cosas para comer. Siempre me da no sé qué cuando me acuerdo de eso, que siendo él presidente de la Corte, desde la misma Corte avisaban a la policía cuando los familiares de nosotros pedían exhibición personal, para que nos escondieran.

Cuando ya habían sacado a los otros compañeros y nos quedamos, según ellos, para siempre, encontrábamos cómo mandar un papelito a la familia. Entonces algunas familias inmediatamente se movilizaban. Se iban a la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños (AGEUS), y allí les hacían documentos solicitando exhibiciones personales y ellos acompañaban a algunos familiares hasta la Corte. Pero de la Corte avisaban a la policía e inmediatamente ya nos iban a esconder a otras cárceles del interior del país.

La familia seguía pidiendo exhibición personal, entonces ya no nos bajaban al sótano sino que nos llevaban a las cárceles de los Departamentos.

Cuando Alberto Medrano estaba de buenas ordenaba que nos abrieran la bartolina, por ejemplo, para que nos pudiéramos salir un poco. Pero cuando se enojaba porque sacábamos algún papel para la familia, entonces volvía a meternos y no nos abría la puerta.

Si sacábamos algún papel para algún familiar, se metían a las bartolinas a registrar, a ver qué teníamos allí. Nunca hallaban nada. El profesor Celestino Castro se preocupaba mucho por los ladrones jóvenes que llevaban ahí. Alberto Medrano, cuando estaba de buenas se quedaba con él y un día le dijo el profesor que él estaba interesado en hacer un trabajo sobre la delincuencia juvenil. Entonces Medrano dijo: “Pues está bien. Le voy a permitir que vea los archivos”. Y el profesor estaba haciendo un trabajo, ya

había avanzado bastante y en uno de esos registros le sacó todos los escritos y ahí terminó el trabajo que estaba haciendo el profesor.

Entre los compañeros, unos opinaban que ni intentáramos comunicarnos con la familia, porque: “Ni nos ponen en libertad y nosotros sufrimos las consecuencias aquí adentro”. Estaban conformes con que la familia pudiera pasarnos comida; pero nomás salía un papelito afuera, lo que hacían era mandarnos a las cárceles del interior del país.

A mí me llevaron a Cojutepeque, a la cárcel esa donde estuvo Roque Dalton, allí estuve yo. Esa era una cárcel bien estratégica, allí nadie se podía imaginar que había una bartolina horrible con piso de tierra de bajareque. De noche los murciélagos abundaban. Y allí nadie, nadie sabía que había una celda. De allí yo pude mandar un papelito a mi mamá con un policía y mi mamá fue apurada, pobrecita, a la AGEUS. Antes de eso mi mamá llegó a la cárcel a buscarme con mi hijo el más pequeño y me llevaba una canasta de cosas, y le decían: “Pero aquí no está. Aquí no tenemos ninguna mujer presa. Aquí lo que hay son unos borrachos”. “Cómo no. Ella está aquí.” Yo lo supe por el policía, que me decía: “¡Qué lástima me dio su mamá, ¡cómo le lloraba porque le pasara unas cosas que le traía! Yo hubiera deseado decirle: déjela que nos comemos nosotros lo que trae. Pero no me animé. Pobrecita su mamá, venía con un niño”.

Cuando supieron que mi mamá sabía que yo estaba allí en Cojutepeque me volvieron a traer otra vez para la Policía. Lo mismo hacían con todos los compañeros presos por los que la familia pedía una exhibición personal. Nomás se hacía esa solicitud, de la Corte avisaban a la policía e inmediatamente nos distribuían en las distintas cárceles del país. Yo estuve en Cojutepeque y en San Miguel.

Por último, ya no hallaban dónde escondernos, entonces lo que hacían era andarnos en ambulancias por las carreteras. Porque la Corte nombraba al juez ejecutor para que fuera a buscarnos a la Policía. Entonces ellos calculaban cuando ya el juez no estaba y nos regresaban a las bartolinas hasta que ya se habían ido los jueces.

Cesaron las sacadas a declarar con torturas, pero utilizaban otros métodos de tortura para siempre estarnos fastidiando. Por ejemplo, varias veces nos sacaron a todos fuera de la bartolina todos en línea. Y ya llegaba Alberto Medrano a decir: “Ustedes están aquí porque son tontos útiles”. “Ustedes están aquí porque son prisioneros de guerra, nosotros estamos en guerra con Corea”. “Ustedes mejor hubieran robado, no metiéndose en esas cosas, por eso están aquí”. Cosas así. A mí me decía: “Vos no querés a tu mamá”. “A mí me da lástima tu mamá”. “Vos no querés a tus hijos”. Y le decía a *Marcial*: “Este como un perro va a morir en la carretera, en la calle”. Se cansaba de decirnos cualquier cosa y ya nos volvían a meter en la bartolina.

Habíamos quedado allí dieciséis compañeros, y dos mujeres: Julia y yo. A la mamá de Angélica la sacaron luego, a la señora que llevaron a que dijera qué comunistas llegaban a comer allí, también la sacaron. Solo nos quedamos Julia y yo. No había qué leer, nada más platicar. Ella me contaba algunas cosas del 32, cómo mataban a los campesinos y todas esas cosas. Ella era muy prudente, nunca me dijo que ella era comunista ni que había estado en el movimiento del 32. Solo me contó de Tito Tomás Calvo, un coronel de lo más sanguinario que mandaba a sacar a los campesinos de sus casas y los mataba enfrente de sus familias. Yo también le hablaba de mis cosas, de mi trabajo en la fábrica. Y nos tratábamos nosotras. Pero al poco tiempo nos fueron metiendo prostitutas allí. Algunas prostitutas que sí, y otras eran empleadas domésticas que

las acusaban de robo y las torturaban, les ponían la capucha para que se hicieran cargo de los robos.

Una vez llevaron a dos loquitas. Eran la mamá y la hija. Las dos eran enfermas mentales. Yo las conocía porque andaban en San Salvador pidiendo limosna.

Las había capturado Migración cuando iban por la frontera por indocumentadas. Un día llega Alberto Medrano y nos dice: “¡Ve éstas! Aquí están porque a saber dónde iban sin papeles”. La hija tenía un pelo bien hermoso, entonces dice Medrano: “Te voy a traer unas tijeras para que le cortés el pelo a ella. Y les voy a traer jabón para que las bañen porque están bien *shucas*”. Nosotros le dijimos que no podíamos hacer eso. Como a los dos días las sacaron libres.

Otra vez nos metieron a una señora loca. Veníamos de San Miguel, donde nos habían llevado escondiéndonos de los jueces. Llegamos a la Policía como a las 11:30 de la noche, todo el mundo estaba dormido en el suelo. Julita y yo buscamos dónde acomodarnos y yo me quedé cerca de una señora que estaba ahí acostada. Cuando veo que una de las muchachas me dice que me quite de allí. Yo me levanté y le digo: “¿Por qué?”. “Es loca furiosa. Aquí tenemos que tenerla nosotras a raya”, me dice una de las mujeres. ¡Y de verdad! Al siguiente día a todas las mujeres les quería pegar. A nosotras nos protegían las prostitutas: “Ustedes quédense en este rinconcito”, nos decían. Por dicha que la sacaron luego a la señora.

En San Miguel llevaron a una señora que no parecía loca. Llegó bien vestida, pero desde que llegó era de hablar y de hablar y todo le salía rimado. El profesor Celestino Castro estaba en la bartolina contigua, y allí estaba *Marcial* también y otro compañero, creo que Toño Díaz. El profesor Celestino Castro había pedido

papel para estar copiando todo lo que decía la loquita, la señora. Eso era día y noche. ¡Viera qué suplicio era! Allí en San Miguel había prostitutas, vendedoras que llevaban por faltas de policía, había de todo.

Esa bartolina era bien chiquita y bien sucia y con un excusado que quedaba al frente de la puerta mía. Pues ahí era ver a las prostitutas, ver a la gente sin escrúpulos. ¡Viera qué feo! Yo nunca había visto algo así. Era como un triángulo alto de cemento, y allí por fuerza se tenía que subir, allí no se podía sentar uno. Entonces entre las mismas mujeres se tapaban y nosotras teníamos que hacer lo mismo, pero por dicha que sobraba de las muchachas que estaban allí quien le hiciera el favor de ponerse enfrente mientras uno hacía sus necesidades.

Allí me encontré con un policía que era el marido de una compañera de trabajo de la fábrica, que yo lo conocía como cartero. Nosotras almorzábamos en el comedor de la fábrica, y a veces él llegaba a almorzar con esta compañera que se llamaba Margot. Para mi sorpresa que me lo voy encontrando allá. Cuando me vio, me dijo: “¿Usted aquí?”. “Sí, yo aquí”. “Mientras usted esté aquí yo le voy ayudar con la comida, con lo que yo pueda”. Al siguiente día llegó con un guacal de morro, bien blanquito, un plato y un pocillo de porcelana. Allí nos llevaba desayuno, almuerzo y cena.

Yo allí me enfermé, quizás de la suciedad del suelo, pero me salieron unos hongos en el dedo gordo horribles, no los aguantaba.

De regreso en la Policía, otra vez nos vuelven a sacar formados. Ese día decíamos: “¿Qué habrá pasado?”, porque oíamos las sirenas. Antes en El Salvador se acostumbraba que cuando había una noticia muy importante, los periódicos sacaban extras, y para entusiasmar a la gente a comprar el periódico pitaban las sirenas. Al mismo tiempo vimos movilización de policías allí y que pusie-

ron un micrófono. Llegaron los policías, abrieron las bartolinas, nos sacaron y nos formaron. Ya llegó uno de los jefes, José Antonio Canales, con un periódico, el *Diario Latino* de esa época y dice: “Bueno, les voy a leer esta noticia”. La gran noticia es que cayó Beria. Lavrenti Beria era el jefe de la policía secreta en tiempos de Stalin. “¡Veal! ¡Así terminan los comunistas!”. Leyó la noticia y ya, eso era todo, y otra vez a meternos a la bartolina.

Julia y yo estábamos en la bartolina 1 y los compañeros estaban en la 4 y la 5, más allá. En otra ocasión, cuando se murió Stalin, era bien tempranito, nosotras estábamos acostadas con Julita y oímos que golpeaban los barrotes de la bartolina. Nosotras calladas ya habíamos visto que era Alberto Medrano: “Óiganme mujeres. No se hagan las dormidas. Yo quiero saber cómo guardan luto los comunistas. Se murió Stalin, ¿qué corbata me pongo yo ahora, me pongo corbata roja o corbata negra?”. Se aburrió y se fue. Y así.

Ese último piso lo habían destinado solo para nosotros. Los policías que llegaban allí eran solo los que tenían que ver con nosotros.

También estaba ahí preso Celestino Castro, que era un profesor muy querido por sus alumnos. ¡Qué no habían hecho sus alumnos, sus amigos, la familia, para la libertad de él! ¡Y no quisieron ponerlo en libertad! Cuando nos sacaban así a ocultarnos teníamos la oportunidad de platicar, y a mí me decía el profesor que por qué no salíamos de ahí. “Solo que nos fuguemos”. Era una obsesión que él tenía con la fuga. Cualquier salidita que nos daban, él siempre veía para todos lados. Cuando nos sacaban a las carreteras, los policías eran poco humanos. Nos abrían la ambulancia para que saliéramos un poquito, y él veía, él veía. Hasta que lo logró.

En una de esas escondidas, habían capturado a otra persona, en el piso de arriba, entonces iba a llegar el juez ejecutor. Nos bajaron

rápido. Ese día nos llevaron a esconder al fondo. Los policías que nos cuidaban no eran los mismos, eran nuevos. Después supimos que había habido un fuerte robo en San Miguel y a los policías que siempre nos cuidaban los habían destacado por otro lado. Donde nos tenían era en el Cuerpo de Bomberos. Ese lugar tenía siempre abiertas unas puertas amplias porque estaban las máquinas listas para salir ante cualquier emergencia.

Nosotros veíamos que el profesor se paseaba, se paseaba y se paseaba. Hasta que vimos que se salió. Los policías estaban distraídos. Uno de ellos acurrucado, jugando con su llavecita.

Nosotros nos alegramos pero a la vez nos angustiamos, porque nos preguntábamos: “¿Qué irá pasar hoy aquí?”. Cuando ya habían pasado los jueces, ya podíamos regresar nosotros a las bartolinas. Eran como las cinco de la tarde cuando nos subieron. Ya los policías se habían dado cuenta de que no estaba el profesor. Nosotros pensamos: “¡Esta va a ser la noche de San Bartolomé! ¡A saber cómo va a reaccionar Medrano!”. Él llegó como a las siete de la noche. Se veía bien tranquilo. Se puso ahí en uno de los barrotes de la bartolina y dice: “Son malas ustedes, ¿verdad? Con las *naguas* le taparon los ojos a los policías para que no vieran que se iba el profesor”. Al fin dice: “Ya me voy. No los aguanto a ustedes aquí. Voy a ver qué salida les dan por allá”. Y se fue. Esa fue la reacción que tuvo. Nosotros descansamos, ya respiramos otra vez.

Como a las 11 de la noche venía un grupo de policías, dieron llave a la bartolina de nosotros y nos sacaron a Julita y a mí. “Lleven lo que tengan ahí”, dijeron. Teníamos una ropita. Después abrieron la bartolina donde estaba mi compañero Salvador. Ahí dejaron a cuatro y sacaron al resto de compañeros. A él lo dejaron con el doctor Antonio Díaz, Cea y Herrero. Todos eran del Partido. Cea era obrero de construcción, Inocente Herrero era zapatero.

Cuando ya nos sacaron vi que Salvador estaba en la bartolina y sacó sus manos. Solo nos veíamos, sin poder acercarnos. ¡Me veía con unos ojos, con una tristeza! Hasta que nos perdimos de vista. Nos bajaron al primer piso y ahí estaba Alberto Medrano viendo que íbamos pasando todos. Cuando yo iba pasando me dijo lo de siempre: “Me da lástima tu mamá” y seguimos de paso. Ya nos metieron en unas cinco radiopatrullas. Nosotros creíamos que nos llevaban a distribuirnos por distintas cárceles, pero no. Caminábamos y caminábamos. Pasamos San Miguel, pasamos La Unión, y le digo yo a Julita: “¿Para dónde nos llevarán?”. Porque yo creí que nos llevaban a San Miguel, pero no, nos llevaron directo a Nacaome, un pueblo de Honduras, ahí fuimos a parar. Ahí nos entregaron a la policía hondureña.

Nos metieron presos, estuvimos como diez días presos en Nacaome. Después nos llevaron otra vez. Nunca dicen adónde, aunque uno les pregunte. Gozan con que uno vaya con incertidumbre. Nos embarcaron en una lancha. Íbamos atravesando el Golfo de Fonseca. Una belleza ese lugar, ese golfo, pero nosotros íbamos pensando lo que habíamos dejado atrás.

Llegamos y nos desembarcaron en Amapala. Y ahí nos metieron presos también. Eran unas bartolinas como de la Edad Media. Los barrotes eran de madera gruesa, como arpones. Cuando nos tomaron los datos, dice el comandante: “Las señoras se van a quedar. Las vamos a llevar a que duerman en la bartolina por seguridad. Los hombres aquí en el corredor”. Ya cuando íbamos pasando a la bartolina en que nos iban a encerrar, vimos que había unos hombres en unas hamacas y encadenados. Yo al siguiente día le pregunté a uno de los soldados: “¿Por qué esos hombres están encadenados?”. “Ah, mire, todos esos son criminales que están condenados a muerte”. Le digo yo: “¿Pero por qué mejor no los han fusilado que esa vida?”

A la semana de estar ahí nos llamó el comandante otra vez: “Bueno, ustedes aquí van a quedar libres, van a vivir aquí. Solo tienen libertad de moverse en todo el pueblo, en toda la ciudad de Amapala, pero tienen prohibido acercarse al muelle”. Esa es una ciudad portuaria y allí llegaba gente de La Unión en lanchas, porque llegaban los barcos y vendían mercadería barata, entonces la gente llegaba ahí a hacer negocio. Ellos tenían miedo de que nos pudiéramos meter en una lancha y regresar al país. Nos amenazaban que, si alguno de nosotros se fugaba, iban a tomar represalias con el resto.

Nos buscaron quehacer. “Aquí ellas pueden hacer la comida para ustedes, mientras ustedes trabajan”, les dijeron a los compañeros. “Ellas pueden vivir de eso y ustedes pueden traer a su familia, porque ustedes aquí van a vivir”.

Ahí nos habían dado la ciudad por cárcel. En ese pueblo casi la mayoría de habitantes eran salvadoreños. A nosotros nos llevó una señora para que durmiéramos en su casa. Tenía una panadería. ¡Y nos trató tan bien! Los compañeros encontraron por ahí acomodo. Así estuvimos ahí en Amapala.

Con nosotros andaba un compañero que era estudiante y que había sido de la directiva de AGEUS, entonces lo primero que hicimos fue avisar. Él puso un telegrama que decía: “Llegamos 14, quedaron 4”, para que vieran que nosotros estábamos ahí y que no se quedaran ignorados los compañeros que seguían en la Policía. En ese tiempo la AGEUS le dio difusión y denunció que habíamos sido expulsados del país, daban la lista con nuestros nombres y exigían que nos pusieran en libertad.

Parece que la AGEUS tenía relación con la FEUH, la Federación de Estudiantes Universitarios de Honduras. Entonces en su comunicado la AGEUS exigía que nos pusieran en libertad en territorio

hondureño y después supimos que ya nos habían buscado acomodado ahí. Los estudiantes de la FEUH hicieron campaña a favor de nosotros, entonces el gobierno de Juan Manuel Gálvez de esa época lo que hizo fue mandarnos a la frontera con Guatemala.

Nosotros no lo sabíamos. A menos de un mes de estar ahí en Amapala nos dice el comandante que nos quería a todos a las tres de la mañana. Nos dice que llevemos todo lo que teníamos. Eso significaba que nos iban a llevar de ahí, pero no sabíamos para dónde. Ya en ese tiempo todos estábamos ubicados en diferentes casas y teníamos obligación de presentarnos todos los días a firmar. Ahí nos dijeron.

Llegamos a la policía a las tres de la mañana. Otra vez a meternos a otra lancha, otra vez atravesar el Golfo, de madrugada, quizás eran como las cinco de la mañana. Nos dejaron ahí, como en un campo de aterrizaje, un espacio grande, vacío, en un llano.

Esperamos ahí como hora y media, siempre preguntando: “¿Para dónde vamos?”. Los policías que nos custodiaban tampoco sabían. “¿Y qué esperamos?”. Ahí parados, no había ni dónde sentarse ni nada. Y nosotros con aquella inquietud. Al fin apareció un avión y nos subieron ahí. Empezamos a volar. Y volábamos y volábamos. Y Julita: “¿Y para dónde iremos? Porque ya volamos mucho rato”.

Nos llevaron a Copán. Al bajar del avión nos recibe una soldadeca. Como 15 soldados con unos sus fusiles largos que nos daban miedo. Nos bajan del avión y empezamos a caminar. Era largo de donde nos dejaron al pueblo de Copán. No sabíamos nada, una incertidumbre total. Y necias nosotras preguntando: “¿Para dónde vamos, para dónde vamos?”.

Los compañeros iban adelante y yo iba atrás con Julita. Yo en ese tiempo estaba joven, pero ella estaba ya sí muy enferma, en-

tonces yo iba al paso de ella, atrás. Yo le iba preguntando al soldado: “¿Para dónde vamos?”. “A un pueblo por ahí”, pero no nos quería decir el nombre del pueblo. Al fin, tanto le neciamos que nos dice: “Si me prometen que no le van a decir a sus compañeros yo les voy a decir para dónde van”. “No tenga cuidado, no decimos nada”. Entonces dice que vamos para Copán. “¿Y ese pueblo cómo es?”, “Los domingos hay mercadito”. “¡Ah pues!”, digo yo.

Cuando llegamos, dice el policía: “Si ustedes me prometen que no le van a decir a sus compañeros, yo les voy a decir a dónde vamos”. “Sí, sí, sí, le prometemos”. Entonces nos dice: “Ustedes van de paso ahí, porque van para la frontera de Guatemala”. Cuando nos dijo eso fue como que vimos la gloria. Yo hubiera querido salir corriendo a decirle a los compañeros: “¡Vamos para Guatemala!”, pero no podía.

Hasta que llegamos al pueblo. Caminamos bastante por un camino bien polvoso y llegamos a Copán. Ya era mediodía. Nos dijeron: “¿Ustedes traen dinero, algunos centavos para comprar algo de comer?”; “Sí”, le dijimos. No sabemos cómo, pero alguien nos había mandado un dinerito en Amapala. “Sí, tenemos unos centavos aquí”. “Entonces van a ir de dos en dos a comer”, nos dijo un soldado.

Así hicimos. Fuimos a comprar unas tortillas por ahí, con queso y algo más. Así que comimos algo, después nos dicen: “¿Tienen dinero como para pagar unas bestias?”. “Si no cobraran tan caro”, dijo el compañero que tenía el dinerito. Y sí nos alcanzó para pagar las bestias.

Yo nunca en mi vida me había subido a un caballo. La Julita sí había montado a caballo, yo no. Pero bueno, llegamos. Unos compañeros iban atrás arreando el caballo. Ellos no habían dicho nada, no habían informado. Solo habían informado a las autoridades de

la frontera, quizás al gobierno, que iba un grupo de forajidos por ahí. Íbamos solos, los soldados se quedaron atrás. Y derecho el camino. ¡Unos pinares tan lindos que pasamos! Fue largo el camino, fueron horas. No íbamos corriendo con los caballos porque no teníamos experiencia ninguno de nosotros para meterle carrera. No recuerdo cómo fue el trámite con los caballos, pero llegamos ahí a Florido con ellos.

Cuando llegamos a Florido nos estaba esperando una gran escolta del Ejército de Guatemala, de la frontera. Nos habló el jefe, nos dice: “¿Ustedes quiénes son?”. Ya empezamos a decirle, le dijimos quiénes éramos, por qué estábamos ahí, cómo es que habíamos llegado, que éramos salvadoreños, que el gobierno de El Salvador nos había expulsado por ahí, que el gobierno hondureño nos había expulsado y nos había mandado a la frontera. Y dice el jefe: “¡Ve! De haber sabido quiénes eran ustedes yo solo vengo. Aquí están en su casa, pasen adelante”. ¡Ahí cambió todo! Ahí terminó la aventura.



Junto a Salvador Cayetano Carpio Marcial.
Archivo personal de la Tía, facilitada por su nieta.

EXILIO EN GUATEMALA

Al llegar a Guatemala, nos alojaron en la estación de Policía. A Julita y a mí nos dieron un cuarto donde dormir. A los compañeros los ubicaron también por allí. Nos dieron de comer. Y lo primero que dijimos era que si podíamos comunicarnos con Guatemala, con la Confederación General de Trabajadores (CGT). Nos dijeron que sí, y habló el compañero por teléfono y les explicamos la situación. Al siguiente día nos llegaron a traer en una microbús.

Llegamos a la Confederación, ahí nos recibieron, en la Confederación General de Trabajadores de Guatemala. Nos recibieron muy bien. Nos alojaron ahí esa noche, ahí dormimos. Nos dijeron que nos iban a hacer un chequeo médico para ver cómo íbamos.

Estuvimos unos días, después ya nos ubicamos cada quién. Yo me fui para donde estaba Liliam Jiménez, una compañera del Partido, una escritora casada con un poeta guatemalteco que era alto funcionario del gobierno de Árbenz. Ella me llevó a su casa.

Y otros compañeros también con otros exiliados salvadoreños ahí se ubicaron.

Todos tuvimos que buscar trabajo, ver qué hacíamos. Había una asociación de salvadoreños, exilados ahí. Nosotros nos incorporamos en la asociación también. Yo supe de la huelga de hambre de *Marcial* en una reunión de esa asociación. Ahí en el exilio estaban también Fidelina Raimundo, Angélica Trigueros, y otras que no recuerdo.

En ese tiempo *Marcial* estaba preso, porque como a los cuatro, quizá seis meses de estar nosotros en Guatemala, ellos, los cuatro compañeros que habían quedado ahí, planificaron una fuga. Ellos decidieron cómo iba a ser, por esa puerta falsa que los mismos policías habían hecho para escondernos de los jueces. En el primer piso había mucho movimiento de gente siempre, porque entraban y salían las familias a sacar presos y pagar multas, a pagar esquila y todo eso. En la parte de abajo nadie nos conocía a nosotros. Ninguno de los policías podía haber conocido arriba, solo los policías que nos pegaban. Pero para suerte de ellos ese día no estaba ninguno de esos, porque pudieron bajar al primer piso y salir por ahí por esa puerta donde entra y sale ese montón de gente. Y ninguno los delató. Eran tres compañeros: el doctor Díaz, Herrero y Cea se iban a asilar en la embajada de Guatemala y Salvador se iba a quedar buscando los conectes para incorporarse otra vez al Partido.

Pero en el poco tiempo de estar presos ahí, habían cambiado muchas cosas. Después de la represión muchos compañeros del Partido salieron del país, otros se quedaron, pero no había manera de encontrarlos en sus lugares. *Marcial* trató de irse a otra parte, donde creyó que podría quedarse ese día, pero tampoco halló a la gente. En esas y esas, lo volvieron a capturar y los policías llama-

ron a un radiopatrulla que nunca llegaba. Mientras tanto, él gritaba ahí en la calle: “¡Yo soy Salvador Cayetano Carpio, nos hemos fugado de la Policía Nacional!”. Como no llegaba el radiopatrulla y él estaba hablando mucho, los policías llamaron a un taxi y ahí lo metieron. En el mismo taxi él seguía diciendo lo mismo.

Él pensó que esa noche iba a ser fatal, porque fácil era que lo mataran. Pero él creía que quizás el taxista había dado informes o algo, porque la misma noche la radio había dado la noticia de que se habían fugado cuatro presos de la Policía Nacional y que lo habían vuelto a capturar a él.

Él creía que esa noche lo podían matar, pero lo dejaron tranquilo en la bartolina, no se asomó nadie. En la mañana llegó un viejito que se llamaba don Marianito, que era el encargado de llevar el rancho a los presos, esa tortilla con frijoles y el café ralo que dan en la mañana. Entonces él le dijo: “Mire, Marianito, dígame al mayor Medrano (en ese tiempo era mayor) que yo me declaro en huelga de hambre y que lo que exijo es que me pasen a la orden del juez”.

Quizá no le dijo, o no sé, pero lo cierto es que la situación ese día pasó igual. A mediodía le llevaron el rancho, en la tarde se lo volvieron a llevar y él no lo tocaba. Así, hasta que, cuando ya tenía como cuatro días de estar en huelga de hambre, llegó Alberto Medrano por ahí. Llegó bien sereno, y le dijo: “Bueno, dígame cómo hicieron ustedes para fugarse”. “Ahí por la puerta falsa que ustedes han hecho”. “¿Quién colaboró con ustedes? ¿No les ayudó nadie?” “No, nadie”. “¡Coma!”, le dijo. “No, yo lo que exijo es esto: que me pase a la orden del juez”. Y se plantó ahí.

Cuando se supo que *Marcial* había sido recapturado, varios salvadoreños estábamos en una reunión de organizaciones sociales, donde precisamente se estaba denunciando la intervención contra

Guatemala. Estando allí, nos llegó la noticia de que se habían fugado los compañeros y que habían agarrado de nuevo a *Marcial*.

Desde el primer momento denunciarnos su situación desde Guatemala y la CGT comenzó a hacer campaña a favor de *Marcial* todos los días. La Federación Sindical Mundial también, y la Confederación de Trabajadores de América Latina. Creo que probablemente le salvaron la vida con esa campaña de solidaridad.

Luego, cuando vino el golpe de Estado contra Árbenz, eso se acabó. Yo pensé: “Bueno, ¡a saber cuánto tiempo va a estar! Ya no va a haber quién haga solidaridad para él”. Porque nosotros ahí luchábamos por la libertad de él, en manifestaciones con su foto en carteles grandes, todo lo que podíamos, lo que estaba a nuestro alcance. No solo con los presos de El Salvador, sino de toda América Latina.

Él siguió con su huelga de hambre. Pero le cambiaron la alimentación, le llevaban una excelente comida, como para despertarle el apetito. Y él no comía, no probaba nada. Solo agua tomaba. Pues cuando ya lo vieron muy débil le mandaron un enfermero para que le pusiera suero. Le pusieron suero y él seguía en su huelga de hambre, cada día más débil, más débil. Así que lo vieron muy mal llegó Medrano con otro oficial a convencerlo: “Mire, nosotros lo vamos a sacar del país, pero no lo podemos sacar así. ¿Cómo lo vamos a llevar a un aeropuerto así? Usted tiene que comer primero, tiene que recuperarse”. Él dijo: “No, no. Yo lo que pido es que me pasen a la orden del juez”. Y se sentó en eso. Cuando vieron que ya se les moría, lo pasaron a la orden del juez y lo llevaron a la Penitenciaría. Y ahí estaba ya por orden del juez, ya ahí lo pudo ver la gente, ya la familia lo iba a ver. Y dice que era cantidad de gente, de compañeros que lo iban a ver. A los pocos días le prohibieron las visitas, le dijeron que solo la familia.

En Guatemala, a mí me consiguieron trabajo en cuanto llegué. Como Liliam era trabajadora social, ella trabajaba muy de cerca con la Alianza de Mujeres de Guatemala. Ahí de inmediato me consiguieron trabajo. Primero fui a trabajar con niños en una guardería. La esposa del presidente Árbenz era salvadoreña, doña María Vilanova de Árbenz. Ella estaba haciendo un trabajo social bastante amplio. Había guarderías, había comedores infantiles gratis para que comieran los niños, la gente que no tenía qué comer. Mucho trabajo había en eso. Así fue como yo llegué a trabajar en esa guardería.

Había bastantes niños. Los trataban muy bien. ¡Vieras qué buena alimentación tenían! Había una encargada de las dietas, una especialista que veía la alimentación que debían dar a los niños. Los niños que llegaban sucios, ahí tenían uniformes, ahí se les bañaba, se les cambiaba la ropa, se les daba su alimentación. Su refrigerio en la mañana. Se les daba un atol de habas bien rico. A mediodía, su buen almuerzo. Hacían unas sopas con bastante verdura y bastante carne. Yo recuerdo que la dietista siempre decía: “No me les vaya a dar solo el caldo a los niños. Me les dan todo: verdura, carne”. Porque está la creencia de que lo que alimenta es la sopa. Ella estaba atenta a eso. Decía: “A los niños no les vaya a hacer arroz y papas o macarrones y arroz”. La alimentación siempre bien balanceada. Bien atendidos los niños, su salud y todo.

Allí desayunábamos, porque los niños empezaban a llegar a esas horas, a las horas en que ya empezaban a trabajar sus mamás.

Mi trabajo consistía en atender a los niños. Ahí me habían dicho cómo enseñarles cantitos. Me acuerdo de un cantito para tenerlos callados un ratito. El cantito decía por ejemplo: “En clase de silencio debemos estar, la boca bien cerrada sin platicar”. Y otros que ya no me recuerdo. De ese sí siempre me acuerdo porque

lográbamos tenerlos callados un ratito. Para que pintaran, para que partieran papel, que estuvieran entretenidos mientras se llegaba la hora de salida, que era a las seis de la tarde. En la tarde, a las tres, también les daban refrigerio. Hasta las seis de la tarde llegaban las mamás por sus niños. Los niños mejor atendidos no podían estar. Pero había una campaña anticomunista terrible.

La Iglesia decía que esas guarderías eran para que el Estado les quitara sus niños a las mamás. Entonces iban sacando a los niños, los iban sacando. Eso rebajó la cantidad de niños que iban a la guardería. En ese tiempo de Árbenz viajaban muchas delegaciones a la Unión Soviética, iban a congresos. La gente decía que allá en Rusia no existía el dinero, sino que solo les daban un vale para cuando se terminara un par de zapatos ir por otro. Entonces los que iban a los congresos traían rublos, perfumes. En las charlas las compañeras de la Alianza de Mujeres de Guatemala y otras, enseñaban: “No, mire, no es cierto. Las mujeres allá se dan hasta sus lujitos. Tienen perfumes”. Y ahí lo mostraban todo. Pero era apabullante la propaganda anticomunista y mucha gente se lo creía.

Ahí era una democracia y había tanta libertad para los comunistas como para los anticomunistas. Ahí andaban los niños bien, los niños de mami y papi andaban con sus camisetas con un rótulo atrás donde ponían un artículo de la constitución que decía que se prohíben las doctrinas anárquicas o no sé cómo. Y los agarraban con propaganda contra el gobierno, a veces con instrucciones de cómo sabotear, cosas así, bien delicadas.

Después, como yo quería recibir un curso de algo, se me ocurrió que yo quería aprender por ejemplo dietas. Entonces me dijeron que en el Seguro Social tenía esa oportunidad, y me consiguieron trabajo ahí. Estaba aprendiendo dietas para los pacientes, las proteínas que necesitaba cada paciente, cosas así. Estaba yo contenta.

En el Seguro Social, cuando yo estaba trabajando ahí, los aviones a cada rato se oían y tiraban propaganda. A veces cuando veían venir los aviones, los compañeros del Seguro Social salían, y decía uno: “Este gobierno ve que los gringos no lo quieren, ¿y por qué no renuncia?”. Entonces le digo yo a uno de ellos: “¿Y usted cree que si renuncia el gobierno de Árbenz ustedes van a seguir con lo mismo que está aquí?”. Porque Árbenz había dado un Código del Trabajo, mejores condiciones de trabajo. Y ellos creían en su ignorancia que iba a caer el gobierno y todo iba a seguir igual. Así reaccionaban.

No muy seguido teníamos noticias de El Salvador, más que todo teníamos noticias de la familia por gente que llegaba de El Salvador a Guatemala. No se usaba mucho el correo, porque para mi mamá era muy difícil escribir, y mis hijos estaban pequeños. Salvador cuando podía me mandaba una cartita, pero no era muy seguido.

Cuando yo podía, les mandaba algo. Un compañero del Partido estaba muy al cuidado de mi mamá y de las niñas de *Marcial* y les pasaba una pequeña colaboración del Partido. Un obrero panificador, Blas Escamilla, se llamaba. Después en la guerra casi lo matan, pero sobrevivió. Además, mi sobrina Tere me decía que no me preocupara, que los niños estaban bien.

Se dio una situación bien interesante, mi mamá me decía, cuando yo regresé, que mientras yo estuve presa y fuera del país, ella y mis hijos la pasaron, económicamente no tuvieron muchas dificultades porque sobraba la gente que les ayudaba. Había gente desconocida, que yo nunca supe que le ayudaba. Mi mamá me decía: “Vieras que llegó una señora que yo ni conozco y me llevó bastantes cosas, que arroz, que frijoles, que azúcar, que todo”. Entonces ella no pasó así como muchas dificultades cuando yo no

estuve. Le pagaban el cuarto. Ya pasamos más dificultades cuando yo regresé, porque entonces sí, la cosa cambió. Empezamos a tener dificultades otra vez.

Gente de la dirección del Partido nunca llegó a Guatemala, solo los compañeros que estábamos allí, y que más o menos sabíamos lo que teníamos que hacer. Pero, ¿qué hacía el Partido en el interior? No sabíamos. Nosotros con lo que habíamos aprendido estábamos conscientes que teníamos que hacer campañas de solidaridad con El Salvador, contra la represión, la situación que la gente vivía allá. Todo eso era lo que nosotros hacíamos en Guatemala.

Pero no recibíamos orientaciones de allá, no teníamos en Guatemala una militancia de Partido. Por ejemplo, que nos agrupáramos en esa asociación, esa fue iniciativa de nosotros allí. Sabíamos qué era lo que teníamos que hacer para ayudar a nuestro pueblo. Como salimos de la cárcel al exilio, y llegamos a esa situación tan turbulenta ahí en Guatemala, cada quien tenía que ver por su subsistencia en primer lugar, pero nosotros sabíamos que con el tiempo que nos quedaba, algo teníamos que hacer como salvadoreños que estábamos allí, para apoyar la revolución guatemalteca principalmente y denunciar la situación en El Salvador.

En ese tiempo teníamos la campaña por la libertad de *Marcial*. Nosotros participábamos en todas las manifestaciones que había allá en Guatemala, por distintos motivos, luchas reivindicativas, manifestaciones de apoyo a la revolución que organizaba la CGT, que organizaban los campesinos; participábamos en todo, hacíamos carteles, repartíamos volantes, en solidaridad con el pueblo de Guatemala. Asistíamos a todas las conferencias, porque había mucha actividad política en Guatemala. Es decir, en eso vivíamos. Y si no, nos reuníamos para hacer algunos análisis sobre la situación en El Salvador, por ejemplo. Más o menos así,

para estar informados de algo, o para ver cuáles eran las necesidades de cada uno.

Casi no había oportunidad de leer. Era más que todo trabajo práctico. Sí la propaganda, el periódico del Partido Guatemalteco del Trabajo, todo lo que salía lo leíamos. Pues estábamos bastante informados de la situación que estaba viviendo el pueblo de Guatemala.

Es dura la condición de exiliado. Yo estaba en una casa donde los compañeros eran muy buenos conmigo, muy solidarios. Pero yo añoraba mi casa, y añoraba estar con la familia. Desde que supe que *Marcial* estaba en huelga de hambre me quería regresar a El Salvador, pero me dijeron que qué iba a hacer, a complicarle más la vida a él.

En El Salvador, una vez que pasaron a *Marcial* a la orden del juez, luego de seis meses le hicieron juicio. La acusación contra él era que le habían encontrado propaganda comunista en una libreta en la bolsa de la camisa cuando lo capturaron, y que había estado en un congreso de la paz en Pekín, y eso le valió seis meses preso. Hicieron jurado y el jurado lo absolvió. Justamente en esos días que él salió de la cárcel fue que cayó Árbenz.

Ya se hablaba de que Carlos Castillo Armas estaba en territorio hondureño. Se veía venir el golpe. Pero cuando Árbenz le hablaba al pueblo decía que todo estaba normal, que el ejército controlaba la situación, que los enemigos de la revolución habían olvidado que ese era un ejército nuevo, el ejército de la revolución. “Un ejército que no se vende al mejor postor”. Y el que le dio el golpe de Estado era su ministro de defensa.

Nadie esperaba que él renunciara. Aparecían aviones piratas tirando propaganda, bombas incendiarias. Y había apagones. La CGT se llenaba de gente. La casa era de dos pisos y Víctor Manuel

Gutiérrez, que era el secretario general, salía al segundo piso y decía: “Compañeros tengan calma”, porque la gente acudía buscando orientación. “El ejército controla la situación, en caso de necesidad se les va a llamar”. Había hombres y mujeres dispuestos a defender su revolución.

También había otra gente. Ya sucedido el golpe de Estado; daba tristeza ver cómo el pueblo de Guatemala recibió como héroe a Castillo Armas cuando entró a la ciudad.

A Árbenz lo apoyaban los trabajadores y los campesinos, porque había hecho una Reforma Agraria que beneficiaba a los campesinos. No solo les dieron tierra a los campesinos, sino que se creó el Departamento Agrario Nacional (DAN), que les daba ayuda técnica. Pienso yo que si se les hubiera dado la posibilidad hubieran defendido esa revolución. La gente más consciente, pues.

En ese tiempo Guatemala se había convertido como en una salvación para todos los perseguidos políticos de Latinoamérica. Ahí había venezolanos, había paraguayos, había de todos los lugares donde había dictaduras militares. La contrarrevolución tenía una radio allá en Honduras, y nosotros oíamos siempre donde decía que lo primero que iban a hacer era expulsar a todos los comunistas extranjeros que había en Guatemala.

Ahí conocí a varios compañeros que habían estado por años en la cárcel de Paraguay, encerrados en un calabozo. Había muchos exiliados. Éramos bastante solidarios. Había un compañero que se llamaba Obdulio Barthe. Casualmente nos volvimos a reunir en la Unión Soviética. Él era militante del Partido Comunista Paraguayo.

Todos los días se hablaba de que eran los gringos los que estaban apoyando a la contrarrevolución de una forma bien descarada, eso estaba muy a la vista. Por eso los trabajadores decían: “Este gobierno si no lo quieren los gringos, ¿por qué no renuncia?”. O sea,

que estaban claros en ese aspecto. Mucha gente decía que cuando a Árbenz lo eligió el pueblo, ya lo tenían encañonado los militares que le dieron el golpe de Estado. Él varias veces habló llamando al pueblo a la cordura y a confiar en el Ejército. Cuando se dijo que ya Castillo Armas había ingresado a territorio guatemalteco y se estaba combatiendo, desocuparon el hospital donde yo estaba, dejaron a los más graves nada más, porque se esperaba que llegaran heridos. Pero solo llegó un niño quemado por una bomba incendiaria, no llegaron más.

Un militar que luego estuvo asilado donde yo estaba, que había sido leal a Árbenz, decía que no se había combatido. Decía que a él le daba tristeza porque él recibía cantidad de telegramas, donde le decían: “Capitán estamos listos, esperamos órdenes”, y no, no llamaron a nadie.

En ese momento nadie sabía qué hacer. Todo el mundo lo que hizo fue irse a asilar.

Todas las embajadas quedaron llenas y bien custodiadas con policías y con anticomunistas en las puertas queriendo linchar a la gente, sacándola de las embajadas. Yo nunca me imaginé ese relajo de no dar tiempo de nada. Los salvadoreños no habíamos previsto eso. Árbenz decía que todo estaba controlado, entonces la gente se atenía. La gente lloraba escuchando el mensaje de Árbenz. ¡Lloraba la gente!

Yo no sé. Yo creo que los dirigentes revolucionarios estaban muy confiados en el Ejército, porque de no haber sido así, hubiera habido preparativos en caso de que llegara eso, ver qué medidas iban a tomar. La noticia del golpe cayó como un balde, de allí el desparpajo, que no hallaban qué hacer y que lo último que les quedó fue irse a asilar. Como en el caso de nosotros, los salvadoreños, hasta ese momento no sabíamos qué íbamos a hacer.

Yo estaba en casa de Liliam. Y Liliam y el esposo se habían ido a asilar a la embajada de Ecuador mientras yo estaba trabajando. En la embajada de México estaba asilado Árbenz y sus altos funcionarios. Hasta otras casas tuvieron que alquilar las embajadas para poder acoger tanto refugiado.

Ese día que fue la renuncia de Árbenz, cuando salí del trabajo fui donde Fidelina y le dije: “Fide ¿y nosotros qué vamos a hacer?”. “Lo que me han dicho a mí es que va haber una reunión de los salvadoreños para ver qué deciden mañana”. “¿Y yo cómo hago?” le dije yo. “Porque yo tengo que ir a trabajar, y fijate que nos van a pagar y yo necesito ese dinero”. “No”, me dijo, “andate a trabajar. Yo voy a ir a la reunión y si no me encontrás aquí yo te dejo una notita diciéndote lo que acordamos”. Entonces así fue. Cuando llegué no la vi a ella, pero sí la notita que decía: “Acordamos irnos a refugiarnos a la embajada de El Salvador para obligar al gobierno de Óscar Osorio a que nos reciba”.

Ya salgo yo a buscar, pero donde yo creía que era la embajada de El Salvador no era, sino que era el consulado. Y me encuentro con otro salvadoreño que andaba en lo mismo. Roberto Galdámez, se llamaba ese compañero, era del Sindicato de Obreros Sastres. Yo me encontré con él antes de llegar al consulado. Él se adelantó, ¡y viera qué cosa más terrible! Porque las embajadas estaban llenas de grupos de gente afuera, pero no buscando asilo, sino que eran grupos de anticomunistas que estaban reconociendo gente. A él lo vieron, lo agarraron y lo tiraron por allá. Yo seguí y él se fue adelante. “¿Y ahora qué hacemos?”.

Fui a la casa de otro compañero que tenían ellos un negocito, una tienda, de Julio Lemus. La esposa de él tenía una tiendita ahí. Fui y le conté lo que nos había pasado. “¡Ay sí!”, dice, “ya ahora ya es difícil. Quizás en la embajada de El Salvador ya no reciben a na-

die porque está llena. Pero además hay grupos de anticomunistas ahí reconociendo gente”. Ella fue la que nos dijo eso. “¿Y Julio?”, le pregunté. “Él logró entrar a la embajada argentina”, me dice, “por suerte ahí estaba tranquilo. No sé si todavía estará igual”. Me dijo: “Yo estoy pensando llevarle a Julio una ropita, si quiere se la lleva usted”. “¡Vaya pues! Yo la llevo. ¡A ver si ...!” “Llévesela. Vaya en taxi”, me dice.

Solo estaba un policía ahí en la puerta y me dice: “¿Qué quería?”. “Aquí yo vengo a dejarle una ropa a una persona que está aquí, un familiar”. “Entre, pero sale luego”, me dijo. Pero esa embajada se llenó también de refugiados. Y ya había como quizás 14 salvadoreños o más.

Yo entré a dejar la ropita y me quedé. Me alegré porque vi que había bastantes compañeros salvadoreños. El compañero Julio estaba ahí, pero yo no sabía quién más estaba. Ahí estaba Angélica Trigueros, me encontré con ella allí. Y otros compañeros. Éramos como 14 o 15, por ahí.

La embajada tenía dos edificios. Era un sitio bastante grande. Más adentro estaba la cancillería. Nosotros estábamos en la parte más grande de la primera casa de la embajada. Ahí estaba la mayoría. Parece que en la cancillería había también unos refugiados muy especiales, gente, así como de alto rango, que no sabíamos quiénes eran. Esa cancillería era un secreto. Yo no sabía qué pasaba ahí. El *Che* permanecía ahí. Pero siempre bajaba a conversar con los otros exilados del grupo más grande. Incluso, como había muchos profesionales guatemaltecos, algunos militares que le habían sido leales a Árbenz, jugaban ajedrez y el *Che* llegaba a jugar ajedrez con ellos. Y les ganaba parado, viendo a todos.

En ese tiempo nos habíamos organizado y a cada quien le tocaba su día de cocinar. Hombres y mujeres. Pero la mayoría eran

hombres. En mi grupo estaba Angélica y otros compañeros más, éramos como cinco o seis. Y nos tocaba hacerle la comida también a él, al *Che*. La única recomendación era que él no comía nada así condimentado, nada especial pues. Él solo su carne a la parrilla y arroz. Quizás por el asma, siempre usaba una camisetita alta, encima de la camisa.

Nosotros no tuvimos oportunidad de hablar con él. Lo que vimos es que, como era argentino, nos imaginamos que tenía alguna preferencia y por eso estaba aparte, no con el resto de los refugiados, sino en la cancillería. En ese tiempo yo nunca me imaginé quién iba a ser el *Che*. Se veía como un argentino ahí.

Una noche después como de cinco o seis días de estar ahí asilados nos reunió a todos el embajador. Nos dijo que la embajada estaba siendo amenazada muy seriamente y que ellos estaban dispuestos a defender el derecho de asilo a como diera lugar. Que nos hacía saber esto para que aquellas personas que no corrieran muchos riesgos al salir a la calle que lo pensarán para salir de la embajada. Pero nadie se fue y no pasó nada.

Estuvimos quizás casi un mes. No puedo precisar la fecha. Ya habían dado un día en que iba a llegar el avión para llevarse al primer viaje de asilados para Argentina. Angélica y yo estábamos listas para salir en el primer viaje. En eso estábamos cuando me llamó el embajador a mí y me dijo que había recibido una cartita. Era una carta de *Marcial* donde decía que si le hacía el favor de retenerme un poquito, porque él me iba a conseguir un salvoconducto para que yo pudiera viajar a México. El embajador me dijo: “Mire, yo la voy a retener el tiempo que sea necesario. Pero si se llega el último viaje y el salvoconducto no ha venido, yo lo siento mucho, pero se va a tener que ir a la Argentina”. En eso estábamos, pero llegó el salvoconducto. El Partido lo había enviado para

México ya con ese plan de mandarlo a estudiar a la escuela de la Unión Soviética. Desde ahí llegó el salvoconducto.

De todos los salvadoreños solo yo viajé a México. Y el *Che* ahí se quedó. Los compañeros salvadoreños del primer viaje habían salido para Argentina. El segundo grupo todavía no había salido.

Por suerte el salvoconducto llegó y pude irme para México. Viajé solita, por primera vez, en avión. Había viajado antes en avioneta en Amapala, pero ese no lo tomo en cuenta. Cuando yo llego a México me estaba esperando Salvador y otro compañero sindicalista, Luis Felipe Cativo, dirigente del Sindicato de Obreros Zapateros. Los dos me estaban esperando ahí. Había una gran fila para chequear los pasaportes. En ese tiempo, de ahí donde estábamos esperando para chequear los pasaportes, se veía para afuera. Entonces yo los veía a los dos que me estaban esperando y me saludaban. Cuando yo llegué a la ventanilla y presenté el salvoconducto me dijo el empleado: “Espérese un ratito”, mientras atendía al resto. Yo no traía pasaporte, por eso me dejó por último. Yo veía que los dos ellos me hacían señas de qué había pasado, que por qué me hacían a un lado. Y yo solo les decía que se esperaran. Solo señas de manos.

Ya me vieron el salvoconducto y salí. Imagínese qué alegría encontrarme con Salvador después de tanto tiempo. Ahí nos fuimos. Me contó él cómo le había costado conseguir ese salvoconducto. Lo logró gracias a la ayuda del presidente de la Confederación de Trabajadores de América Latina, en ese tiempo era Lombardo Toledano, famoso abogado. El *Maestro* le decían allá los mexicanos. Otros compañeros también le ayudaron.

Lo del salvoconducto era chistoso. Luego me contó él por qué no llegaba el salvoconducto ahí a la embajada. Porque dice que a él se lo dieron relativamente luego, pues. Pero lo tenía que mandar

por correo. Lo cierto es que la empleada esa nunca lo mandaba. Y dice que un compañero le dijo: “Mira, llévale un regalo. Aquí si no es la mordida no hacen nada”. “¿Y qué le regalo?, ¿qué le puedo llevar?”. “Ahí una caja de chocolates, pero llévale algo”. Dice que le llevó una caja de chocolates y ella mandó el telegrama.

“Bueno”, me dice el día que llegué, “lo primero que vamos a ir a hacer mañana es ir a darle las gracias al Maestro. Si no hubiera sido por él no hubiera sido posible este salvoconducto”. Y, como nosotros no estábamos casados legalmente, sino que nos había casado el Partido, y así hubiéramos seguido toda la vida; él de aquí ya llevaba todo, hasta mi partida de nacimiento. No sé cómo hizo. Cuando llego allá me dice: “Fíjate que nos vamos a casar aquí”. Y no me había pedido permiso a mí, ni me había consultado nada. Él lo decidió. Y sí, nos casamos ahí legalmente en México. Los padrinos fueron Liliam Jiménez, que estaba ahí, se había venido ya del Ecuador. Y otros compañeros del Partido fueron los testigos. Ya murieron: Virgilio Guerra, el otro se llamaba Miguel Ángel Vásquez, él era el que administraba la biblioteca del Fondo de Cultura Popular del Partido Comunista de México. Siempre llegábamos a visitarlo ahí, a leer algunos libros que nos daba.

En México estuvimos poco tiempo, quizá como un mes. Ahí estábamos vinculados con el Partido.

Me dice un día *Marcial*: “Mirá, fijate que vamos a ir a visitar a una compañera que vive aquí en México, se llama Graciélita”. Era hondureña ella y miembro del Partido Comunista Salvadoreño, escritora. Yo no lo he leído, pero dicen que escribió un libro muy lindo. Y ella estaba ahí refugiada en México, pero de años antes. Se llamaba Graciela Bográn Rodríguez. Estaba ahí con su esposo. Se vinculaba mucho al movimiento sindical. Ahí incluso el movimiento sindical le había comprado una casa, pero esa casa

ella la alquilaba. Cuando yo la vi, el esposo hacía poco había muerto y ella no quería dejar la casa donde vivió siempre con su esposo. Le tenía amor a su casita y la otra casa que la vendía o la alquilaba, pero decía que ella ahí se iba a morir. Ya estaba bastante mayor. No sé mucho de ella, pero sí dicen que tenía una trayectoria bastante larga de lucha contra las dictaduras militares en Honduras, y en El Salvador, me parece, también. *Marcial* la apreciaba mucho y yo la fui a conocer. Después ya nos fuimos para la Unión Soviética.

EXILIO EN LA UNIÓN SOVIÉTICA

En México nos arreglaron un pasaporte. En ese tiempo, a todos los pasaportes les ponían: “Prohibido viajar a la Unión Soviética, Checoslovaquia, Rumanía...”, todos los países detrás de la Cortina de Hierro. Entonces íbamos con un pasaporte arreglado. Tuvimos que ir a dar una vuelta: fuimos de México a Checoslovaquia, pero de Checoslovaquia para allá era otro documento. Lo que no se podía era tener sellos de entrada del otro lado. Viajábamos con unos pasaportes bien raros, cada quien con su leyenda por si había alguna pregunta al regreso. Yo pensaba cómo era posible que hayamos podido pasar por aeropuertos con pasaportes así. Es algo para morirse de risa.

Tenía que estar aprendiendo las firmas por si había que firmar algo, para que coincidiera con la del pasaporte. Eran pasaportes de gente que había viajado mucho. La leyenda: que tal día salimos de tal parte para tal otra. Tuvimos suerte de que no hubo necesi-

dad en ningún aeropuerto de que nos interrogaran, de causar la menor sospecha, una suerte.

Ya tiempo después iban los estudiantes a la Unión Soviética, a la escuela, por ejemplo, a la Patricio Lumumba. Había estudiantes universitarios becados, que iban a visitar a sus familias, si podían, cada año, y no era mayor problema, pero en el tiempo que nosotros estuvimos eso era peligroso.

Llegamos a la Unión Soviética. Solo íbamos nosotros dos. Nos recibieron los compañeros. *Marcial* iba a la Escuela Superior de Cuadros del Partido Comunista de la Unión Soviética. Ahí llegaban dirigentes de partidos de todas partes, de la misma URSS también y de otros países.

La escuela tenía varios edificios, de varios pisos cada uno. A nosotros nos ubicaron en un segundo piso, en una habitación pequeña con dos camas, un escritorio en medio, los servicios adentro. Un cuarto pequeño. Para lavar la ropa había lavandería abajo; yo la llevaba.

En cada cuarto había un bañito con agua caliente porque ahí no se podía con agua fría. Nosotros no perdimos la costumbre nuestra de bañarnos todos los días, porque ahí los rusos no se bañan a diario. Nosotros todos los días nos bañábamos.

Cuando yo llegué, iba con mi ropita liviana, andaba con unos zapatitos de los que se usan por aquí, con mis medias transparentes. Y me dice la compañera encargada, la traductora que nos iba a atender a nosotros: “Tú no puedes andar así aquí, no puedes andar así”. Lidia Petrovna se llamaba. Esta compañera había tratado mucho con los españoles y entonces hablaba como española: “No podéis andar así aquí, os vais a enfermar”. Nosotros llegamos cuando ya comenzaba el frío, en noviembre. Teníamos que usar zapatos especiales para el frío, forrados con lana por dentro;

medias gruesas y encima de las medias, calcetines; ropa interior de franelita; teníamos que cambiar toda nuestra ropa porque nos podía dar una pulmonía. Eso sí no me gustaba, yo me sentía incómoda con tanta ropa. Ahí hay abrigo para todas las estaciones: abrigo para la primavera, abrigo para el otoño y para el invierno. Siempre andaba uno cargado de ropa. El tiempo que estuvimos nosotros ahí, no hubo época de mucho calor, de no tener necesidad de andar con un abrigo o suéter, aunque sea livianito.

Ahí nos dimos cuenta de que no estábamos nosotros solos, sino que había unos compañeros de Guatemala. Entre ellos estaba Carlos *Nayo* Alvarado Jerez, que era secretario general del Partido Guatemalteco del Trabajo. No sé si en ese momento lo era, pero llegaría a ser. Estaba con su esposa, le decían *Chicoca*, no sé cómo se llamaba, creo que se llamaba Irma o algo así, nada que ver con *Chicoca*. También estaba otro matrimonio venezolano y había otra venezolana soltera. Nos dimos cuenta de que había un grupo latino. Por cierto, éramos los primeros que llegábamos. Estaba recién muerto Stalin, cuando Nikita Jrushchov denunció el culto a la personalidad en el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Nos veíamos, nos reuníamos siempre y salíamos a pasear juntos. Contentos, hablando la misma lengua, hicimos una bonita amistad con ellos ahí. Yo tengo recuerdos muy lindos de *Nayo*, porque era una persona tan linda. Una vez fuimos a un concierto al Gran Teatro de Moscú. La Novena Sinfonía de Beethoven, por cierto, con un coro lindísimo. Él salió tan impresionado, tan emocionado. Me acuerdo que dice: “Bueno, después de este banquete espiritual, ¿qué más le podemos pedir a la vida nosotros?” Tiempo después, cayó toda la dirección del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) en Guatemala. A mí me dio mucha tristeza cuando supe que había muerto, porque nos veíamos como hermanos ahí.

Ese grupo nos ayudó a no sentirnos solos porque hablábamos el mismo idioma. Siempre andábamos en paseos juntos, porque nos daban boletos para ir al circo. Ahí conocí al famoso payaso Popov, que decían que era el mejor del mundo. Debía ser cierto porque ese payaso apenas salía a la carpa, todo el mundo estaba muerto de risa sin que hiciera nada. Un espectáculo lindísimo.

Ahí nosotros teníamos un estipendio. En cada piso había una cocina por si uno quería hacer su comida, y abajo había un comedor para todos, para comprar la comida, muy abundante y barata. Algunas veces yo cocinaba, cuando nos aburríamos de la comida del comedor. Y siempre teníamos café, chocolate, queso, pan, galletas, frutas, para cuando no queríamos ir al comedor y tener algo de comer que a veces se le antoja a uno.

La comida era riquísima, a mí me encantó la comida rusa. Los rusos comen mucho, abundante. Allá no vas a ver platitos pequeños. “Bosh”, por ejemplo, es una sopa que hacen de remolacha con salchicha y jamón. Había otro plato de sopa “salianka”, de pepino salado pero encurtido, con mucha verdura y salchicha. Platos fuertes. Para el desayuno tenían yogurt. También comen mucha carne, pescado, caviar, todas esas cosas; mucho jamón, mucho embutido, muchas sardinas también. Por ejemplo, en la entrada de la comida te sirven sardina.

A mí casi toda la comida rusa me gustó. Lo que más me gustaba era el yogurt. “Kifir” le llamaba ahí. Todo era muy barato. El té negro con limón, eso no falta. Mucho chocolate. Comen mucha grasa, mucho tocino, como ver un pedazo de grasa de cerdo, algo así, que solo encima tiene una capa como de cuero grueso con sal y eso lo comen con pan. Comen mucho pan cuadrado con mantequilla y caviar.

También a *Marcial* le gustaba la comida. A él le gustaba comer lo que nunca había comido, le gustaba probar de todo lo nuevo.

No tuvimos problemas por eso de la comida. Si extrañábamos las comiditas nuestras, los frijoles, las tortillas, el pan de dulce, todo eso ¡cómo lo extrañábamos!

Marcial iba a la escuela. Yo lo acompañaba a veces. El primer año era en ruso, todo era con traducción. La traductora se llamaba Rita, era una armenia. Todo el primer año las clases eran con traductor. El segundo año ya no; era obligatorio aprender ruso. *Marcial* aprendió bien y rindió sus exámenes en ruso. Cinco años es la carrera para aprender el idioma ruso en escuelas. Nosotros estuvimos casi tres años. Yo aproveché para leer bastantes novelas rusas tan lindas, tantos libros de revolucionarios rusos que comba-tieron allá.

Al pueblo ruso, a la gente, yo la sentía muy amable, muy amistosa. No nos sentíamos mal. Había un matrimonio ruso que tenía dos niñas, entonces yo a veces salía con la compañera a pasear. No había lugar para aburrirse.

Nos diferenciábamos mucho con la gente de ahí. Teníamos algún parecido con personas de Irán, pero sí notaban las diferencias, también al oírnos hablar. Nosotros notábamos que la gente era muy amable, nunca nos vieron mal. Por ejemplo, cuando estábamos haciendo fila para comprar algo en una tienda, alguna cosa, a veces nos daban el paso, a veces trataban de hablarnos algo.

Cuando nos encontrábamos en los sanatorios nos preguntaban que si nos gustaba la Unión Soviética, que cómo era nuestro país, pero nosotros no decíamos que éramos de El Salvador. Nosotros decíamos que éramos de España. Era un poco problemático por el modo de hablar porque es bien diferente, pero decíamos que éramos españoles porque nos confundíamos por el pelo negro. Había muchos españoles algo parecidos a nosotros. *Marcial* era el que menos tenía pinta de español, porque él más que todo tenía

tipo así como asiático, como coreano, pero sí nunca decíamos que éramos de El Salvador, ninguno de los que estábamos ahí, ni los venezolanos ni los guatemaltecos. Ahí no teníamos nuestros propios nombres, sino que eran seudónimos.

Nosotros por lo regular no podíamos salir de paseo en la semana, porque era muy riguroso el estudio. *Marcial*, desde que salía de la escuela, seguía estudiando en la noche. Como no es muy fácil leer en ruso, él hacía el esfuerzo. Le costaba un poquito, entonces le dedicaba mucho al estudio. Pero es como obligación de que los estudios terminan el viernes y ya sábado y domingo es para descansar, nada de ver libros. Dicen que lo que no se aprendió en día de semana, mucho menos puede aprenderse en fin de semana. Para llegar descansado el lunes al estudio, igual que para los exámenes: cerrar libros. Lo que no se aprendió, de un día para otro no lo van a aprender para salir bien en un examen.

Durante ese tiempo yo no tenía contacto con mi familia para nada. Mi familia nunca supo dónde estuvimos, hasta que regresamos.

Estuvimos del 54 al 57. Cuando se realizó el Primer Festival Mundial de la Juventud nosotros estábamos allá. Nos alegraba muchísimo saber que iba la delegación de El Salvador y pensábamos nosotros que seguro nos traen alguna noticia de la familia o de la gente allá, pero no. Ahí llegó Tomás Guerra, Roque Dalton, Mingo Mira, y otro más.

Los compañeros de allá del Partido se encargaban de decirle a la familia que estábamos bien, que no se preocuparan, pero que no escribíamos porque no podíamos escribir, porque era riesgoso.

En alguna medida, gente del Partido siguió viendo por mi familia. Gente particular y mi sobrina Tere. Había gente que mi mamá decía que ella no conocía y que le llevaban cosas siempre. Por ese lado ellos no pasaron muchas dificultades.

Salíamos así como de paseo, íbamos al Parque Gorki, que nos subíamos al metro y nos íbamos a cualquier parte. Pero así como hacer amistad con familias pues no, porque no había tiempo. Fuimos a Leningrado, estuvimos en el Cáucaso, en Sochi y en el Mar Negro.

Al fin del año, era obligación para los estudiantes ir a pasar a un lugar de descanso, casi siempre para eso el médico hacía una evaluación según la salud de cada quien y así le indicaban el lugar donde podía ir.

Nosotros fuimos a un sanatorio que estaba en el Cáucaso, en Sochi, un lugar muy lindo. Ahí se iba en plan de recuperar la salud, de mantenerse bien. Algo que me llamó la atención, que me sorprendió y que no me gustó mucho, era que los matrimonios no podían estar juntos. Yo estaba aquí en una casa y *Marcial* estaba por allá, como a unos 200 o 300 metros. Las mujeres salían al sol, así, desnuditas totalmente, y los hombres también, desnuditos por allá. Digo yo que quizás por eso nos separaban. Alguna explicación debía haber, pero por la dificultad del idioma es complicado hacer preguntas así.

Había una playa donde sí podíamos ir juntos, pero en los días de semana de estar en el sanatorio estábamos separados. Ahí estábamos bajo control médico, con alimentación, con atenciones médicas.

En los sanatorios había trabajadores de empresas que iban también en su fin de año de vacaciones. Por ejemplo, había un lugar que se llamaba Kislavosky; ahí iba la gente que padecía mucho del estómago, porque ahí hay muchas aguas minerales que son muy buenas. Cada quien iba donde conviniera para la salud del estudiante.

A *Marcial* en la cárcel le habían dado un golpe muy fuerte y le había afectado la visión. Cuando yo llegué a México ya lo había

visto el médico, pero no tenía ningún tratamiento especial. Al llegar a la Unión Soviética lo primero que hacían era meterlo a uno en un hospital y hacerle un chequeo completo. De eso se quejaba *Calufa*, Carlos Luis Fallas, costarricense. A él le molestaba que había que someterse al examen médico.

A *Calufa* yo lo conocí allá. *Marcial* sí lo conoció antes. Él no fue a la escuela del Partido. Al parecer iba muy seguido a la Unión Soviética.

Estando allá *Marcial* no se enfermó nunca, ni yo. Yo creí que como él era asmático le iba a afectar por el frío, pero no.

Ahí en la Unión Soviética no vimos cuadros de miseria, no vimos la desigualdad que existe en los países capitalistas. La gente no andaba con grandes lujos, pero sí bien vestida, con todo lo necesario. A pesar del clima, nunca supimos que la gente muriera de frío o por falta de calefacción. Y no había desempleo, todo el mundo tenía trabajo. Tal vez habrá existido prostitución, pero no vimos nosotros eso. Se veía una sociedad sana, donde todo el mundo tenía la posibilidad de estudiar, de ser atendida en su salud, educación, de lo que tanto carecíamos nosotros en nuestros países.

Cuando nosotros estuvimos allá, en el XXII Congreso del Partido se denunció el culto a la personalidad de Stalin. Eso cayó como una bomba. Por ejemplo, esta amiga, esta compañera venezolana estaba estudiando en la escuela, ella dijo: “Por primera vez hay algo que yo no entiendo”. Me dijo *Marcial*: “No, nosotros estamos aquí aprendiendo, estudiando precisamente porque hay muchas cosas que no entendemos”. Pero sí, para nosotros fue una sorpresa, una cosa muy grande que no esperábamos.

No teníamos idea de la magnitud del problema que había sucedido antes en el Partido Comunista de la Unión Soviética ni las repercusiones que eso iba a tener a nivel mundial. En ese tiempo

Stalin ya había muerto. Cuando nosotros visitamos la tumba de Lenin, a la par estaba Stalin. Ese mausoleo está en la Plaza Roja. A la entrada constantemente hay una guardia de honor. Desde buena madrugada, todos los días había enormes filas de gente que llegaba desde distintos lugares de la Unión Soviética para ver a Lenin y a Stalin ahí. Nadie debía llevar nada en las manos y no se podía detener en ningún momento. Solo se podía pasar, ver y volver a salir. Lenin se veía como de cera, ya no natural, pues, porque ya tenía muchos años de muerto. Stalin estaba como recién muerto, parecía dormido, con su uniforme militar.

A China fuimos después de la Unión Soviética, antes de regresar. Ya cuando había terminado *Marcial* los estudios nos invitaron para ir a China y estuvimos tres meses allá. Íbamos todos, no solo los latinos, sino que también iban árabes, coreanos, que estaban en la Escuela de Cuadros.

Llegamos justo cuando comenzaba la Revolución Cultural. La consigna de Mao era: “Que se abran cien flores y que rivalicen cien escuelas”. Dicen que fue el inicio de toda aquella situación que se dio con toda la gente que expresó su descontento, su desacuerdo con la política del Partido Comunista Chino y fueron reprimidos. En ese tiempo estuvimos ahí. También nos llevaron a conocer varias fábricas.

Estuvimos en una fábrica de acero, estuvimos en una fábrica de gaseosas que yo quería conocer. Y nos llevaron a Shangai. Viajamos mucho en tren. Nos dimos cuenta con qué amor, con qué entusiasmo trabajaban los chinos. ¡Parecían hormiguitas! Cuando llegamos había una emulación de los trabajadores que estaban terminando un puente sobre el Río Yangtsé y lo querían tener terminado para el primero de mayo. Entonces estaban emulando a ver quién llegaba primero de allá para acá o de acá para allá, para

encontrarse. Cantidad de gente trabajando para desviar los ríos, para evitar las inundaciones. ¡Pero era cantidad de chinos con palanquines jalando tierra! ¡Qué emocionante ver eso!

Nos llevaron a conocer una fábrica de automóviles muy grande, nos llevaron a conocer las minas de Fusheng y decían: “Esto no sería posible sin la gran ayuda de la Unión Soviética”, eso lo decían siempre.

También fuimos a conocer la población flotante, que vivía en un río. Toda su vida pasaba ahí. Ahí nacían sus hijos, en las lanchas. Entre esas lanchas había tiendas, todo había. A saber, si todavía existe eso. Ahí dicen que había gente que nunca había salido del río, toda su vida era ahí.

Y aquella cosa de los chinos de cómo calaban las consignas. Por ejemplo, aquella que decía: “Entrenar el cuerpo para defender a la patria”, era para hacer gimnasia. Entonces cuando paraba el tren en una estación, todo el mundo se bajaba a hacer gimnasia.

Cuando nosotros llegamos estaban combatiendo “Las tres plagas” que llamaban los chinos. Las ratas, las cucarachas y los gorriones. Y nosotros preguntábamos “¿Por qué los gorriones?”. “Ah, es que se comen los arrozales”. De Mao para abajo, andaban con hondillas matando gorriones; así nos decían.

Nos llevaron a ver la ópera; la ópera china, que es tan aburrida.

Mujeres chinas organizadas no vimos. Y esa atención exagerada de los chinos para atender a la gente que los visitaba era increíble, uno se sentía hasta mal. Uno no podía decir: “Esto me gusta”, porque ya lo tenía. Y eso era bien palpable. Los compañeros que viajaban a China y estaban en la Unión Soviética hacían comparaciones. Yo creo que sí disfrutamos bastante ese tiempo ahí en China. Nosotros le veíamos mucha similitud con el pueblo de nosotros: cuánta gente en la calle, las ventas en la calle por todos lados, así, como un

mercado. El Salvador que es todo como un mercado, igual. Mucha gente pobre, mucha gente jalando a otros en los palanquines, como transporte, bicicletas arregladas para jalar gente.

Al regreso íbamos a ir directo a Venezuela, para de ahí ir a Costa Rica, pero por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez mejor no fuimos por ese lado. Fuimos a Portugal y luego a Curazao. En Curazao nos quitaron los pasaportes porque no traíamos visa y no nos habían dicho que necesitábamos visa para entrar ahí. Nos quitaron los pasaportes y de la misma compañía nos llevaron a un hotel que era lo más modesto que había. Era caro; nos costó muchísimo y nosotros veníamos con dinero limitado. Pero ese no fue tanto el problema, sino que nos quitaran los pasaportes. Los devolvieron a los tres días, y esos tres días fueron de mucha angustia, porque los pasaportes no eran de nosotros. Al fin los entregaron y pudimos seguir para Costa Rica.

Tuvimos que estar tres meses en Costa Rica, esperando que nos arreglaran otra vez papeles para poder regresar.

En Costa Rica nos recibió la familia de Leandro. Era una familia que tenía una panadería. Nos llevaron a Heredia. Leandro se llamaba el señor, la señora se llamaba Soledad, igual que la hija. A mí me hubiera gustado verla a ella. La hija era del Partido, de Vanguardia Popular, e iba para la Unión Soviética cuando estábamos ahí. Yo venía y ella iba.

En Costa Rica conocí esa familia y le tomamos en pocos días cariño porque nos trataron muy bien. Me acuerdo que la señora todas las tardes nos hacía sopa, caldo de res, olla de carne. Y nosotros decíamos: “Bueno y ¿por qué aquí en Costa Rica acostumbran tomar sopa en la tarde?” Porque en El Salvador se acostumbra solo para el almuerzo. Decían que era costumbre de ellos. Muy buena familia. Quedamos deseosos de volverlos a ver, pero no se pudo.

En esos meses Salvador se conectaba con la dirección del Partido en Costa Rica que nos estaba arreglando los documentos. Yo no sé con quiénes se contactaba. Yo estuve nada más ahí en la casa, con la familia. Salíamos a conocer un poco Costa Rica y eso era todo. Actividades políticas de mi parte, pues no. A Eduardo Mora sí lo conocí esa vez, y a Helena Castellanos, su esposa. A Helena la fui a conocer a Costa Rica, aunque ella era salvadoreña. En esa época la hija de Helena estaba pequeñita, Patricia Mora Castellanos.

Después de eso, como en los sesenta, fuimos a Costa Rica con Angelita Santamaría a una reunión con esa idea de ver si formábamos un grupo de mujeres centroamericanas. A ella la hospedaron con doña Adela Ferreto. Y yo me quedé con Luisa González. Pero eso fue después, cuando de la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas se acordó ir a Costa Rica.

A El Salvador entramos por el aeropuerto de Ilopango con pasaportes falsos. Nosotros viajamos solo así, ¡con cada leyenda que para qué le cuento! Cuando veníamos de la Unión Soviética era chistoso porque *Marcial* era un hombre casado y yo su querida. Yo venía con él, pero él era casado por otro lado. Yo no sé qué pasaba en ese tiempo, como que no había mucho control. La verdad es que no tuvimos problemas. Lo que se necesita es no ponerse nervioso uno. Yo creo que quizás la serenidad no dio lugar a que dudarán. Nos presentamos en la forma más natural posible, porque los pasaportes no aguantaban mucho análisis. Es la única explicación que tengo de que nunca nos hayan capturado en un aeropuerto. Tanto cuando viajaba yo, como cuando viajaba él solo.

En Costa Rica avisamos a través del Partido y ellos se encargaron de avisarle a mi mamá. Y fue así como mi mamá con mis dos niños y mi sobrina Tere nos estaban esperando en el aeropuerto.

Uno de ellos nació en el 40 y el otro en el 42. Tenían 15 y 17 en el 57. Todo el tiempo que estuvimos en la Unión Soviética no teníamos comunicación con ellos. En México tampoco. Supieron que yo ya no estaba presa por los periódicos que dijeron que habíamos sido expulsados para Honduras. Hasta ahí supieron. Como nosotros nos íbamos a dar esa gran pérdida, cuando nos fuimos para México ellos no supieron.

Yo llegué justo de donde habíamos salido, al Mesón San Judas, en San Jacinto, donde nos capturaron. *Marcial* se fue para un lado y yo me fui con mi mamá, hasta que conseguimos casa para vivir todos juntos. Ahí estaba todavía mi mamá, nunca se quiso ir de ahí, porque mi sobrina Tere la quería llevar para la casa, pero dice que no quiso irse de ahí porque la gente era muy buena con ella y ella se sentía bien ahí. Prefirió que le pagaran el cuarto ahí para que cuando yo regresara la hallara en ese mismo lugar.

Marcial se fue, por cierto, donde una comadre ahí en Ciudad Delgado, que mucho lo apoyaba. Las hijas de él estaban con la abuelita, así que, cuando regresamos, el Partido nos dio para que alquiláramos una casita y viviéramos juntos todos, y así vivimos un tiempo.

Yo me quedé con mi mamá hasta que alquilamos casa para vivir toda la familia. Era una casa que estaba ahí por La Vega. Me acuerdo que valía 100 colones. Era una casa grande; el Partido nos dio para eso. Pero así, con toda la familia, no pudimos vivir mucho tiempo, porque después entramos a ese periodo en que teníamos que andar cambiando de casa seguido. Pero sí vivimos algún tiempo con la Chita y la Lola, los niños de ella, los míos. A veces la Lupita, la hija de *Marcial*, se quedaba con la mamá; días estaba con nosotros, otros días estaba con la mamá. La que más permaneció con nosotros fue Corina. Pero sí, tratamos hasta donde pudimos de vivir juntos. Cuando ya no pudimos, tuvimos que separarnos.

Durante ese tiempo la situación de nosotros era tan incierta y de tanto corre y corre que veíamos que no era posible tener más hijos. Sí lo hablamos y decidimos eso. Veíamos que era mucho riesgo y sufrimiento para los niños ya. La policía siempre andaba detrás de toda la gente que ellos presumían, que ellos creían que eran comunistas conocidos y no conocidos, siempre andaban merodeando por los locales sindicales, por todas las organizaciones populares, fraternidades.

Inmediatamente que regresamos al país pues ya nos incorporamos al trabajo del Partido. Yo no tenía profesión, yo hubiera podido seguir trabajando en cualquier fábrica, en cualquier empresa, pero eso iba a ser difícil por la gran propaganda que nos habían hecho de ser comunistas reconocidos y todas esas cosas. Cuando regresamos, como yo ya no representaba a ningún sindicato, entonces a mí el Partido me asignó el trabajo con las mujeres. Un grupo de compañeras comenzaba a elaborar proyecciones de trabajo. Cuando llegué me encontré con esa situación. Todavía no se había formado la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas, sino que se estaba proyectando. Se había pensado el nombre, pero no era un trabajo abierto todavía. Entonces el Partido me asignó el trabajo ahí con la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas, que era un trabajo muy bonito que a mí me gustó mucho.

FRATERNIDAD DE MUJERES SALVADOREÑAS

Mi vida como sindicalista terminó en 1952 cuando nos capturaron. Yo estuve once meses en la prisión, de ahí fui al exilio y regresé hasta 1957.

Yo ya no podía trabajar en el movimiento sindical por ser ya muy conocida como militante comunista. Era bien difícil que me pudieran dar trabajo, así que la dirección del Partido me asignó la tarea de trabajar con las mujeres. Todavía no se había formado la Fraternidad de Mujeres, sino que se estaba proyectando. Se había pensado el nombre, pero no era un trabajo abierto todavía.

Al regresar a El Salvador, al poco tiempo nombraron a *Marcial* secretario general del Partido. Llevaba una vida abierta, de participación en los sindicatos.

En ese tiempo, en la dirección del Partido estaba Raúl Castellanos, licenciado en periodismo; Schafik Hándal, abogado de origen burgués; Jorge Arias Gómez, licenciado en derecho; Mario Castellanos Calvo, también estudiante de derecho; Daniel Castanedas,

que era un obrero sastre y murió como de cien años, y Virgilio Guerra, que era un pequeño comerciante: tenía su venta de madera. Otro era Eduardo Camporreales, que era un talabartero, pero tenía su buen taller de talabartería en Santa Ana.

Daniel Castanedas, desde que yo lo conocí, ya no trabajaba, sino que era funcionario del Partido, pero había trabajado como obrero asalariado en sastrerías.

Así estaba compuesta la dirección del Partido. En su mayoría eran intelectuales, gente profesional. Muchos de ellos estuvieron exiliados en Guatemala después de la caída de Romero en el 44, por ejemplo, Virgilio y Castanedas.

En la membresía del Partido la mayor parte eran estudiantes y profesores; había pocos obreros fabriles y pocos campesinos. En eso era bien pobre el Partido, en sus filas estaban casi solo los que lograron sobrevivir de la masacre del 32. Esos fueron los campesinos que yo conocí en el Partido: Modesto Ramírez, Segundo Martínez, Miguel Mármol; Pedro Grande era un obrero de la construcción, el único. No conocí más campesinos.

Uno de ellos, Modesto Ramírez, estaba en la lista de los muertos, ya no existía. Ellos eran unos verdaderos apóstoles. El periódico que sacaba el Partido se llamaba *La Verdad*, ellos lo llevaban al campo y se lo daban a gente que ellos conocieron, sobrevivientes de aquella época; bisnietos, tataranietos de los muertos; familias que ellos conocieron que estaban segurísimos que no los iban a delatar. Además, ellos como campesinos se identificaban, ellos eran pura sangre ahí. Pues aquí como el campo estaba tan saturado de la policía, el aparato represivo en el campo después del 32 era terrible.

Por ejemplo, el comandante de cada cantón regularmente era uno de los mismos campesinos analfabetas que formaban las pa-

trullas cantonales y les daban su carnet de garantía de que nada les podía pasar. Ellos tenían bien conocida la gente de su valle, de sus pueblos, de su cantón. Y decían Modesto y Segundo: “Ustedes no tienen idea de que el comandante de la patrulla conoce a todos los del pueblo. Apenas llega una persona extraña causa dudas”. La idea de ellos era que el campo era una muralla infranqueable y que por el aparato represivo que había no se podía hacer propaganda ni hablarles de organización a los campesinos porque era peligro, porque si llegaban a oídos del comandante ya les ponía el ojo de que eran comunistas y eso significaba la muerte o la cárcel. Por eso para el Partido era bien difícil hacer trabajo en el campo, decían ellos. Y nos quedábamos ahí con el pensamiento de los compañeros. “¡Cuidadito! ¡Ninguno de ustedes de la ciudad puede ir al campo, a menos de irse a otras diligencias, pero a hacer trabajo con los campesinos, a quererlos organizar, no!”. Era cierto, el aparato represivo era así. Con el tiempo, después se tuvo una organización campesina que se llamó Asociación de Trabajadores Agropecuarios y Campesinos de El Salvador, ATACES, pero no prosperó mucho.

También éramos pocas las mujeres en el Partido. Yo solo recuerdo a Angélica Trigueros, que era obrera costurera; a Fidelina Raimundo, panificadora; a Leti, Leticia de Castro, otra compañera que se llamaba Clara y alguna que otra estudiante que no recuerdo. Éramos poquísimas. No había mujeres en la dirección del Partido.

Ellas, al igual que yo, no llegaron al Partido porque fueran pareja de algún miembro, sino que fueron reclutadas por su labor como sindicalistas. Fidelina tuvo una hija, pero se separó del padre de su hija y se quedó sola: ella fue reclutada en el Sindicato de Panificadores. Angélica también fue reclutada como obrera sin-

dicalista, incluso desde antes de que se legalizaran los sindicatos, porque ella era secretaria general de la Unión de Costureras. No recuerdo bien el nombre, pero era una asociación que luego se convirtió en sindicato.

Yo recibía orientación de mi célula con el trabajo de la Fraternidad. Las que estábamos en la directiva de la Fraternidad de Mujeres éramos muy cercanas al Partido. Además, no era nada de cosas secretas las que llegábamos a discutir ahí.

No recuerdo ninguna mujer profesional o intelectual que estuviera en el Partido. Leti era secretaria.

A Leti la conocí en la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas, en una reunión que tuvimos. Ella estaba trabajando en una estación de radio, donde el director era Jacinto Castellanos Rivas, el suegro de Rosita de Castellanos. Como Rosita era del grupo de las iniciadoras del trabajo de la Fraternidad, entonces por esa vía Leti llegó a la Fraternidad.

Ahí nos conocimos y fuimos compañeras hasta el final de su vida. Ella todavía no estaba vinculada al Partido en ese momento. Fue a partir del contacto con la Fraternidad que se incorpora. Cuando la conocí, ella era secretaria del gerente de la fábrica de aceites El Dorado. Tenía mucho ascendiente con los obreros ahí. Por ejemplo, para celebrar el día del trabajo, ella en todo participaba. Después fue secretaria del doctor Fabio Castillo cuando él era rector de la Universidad, en la primera vez que fue rector. Con ella y otras compañeras organizamos la Brigada de la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas, que le pusimos “Fidelina Raimundo”, para colaborar ahí, con los trabajos de la Universidad. Ella era menor que yo unos años, quizás como cinco años.

Quiso la suerte que cuando llegué del exilio ya había un grupo de compañeras. Unas de ellas eran del Partido, las otras, simpa-

tizantes. Ellas estaban interesadas en organizar a las mujeres y estaban haciendo ya una proyección de trabajo. Justo en ese momento yo llegué al país y me incorporé a ese proceso. Ya se había elaborado la carta de principios, el proyecto de estatutos que había, y un programa de trabajo.

Se había formado una directiva con Rosita Braña de Castellanos, Carmen Alemán de Vides, Cristina Pantoja, Berta Deras de Aguiñada y Ana Rosa Ochoa, que tenía una librería que se llamaba *Claridad*. Ella no era de la directiva, pero formaba parte de la Fraternidad y colaboraba mucho. También en ese grupo inicial estaba Ángela Santamaría, Lucila Torres y Clarita Lechuga.

Camilo Minero, un pintor muy cercano al Partido que colaboraba mucho con nosotros, muy famoso aquí, nos hizo un logo muy lindo para la organización, donde estaba una mujer obrera, una campesina y una intelectual.

En ese tiempo había algunas organizaciones de mujeres, pero no controladas por el Partido. Por ejemplo, la Liga Femenina Salvadoreña, que luchó por las reivindicaciones de la mujer.

La Asociación de Mujeres Democráticas de El Salvador fue una organización que ya en la práctica no hizo nada por la defensa de los derechos de la mujer. Mujeres de estas organizaciones luego se incorporaron al Partido Revolucionario de Unificación Democrática, PRUD, el partido de Óscar Osorio, y llegaron a la Asamblea Legislativa, pero ya en la Asamblea no hicieron nada por la mujer, nunca dejaron oír su voz, se dedicaron a la política.

La Liga Femenina Salvadoreña fue una organización como más consecuente: hizo una campaña a favor de los derechos de la mujer. Una de ellas, que era la mejor de todas, se acercó a nosotras y después fue colaboradora del Partido: Ana Rosa Ochoa. Ella fue la única a la que le ofrecieron la candidatura a diputada y no acep-

tó. Era una mujer bastante honesta. Después fue una de las más grandes colaboradoras de la Fraternidad en los sesenta.

La lucha de la Liga Femenina Salvadoreña era por el derecho al voto. Y pues sí, para nosotros era importante, pero no era lo principal. Nosotros ese punto no lo tocábamos, pero sí las reformas al código civil.

En la carta de principios de la Fraternidad establecimos cuáles eran los temas por los que íbamos a luchar. Por ejemplo, por el derecho de la mujer al trabajo, el derecho de la mujer a la educación, el derecho de la mujer a la salud, y por las reformas al Código Civil, porque en ese tiempo las mujeres en El Salvador estábamos en una desventaja tremenda: la mujer no podía ser testigo, no podía tener derecho a la patria potestad y una serie de cosas que la ponían en desigualdad ante el hombre.

Iniciamos ese trabajo con las mujeres y formamos también una organización de niños que se llamaba Alianza Infantil por la Amistad, que tenía su decálogo, que eran diez principios. Lástima que no se ha conservado, por ningún lado se ha encontrado eso, ni los estatutos de la Fraternidad ni nada de esos materiales. Les he preguntado a muchas compañeras de esa época que aún viven y nadie los tiene. Lo cierto es que el propósito era organizar y luchar por la defensa de los derechos de la mujer y del niño, y mucho hicimos en este terreno. Logramos acercar a muchas mujeres de las clases medias y populares, y hacíamos actividades.

El proyecto de la Fraternidad de Mujeres era de una organización amplia, para mujeres de todos los sectores, para luchar por los derechos. El lema de la organización era: “Por la defensa de los derechos de la mujer y del niño”. En ese campo nosotros queríamos incorporar a mujeres de los distintos sectores: obreras, campesinas, quien nos apoyara.

Quienes más nos respondían eran las señoras de los mercados, algunas obreras de las fábricas y gente así, gente del pueblo. Era un trabajo amplio, pero la misma situación del país nos fue llevando a denunciar la represión contra el pueblo, nos politizamos: la organización fue adquiriendo un carácter más político.

En el Partido no reconocían realmente ese trabajo, incluso a veces se expresaban de forma despectiva de la organización, minimizando lo que hacíamos. Éramos pocas las que estábamos permanentes en el trabajo de la Fraternidad. Si hacíamos una excursión, por ejemplo, sí participaban varias comprándonos el boleto, pero las encargadas de contratar el bus, de hacer la comida que íbamos a llevar a vender, de eso nos encargábamos unas pocas. Si hacíamos alguna *chilateada*, atolada, éramos pocas las que andábamos vendiendo boletos, pero ahí llegaban las compañeras.

Queríamos legalizar esa organización, por eso habíamos elaborado un proyecto de estatutos, pero no hubo posibilidad de presentarlos por la misma represión que se agudizó en ese tiempo de José María Lemus. Luego presentamos los estatutos en tiempos de la junta de gobierno donde estuvo el doctor Fabio Castillo, cuando derrocaron a Lemus, aprovechando ese espacio político que hubo, pero duró solo como cuatro meses, porque después se dio el golpe de Estado y llegó otro gobierno militar. Por eso no logramos la aprobación de esos estatutos, pero seguimos trabajando así.

Cuando todavía no éramos muy conocidas como Fraternidad hicimos un viaje a Costa Rica. Fuimos Angelita Santamaría y yo. Fuimos bastante ilusionadas porque se veía la posibilidad de hacer contactos con otras compañeras de Guatemala, de Honduras, pero no sé por qué no progresó mucho esa idea. Yo creo que es por esa tensión en que vivíamos, que la política nos absorbía, y la represión.

La idea era tener relación con otras compañeras para hacer trabajo conjunto. En ese tiempo Luisa González era dirigente de la Alianza de Mujeres Costarricenses. También Adela Ferreto. También estaba incorporada Helena Castellanos. No recuerdo yo de dónde nació la iniciativa de esa reunión. El conecte con la Alianza era, a través de Helena, con Rosita. Dicen que se dio una cosa bien curiosa: en un congreso en México (no recuerdo sobre qué era el congreso), se conocieron Rosita con Raúl Castellanos, y Helena con Eduardo Mora. Y de ahí salieron las parejas. Helena sin duda había ido con Raúl, el hermano. Ahí fue, eso se decía siempre. Rosita se fue para El Salvador y Helena para Costa Rica.

La Fraternidad era una organización de carácter amplio, donde participaban mujeres de distintas clases sociales, sin distinción política ni religiosa. No teníamos una visión puramente feminista en aquel tiempo. Veíamos la lucha de las mujeres dentro de una lucha general del pueblo.

Lo que yo creo que no nos dejó tiempo de decidarnos a una lucha específica de los derechos de la mujer fue la situación que vivíamos bajo las dictaduras militares, bajo esa represión constante. Sí teníamos bien claro nuestro programa de trabajo por lo que íbamos a luchar: por el derecho de la mujer al trabajo, por el derecho de la mujer a igual trabajo, igual salario, el derecho a la salud, a la educación, todo eso, y sobre esa base, esos principios los aplicábamos en el caso de la mujer obrera en los sindicatos. Participábamos en los congresos de la Federación Unitaria Sindical Salvadoreña (FUSS), defendiendo los derechos de la mujer.

En la Fraternidad teníamos un periódico que se llama *Fraternidad* y en ese periódico planteábamos los derechos específicos de las mujeres, pero nunca salimos a la calle a luchar por eso. Sí salíamos en mítines a protestar por la represión, por los presos po-

líticos, y ahí nos acompañaban las compañeras, y los familiares de los detenidos. Nosotros sí teníamos claro los derechos de la mujer, pero nos ocupaba más tiempo lo político. Por ejemplo, no recuerdo que hayamos hecho una exigencia al Ministerio de Trabajo reclamando por cuestiones así específicas. Hablábamos de esos temas, pero muy en general. El periódico lo vendíamos y de ahí sacábamos para nuestras actividades y para pagar el local que tuvimos.

En la práctica, estábamos dentro de la lucha general del pueblo, porque eran coyunturas donde el movimiento popular estaba como en ascenso.

Dentro de la situación en que vivíamos, en aquel tiempo, celebrar el 8 de marzo era una actividad casi clandestina porque estaba considerada como una actividad de las mujeres comunistas. Todo eso se ha desfigurado, de eso casi no se habla ahora, de que tiene un origen bien proletario y bien solidario con las mujeres obreras. Era como el 1o. de mayo, que lo celebrábamos desafiando a la policía, nos capturaban algunos compañeros, pero lo hacíamos. Nosotros teníamos conciencia por qué se celebra el 8 de marzo, en honor a las mujeres obreras que murieron, en Nueva York creo que fue, que le dieron fuego a la fábrica donde ellas trabajaban y estaban luchando por las ocho horas de trabajo. Ahí murieron quemadas. Entonces en un congreso que hubo en Copenhague, Clara Zetkin, que era una dirigente comunista, polaca pero naturalizada alemana, propuso que se celebrara el 8 de marzo en homenaje a las mujeres obreras. Eran las mujeres comunistas las que celebraban a nivel mundial esa fecha.

Yo tuve la oportunidad de estar en una celebración del 8 de marzo en la Unión Soviética, muy solemne, un día en que todas las mujeres se hacían regalos. Fui a un acto en un teatro, creo que en el Teatro Bolshoi. Estaba la dirección de la organización de las mu-

jes soviéticas. Al empezar el acto, llegaron a saludar a las mujeres los pioneros, un grupo de niños que llevaban flores para regalar a las mujeres que estábamos ahí. ¡A mí eso me emocionó tanto! Aquí, en estos países, con las dictaduras militares, eso era un delito.

Entonces con la Fraternidad comenzamos a celebrar el 8 de marzo, a veces en la clandestinidad, pero un año lo logramos hacer en la Universidad. Nos prestaron, creo que fue el auditorio de Derecho, y ahí hicimos un acto con motivo del 8 de marzo con participación del ballet de danza folklórica de la Universidad.

Nos arriesgábamos a eso. Hicimos otras cosas también abiertas. Aprovechando esa fecha y ese espacio político que teníamos cuando Fabio, nosotros alquilamos un local.

En todas las actividades que hacíamos afiliábamos compañeras, o sea que en los libros éramos bastantes. Llevábamos el libro de inscripción y ahí les anotábamos su nombre, su dirección y una pequeña cuota que nos daban para el sostenimiento de la organización y para pagar el alquiler del local.

El primer local que alquilamos era ahí por el Palo Verde, así le decían a ese lugar. Eso era en el centro de San Salvador, enfrente de ese local estaba la Sociedad de Empleados de Comercio y estábamos algo cerca de la Policía, como a unas diez cuadras.

Alquilamos ese local y lo pusimos bien bonito. Con ayuda de los compañeros y compañeras mandamos a hacer unas bancas, las pintamos de verde, con su escritorio; otra compañera dio un mueblecito para una biblioteca. Y teníamos cuadros; había un cuadro, por ejemplo, que Camilo Minero nos había regalado, ese era el símbolo de la organización. Adornamos bien bonito el local. Teníamos nuestra bandera que era blanco y verde, que decía FMS.

Así comenzamos a trabajar ahí, a hacer reuniones. En ese local invitábamos a personas; a mujeres intelectuales que nos dieran

charlas sobre distintos temas; médicos que llegaban a darnos charlas sobre salud; sobre relaciones humanas. Ese tema de relaciones humanas lo desarrollamos sobre todo en el trabajo que estábamos haciendo con las vendedoras ambulantes. Se nos llenaba el local y llegamos a tener como afiliadas quizás como quinientas. La ventaja que tuvimos fue que nos incorporamos compañeras que habíamos estado muy vinculadas en el movimiento sindical, porque nuestra base social de la Fraternidad era precisamente ese: obreras y señoras de los mercados.

Se acercaban también algunas amigas de clase media, pero, por ejemplo, en la Alianza Infantil de la Amistad, la mayoría eran hijas de compañeros obreros, de compañeras de los mercados. En esa alianza participó también Roberto Castellanos, el hijo de Rosita. Ahí en esa organización de niñas nosotros formamos un grupo de teatro que se llamaba Grupo Maíz. Este grupo de teatro lo tenía un compañero que era simpatizante del Partido, de apellido Ortega, y después lo sustituyó Danilo Castro, y al grupo lo andábamos llevando a presentarse en la toma de posesión de las directivas de los sindicatos.

Quisimos organizar un coro de niños también, pero no pudimos. Rosita le habló a una amiga de ella que tocaba piano para ver si preparaba a un grupo de niños. Yo recuerdo que cuando ella llegó los puso a probarles la voz. Hay una parte difícil que tiene el himno de nosotros, que dice “y con fe inquebrantable el *camino*”. Con esa parte del “camino”, ella probaba si los niños tenían voz o no tenían voz. Yo me acuerdo que hizo la filita de niños y los ponía a cantar y luego iba diciéndoles: “con voz”, “sin voz”, y así los sacaba. Total, que el coro de niños no lo pudimos hacer, pero tuvimos el intento.

La verdad es que hacíamos un trabajo muy bonito con los niños. Ellos siempre desfilaban en las manifestaciones que hacíamos

del 1º de mayo; iban adelante con sus carteles, que decían “Los niños no son para la guerra”, “Nuestros niños nacieron para ser felices”. Y cuando participaban en las manifestaciones había unas compañeras que se encargaban de ellos para la disciplina y todo eso. Entre ellas estaba Inés de Navarro, y otras. Una de ellas les decía : “Cuidadito al pasar frente al Telégrafo”, porque ahí siempre había guardias, “Cuidadito van a decir ¡abajo los gorilas!”. Pero a veces no nos hacían caso y nosotros nos preocupábamos. Al grado de que la policía decía que esos niños nosotros los poníamos como defensa, diciendo que no nos importaba que mataran a los niños, eso decían siempre con el propósito de hacer daño y desprestigiar a las organizaciones sindicales.

En aquel tiempo quién nos iba a decir a nosotras que de ahí iban a salir varios niños que fueron guerrilleros de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL). De esa Alianza Infantil de la Amistad salieron como cuatro compañeros que después fueron guerrilleros.

Yo estaba en la Fraternidad como funcionaria del Partido. A mí y a mi compañero, el Partido nos daba lo mínimo para pagar el lugar donde vivíamos y para medio ir pasándola. Al resto de compañeras no, porque tenían su medio de vida. La única funcionaria era yo, que estaba tiempo completo. Las otras compañeras eran amas de casa, profesionales, que tenían su salario, por ejemplo, Rosita. Estaban las compañeras que sí trabajaban, pero su trabajo era más intelectual, de proyección, de elaboración de documentos, de pasar a máquina algunos trabajos. Las que andaban conmigo en el trabajo más práctico eran compañeras que dedicaban sus horas de descanso para el quehacer de la Fraternidad. Había muchas amas de casa que sí que nos ayudaban, nos ayudaban bastante.

La verdad es que no éramos muy comprendidas por los compañeros del Partido, no teníamos mucho apoyo. Salvador sí nos daba

el apoyo, quizá porque él comenzó en el movimiento sindical en un trabajo donde había tantas mujeres. En el gremio de panaderos son muchísimas mujeres las que trabajan y él conocía de cerca la situación difícil de la mujer y la entendía mejor, pero el resto de compañeros no mucho. No quiero decir con esto que estaba en contra de la organización, no, pero no teníamos mucho apoyo. Incluso hubo algunos compañeros de esa época que decían que nosotros andábamos haciendo un trabajo como de beneficencia, como el que hacían las mujeres burguesas, de caridad.

A nosotros nunca nadie nos daba un cinco, todo lo que hacíamos era a puro esfuerzo. Nosotras íbamos y les celebrábamos el Día del Niño a los niños en los tugurios. Entonces íbamos a pedir a los mercados, a las panaderías, y nos daban galletas, nos daban de todo, para hacer horchata y darles con galletas a los niños. Así nos manteníamos, a puro pedido.

Había una compañera que era la presidenta de la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas, Merceditas López, ella era una ama de casa, su hijo era un ingeniero. Ella fue la única de capas medias que se entregó de lleno al trabajo de la organización. Éramos ella, Clarita y yo, y otras compañeras, las que andábamos en ese oficio de andar pidiendo.

La nuera de Merceditas hasta nos hacía bromas, “¡Ay, estas señoras pedigüeñas, ya miedo les han de tener donde las ven!”, porque todo lo que hacíamos era a puro pedido. Le celebrábamos la navidad a los niños pobres, por ejemplo. Rosita tenía un amigo que era de origen francés, creo, se llamaba Pierre, algo así. Él nos conseguía las muestras de los juguetes, muestras que llevaba para los juguetes navideños y nos regalaba. Andábamos de almacén en almacén pidiendo juguetes, y nos daban. Teníamos nuestro papel membretado, con sello y todo, y así nos acreditábamos de

que éramos de una organización. Así podíamos regalarles algo a los niños.

Íbamos a los mesones, conseguíamos que cada compañera nos diera una libra de frijoles, una libra de arroz, macarrones, jabón, de todo, y arreglábamos una canasta, con un plástico. Íbamos a un mesón grande y rifábamos la canasta entre la gente que vivía ahí. Y así nos fuimos haciendo de mucha gente que nos fue conociendo y nos tenía simpatía.

También en esa forma fuimos conociendo la realidad en que vivía la gente. Por ejemplo, llegábamos a un mesón rifando esas canastas. Un mesón que estaba ahí por la 29 de agosto. Todos los cuartos de ese mesón eran en fila. La mayor parte eran mujeres que vivían ahí solas con sus hijos y en las puertas del cuarto habían hecho verjas altas para que los niños no se pudieran salir. La impresión que daba es que eso era como una cárcel. La mayor parte de ellas eran vendedoras ambulantes, entonces se tenían que ir a vender sus productos a la calle y los niños se quedaban ahí solos. Ellas les dejaban la comida hecha a los niños y una vecina se encargaba de dárselas por ahí. Eran mesones grandes, hasta de 15 cuartos, 12 cuartos, había otros más grandes, que eran como un pueblo.

De ahí sacamos varias compañeras obreras. Yo recuerdo que una se llamaba Lucila, que trabajaba en la fábrica La Estrella. Ella nos acompañó en algunas actividades. Muchas de ellas incluso hasta después que nos salimos del Partido llegaron a colaborar con nosotros. Algunas de ellas se incorporaron a la organización, ya mayores.

Como en nuestro programa de trabajo teníamos “Defender los derechos de la mujer trabajadora”, el derecho al trabajo, el derecho al mejor salario, entonces participábamos en los congresos

sindicales de la FUSS. No nos parecía a nosotros lo del trabajo nocturno. Y teníamos bien claro que a la mujer se le pagaba menor salario por igual trabajo que el hombre. Eso yo lo viví en la fábrica. Ahí trabajábamos hombres y mujeres y, por ejemplo, nosotros ganábamos 6.20 y los hombres ganaban 7.20 a la semana. Y así era en todos los centros de trabajo, en las fábricas textiles, en lo que fuera. Nosotros a través de los sindicatos teníamos esa orientación de que el sindicato luchara por hacer efectivo ese derecho.

Antes, en la directiva de los sindicatos había una Secretaría de Asistencia Social. Esa Secretaría se encargaba de velar por la situación de los compañeros, si había un problema de enfermedad, ir a verlo al hospital, o si se moría una compañera, hacer contribución para ayudarle a la familia.

En ese tiempo en las fábricas había tres turnos: de 6 de la mañana a 2 de la tarde; de 2 a 10 de la noche, y de 10 a 6 de la mañana. En esos turnos de la noche trabajaban muchas mujeres. Preferían trabajar en la noche porque así tenían lugar en el día de estar en su casa haciendo los quehaceres y cuidar a los niños. Nosotros pensábamos que eso no podía ser. Eso afectaba la salud de las mujeres, porque no descansaban. Si trabajaban de noche y tenían que estar pendientes del trabajo del día, solo dormían como dos o tres horas. Nosotros decíamos que debíamos luchar porque se quitara ese trabajo nocturno y lo llegamos a proponer en una de las ponencias que hacíamos al congreso sindical. Pero las compañeras se opusieron. Dijeron que ese era el turno que a ellas más les convenía. En lo demás sí estaban de acuerdo, pero en eso no. Nosotros sabíamos que era justo lo que estábamos planteando, porque es agotador un trabajo así para la mujer. Era complicado.

También propusimos que se incorporara una Secretaría de la Mujer en los sindicatos. Eso sí estaba en proyecto, pero tampoco

se logró en aquel tiempo. En la Fraternidad participábamos, por ejemplo, obreras panificadoras sindicalizadas, costureras. Angélica Trigueros era secretaria general del Sindicato de Costureras, un trabajo también demasiado agotador y muy explotadas las mujeres. Ahí les pagan una miseria por hacer 10 o 15 docenas de cueillos. Daban el trabajo a domicilio también, para que trabajaran en la casa. También en las fábricas de las camiserías les pagaban salarios miserables y tenían que hacer un trabajo demasiado intenso. Ahí teníamos varias compañeras que eran activistas. Yo recuerdo a Angélica, ella salió conmigo en el exilio y estuvo conmigo en la embajada de Argentina. Yo iba a viajar con ella para la Argentina.

Cuando la represión del 52 a ella la buscaban también, y como no la encontraron, se llevaron a la mamá: doña Clotilde. Ya después Angélica era una activista de su sindicato, y también colaboraba con la Fraternidad de Mujeres.

Había otra compañera que se llamaba Angélica Méndez. Estaba Fidelina Raimundo como panificadora, y Ercilia Iraeta, panificadora también.

Además tuvimos mucha participación de mujeres muy distinguidas. Por ejemplo, cuando celebrábamos el 8 de marzo, logramos llevar a Matilde Elena López, una escritora famosa. Incluso ella nos representó en un congreso en Europa. En recitales que organizábamos participó Margarita Brannon Vega, Claudia Lars, otra famosa poetisa de aquí; también Mercedes Durán, otra poetisa. La colaboración de ellas era a esos niveles nada más; así como afiliadas, como activistas de la Fraternidad, pues no.

Logramos acercar profesionales de la Universidad. Para atraer a las mujeres, las invitábamos, por ejemplo, a una charla sobre problemas de salud. Llegaba un médico de la Universidad y daba su charla. Dimos una charla sobre desnutrición y el médico llevó

hasta diapositivas y nos explicó los distintos grados de desnutrición en los niños.

A ellas les gustaba ir a oír esas charlas. Las vendedoras ambulantes tienen fama de ser como muy malcriadas. Saber en qué condiciones llegan las pobres al mercado, entonces muchos clientes se quejan de que los tratan mal si no les compran las cosas. Nosotros queríamos como educarlas a ellas en eso, porque esa actitud no les ayudaba en sus ventas, incluso ellas se quejaban a veces de que no vendían. Entonces a ellas les gustaban las charlas sobre relaciones humanas. Llegaban algunos profesionales de la Universidad y les decían: “Tal vez ustedes están enfermas del hígado o no han dormido bien y llegan malhumoradas a su negocio y eso a veces se lo desquitan con el cliente”.

Una de las formas de recaudar fondos era que alguna gente de la Universidad nos daba una cuota mensual. Los llamábamos “socios honorarios”. Nos daban una cuota, pequeña, pero entre varios. Y teníamos una compañera especial que esa era su colaboración: cobrar las cuotas que nos daban.

Invitábamos a cualquier compañero que nos diera una charla sobre cualquier tema, político, social; eran cenas-charlas pagadas. Los que colaboraban con nosotros era gente progresista, más o menos, o de izquierda. En esas cenas-charlas que organizábamos, invitábamos a las compañeras para que oyeran lo que había sucedido en el 32. Llegaba Miguel Mármol a contar lo que le había pasado a él como sobreviviente del 32. También hacíamos rifas, excursiones, atoladas, así nos sosteníamos.

Otra cosa que teníamos en la Fraternidad era una academia de corte y confección. La profesora era una colaboradora del Partido, la que daba las clases. Teníamos como seis máquinas de coser que nos habían donado. Teníamos también como tres o cuatro máqui-

nas de escribir y Leti era la que daba las clases de mecanografía. El local lo teníamos sobre la calle Lara, frente al Mercado Miriam, casi. Ahí dábamos esas clases.

Bailes si acaso hicimos alguna vez, pero lo más que hacíamos era excursiones, rifas, cenas-charlas, esas clases de corte y confección, y las compañeras daban una cuota voluntaria.

Además, íbamos a los tugurios a dar alfabetización. Una vez fuimos a un tugurio que estaba aquí por San Esteban, grande ese lugar. Llegamos y les dijimos a las compañeras la idea que teníamos: que queríamos enseñarles a leer y a escribir para las que no supieran. Entonces nos dijeron que hace bien eso: “Porque aquí hay varias que no sabemos leer ni escribir”. “¿Y adónde podríamos nosotros enseñar?”, les preguntamos. Entonces nos dicen: “Vea, fíjese que esa champita que está ahí la alquilan”. Nosotros nos extrañamos de eso, “¿por qué la alquilarán?”. “¿Y quién la alquila?”, “El señor que era dueño de la champita, porque él hizo otra por otro lado y alquila esta”. Pero no utilizamos la champita esa, sino que les preguntamos quiénes de ellas estaban interesadas. No eran muchas, pero sí estuvo yendo una compañera a enseñarles. Ese trabajo no fue tan permanente porque nos absorbía mucho la situación política. Hicimos intentos y lo pusimos en práctica, pero no por tiempos largos.

De ahí fuimos reclutando algunas compañeras. Recuerdo a cuatro compañeras vendedoras ambulantes que andaban con nosotros repartiendo propaganda. No eran militantes así, incorporadas al Partido, pero era como si lo fueran, ya eso era un riesgo. A dos de ellas una vez las llevaron presas repartiendo volantes en la Feria Internacional pidiendo la libertad de los presos. Una de ellas se llama Matilde, la otra creo que se llamaba Rosita. Una de ellas era analfabeta, no sabía leer, pero era muy inteligente y muy

viva, era una mujer muy lista. Nos contaba ella, y nos daba mucha risa a nosotros, porque les encontraron propaganda y las llevaron presas a las dos. Entonces cuando ya la sacan a declarar les dice la policía: “¿Quiénes les dieron esta propaganda a ustedes?” y dice Matilde: “Yo no sé, fíjese, como yo ando vendiendo siempre con mi canastillo en la cabeza, yo no sé quién me lo puso ahí, yo no sé. Yo no sé leer, y no sé qué dice eso”. Entonces ya las sacaron. Y así como ellas, varias, que no estaban formalmente en el Partido, pero se dieron de lleno.

En todas las huelgas la Fraternidad de Mujeres se instalaba ahí con la cocina, salíamos los sábados con los compañeros a pedir a los mercados y llegábamos con bastante comida. Ellas también nos acompañaban a las fábricas, a repartir volantes para que los trabajadores de las fábricas tuvieran conocimiento de que determinados compañeros estaban en huelga y necesitaban ayuda.

En las huelgas, la Fraternidad jugó un papel bien importante, porque en las huelgas es fundamental la comida. Nosotros a veces hasta para que llevaran a su casa les dábamos un poquito a los compañeros. Eso ayuda: tener algo qué comer. Y así siempre andábamos en las huelgas. Nombrábamos una comisión mixta, donde había mujeres de la Fraternidad y compañeros huelguistas.

La huelga de Acero S. A. duró varios días. No era por aumento de salarios, sino por el reintegro de los compañeros que habían sido despedidos, o sea que estábamos ahí defendiendo el derecho al trabajo. Los capitalistas a veces calculan que pueden producir con menos trabajadores, entonces despiden 25. A ellos no les importa que esos 25 queden con hambre. Y los compañeros que quedan tienen que asumir las tareas de los que echaron. Ahora no puedo precisar la cantidad de trabajadores que habían sido despedidos, pero no era uno ni dos.

Ese sindicato no era dirigido por la tendencia de izquierda, por nosotros, pues. Había distintas federaciones. El movimiento sindical de nosotros era la FUSS. Nosotros estábamos ahí por solidaridad, les gustara o no les gustara a los dirigentes del sindicato de ellos. Ellos presionaban para que nos rechazaran a nosotros, pero las bases nos aceptaban. Ahí nos instalamos desde el primer momento, nos hicieron una champa. Los compañeros hacían corridos y ellas ahí, velando en la fábrica durante la noche. Hasta poetisa nos salió una compañera que se llamaba Elieth Díaz, ella compuso una canción. Se fue para Estados Unidos y ya no la volvimos a ver después. Se cuidaba la fábrica, que estaba en Zacatecoluca, para evitar cualquier provocación por parte de los patronos, que fueran a quemar la fábrica o algo y echarles la culpa a los trabajadores. Eso fue en abril de 1967.

En vista de la intransigencia de la patronal se promovió una huelga general. Los ferrocarrileros y los muelлерos de Acajutla fueron los primeros en unirse; de ahí se fueron sumando todos los otros. Se formó un comité de huelga en el que *Marcial* estaba. Cuando los de la patronal vieron que el país estaba paralizado, cedieron a negociar.

Yo creo que lo más importante por lo que se dio a conocer la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas fue por el trabajo que hicimos de vinculación con el pueblo, con la gente, con la presencia ahí. A veces la misma policía nos hacía publicidad. En la huelga general de Acero S.A., ahí estaba Fraternidad con la cocina para darle de comer a la gente; cuando la huelga del Magisterio Nacional, cuando se tomó la Biblioteca Nacional, Fraternidad de Mujeres se instaló ahí en la biblioteca con la cocina. Ahí también estuvieron *Marcial*, José Dimas Alas, Saúl Santiago Contreras, desde el principio hasta el final.

Además, yo siento que hicimos conciencia en la gente, porque nosotros les hablábamos de por qué esa miseria. En ese tiempo había mucha movilización, los trabajadores de los sindicatos, de las organizaciones obreras, las señoras de los mercados que siempre han andado peleando con la policía en la calle. Pero no había una organización propia de las mujeres de los mercados. Siempre ha habido que tienen su presidenta, su vicepresidenta, para hacer fiestas en los mercados, eso sí, por ejemplo, para rezar la novena y celebraciones del Corazón de Jesús. Pero reivindicaciones políticas de ellas, no.

Con las vendedoras ambulantes hicimos un gran trabajo. Yo hoy veo lo que está pasando con las vendedoras ambulantes y viene a mi mente el pasado. Allí aprendimos a conocer realmente qué dura la vida de esa gente. Siempre es un problema estructural de desocupación, pero antes era diferente, no había la corrupción que hay hoy.

En aquel tiempo a las vendedoras ambulantes las maltrataban. Les botaban las ventas, las metían a patadas en las ambulancias y las iban a tirar al Río Goascorán, en la frontera con Honduras, para que de allá se vinieran de regreso caminando.

Entre nosotros, queriéndolas ayudar, teníamos la idea de formar una cooperativa. Eso a ellas les interesó bastante, porque esas mujeres eran víctimas de los agiotistas. Muchas vendedoras se afiliaron a la Fraternidad. Para afiliarlas les teníamos que preguntar, por ejemplo, por sus condiciones de vida. Por ejemplo, les preguntábamos “¿Dónde vive?”. “Es que yo no tengo dónde vivir, yo pago por dormir en las noches”. Por el centro de San Salvador había muchos hospedajes, cuarterías, donde pagaban por dormir. Por dormir en una camita de esas era un precio, por dormir en el suelo, era otro precio. Si utilizaban el baño o usaban los servicios,

era otro precio. Así vivían un montón de ellas, que no tenían un cuarto dónde vivir. Llegaban al mercado sin cinco; las mayoristas como ya las conocían, les daban un medio ciento de guineos, un medio ciento de naranjas o algo, y entonces los iban a vender, le pagaban a la mayorista y así pasaban el día. A veces solo les quedaba para pagar el cuarto donde iban a pasar la noche. La comida la sacaban de la venta del día. Pero también a muchas de ellas no les daban fiada la mercadería, entonces tenían que pedir préstamos a interés. Por ejemplo, si les prestaban 1 colón, tenían que pagar 1.20 en la tarde, y a veces no les quedaba ni para pagar donde dormían.

Muchas mujeres abortaban de los golpes que les daba la policía. Frente a eso nos aconsejaron que hiciéramos un recurso de amparo, presentado a la Corte para evitar la persecución de las vendedoras ambulantes. La idea era que el documento fuera firmado por el mayor número de ellas, y llegó cantidad de mujeres de los mercados y vendedoras ambulantes a firmar a Fraternidad el recurso, muchas de ellas no sabían escribir.

Luego hicimos una manifestación con ellas para ir a la Corte a presentar ese recurso. Era como una cuadra o un poquito más de mujeres. Yo creo que debe haber fotos de eso.

La trayectoria de las mujeres de los mercados en El Salvador ha sido excelente, eran muy solidarias. Había una huelga de estudiantes y ellas desafiaban a la policía llevándoles comida y hasta apoyándolos a veces con garrotes.

Antes la Universidad estaba frente a la Catedral, era un edificio alto, de tres pisos. Cuando los estudiantes estaban en huelga, no podían salir porque estaban rodeados por la policía. Entonces ellos tiraban un lazo desde arriba y las señoras, desafiando esos peligros, amarraban los canastos con cosas para que comieran.

Si íbamos a pedir para las huelgas, todo el mundo nos daba. Nos daban con gusto. Pero no por conciencia política, porque sí les ha gustado participar en los partidos electoreros.

Cuando andábamos en la campaña de Fabio, nosotros organizábamos en el mercado su recibimiento. Lo recibía la directiva del mercado. Ahí tenían su micrófono. Fabio Castillo era un médico, un intelectual progresista que era muy respetado por los estudiantes universitarios porque había sido rector de la Universidad de El Salvador y uno de los impulsores de la reforma universitaria.

Cuando se estaba construyendo esa Universidad, cuando el doctor Fabio Castillo era rector, se organizó el trabajo voluntario, los domingos, para limpiar el terreno donde se iban a construir unas aulas. Creo que fueron las de Humanidades. Ahí se reunieron como 100 personas, la mayoría obreros, estudiantes, y nosotras, las mujeres de Fraternidad que formamos una brigada. Como ya había muerto Fidelina Raimundo le pusimos “Brigada Fidelina Raimundo”.

Nosotras andábamos quemando chamizas. Había chiriviscos, hojarasca seca, todo eso. Ahí se había acordado que se les iba a dar la comida a los trabajadores voluntarios de parte de los estudiantes. Cada facultad, los primeros domingos, le tocaba su turno. Y nosotros también: había su domingo que a la Fraternidad le tocaba darle su almuerzo a los 100 compañeros. Los estudiantes lo que hacían era encargársela a algún comedor y la llevaban en su cajita. Pero cuando nos tocaba a nosotros el almuerzo, había comida muy abundante, porque íbamos a pedir a los mercados y ahí nos daban de todo. La presidenta de Fraternidad era una compañera que sabía cocinar muy bien y muy económica. Nosotros hacíamos muy buena comida y abundante. Entonces decían los compañeros en broma: “Hoy da almuerzo la Fraternidad, hay que llevar bicarbo-

nato porque nos dan mucha comida”. Nos hicimos muy conocidas en ese trabajo.

Nos dimos a conocer y luego siempre que les pedíamos una colaboración, siempre la teníamos. Invitábamos a algún profesor que diera una charla o alguien que nos asesorara en lo jurídico, siempre teníamos. Nos habíamos hecho socios honorarios entre los profesionales de la Universidad que colaboraban con dinero mensual. Había una compañera que les iba a cobrar. Con eso nos dábamos a conocer. Y claro que participábamos en las actividades de los estudiantes, en sus luchas por la reforma universitaria, dentro de todo el conglomerado de gente que colaboraba.

El Partido estaba por la lucha abierta, sin salirse de la legalidad, sin salirse de lo que el Estado y el gobierno permitieran. Pero las leyes estaban hechas para defender los intereses del sistema, de los patronos, entonces hacer una huelga legal era imposible. La ley decía que había que aprobar la huelga en asamblea por la mitad más uno de los miembros. Además, esa acta tenía que ir al Ministerio de Trabajo, pero, además de eso, daban 30 días para comprobar que esa huelga era legal. En esos 30 días el patrono tenía tiempo para despedir a los obreros. Total, que, si nos hubiéramos atendido a la legalidad, nunca hubiéramos hecho una huelga. Todas las huelgas que hubo en El Salvador, en su inmensa mayoría, fueron de hecho. Y en algunos casos tuvimos éxito.

Si nos hubiéramos ceñido a la legalidad nunca hubiéramos podido lograr ninguna conquista para los trabajadores. Esa era una contradicción en la estrategia política del Partido. Especialmente mi compañero era el que decía que había que utilizar todas las formas de lucha. Hablábamos de lucha abierta, capeando la legalidad. Él planteaba la necesidad de aplicar todas las formas de lucha, las legales y también las ilegales. Pero el Partido tenía mu-

cho miedo porque pensaban que las conquistas legales se podían perder y había miedo a la represión. La línea del Partido era esa y todos la conocíamos, para eso leíamos documentos y estábamos trabajando dentro de esa línea.

Pero en la práctica nuestra veíamos que era bien difícil poder hacer que una huelga por la vía legal triunfara. Hacer una huelga de por sí llevaba riesgos. Se corría el riesgo de que, si la huelga era declarada ilegal, era reprimida. La primera forma de reprimir la huelga era capturando a los dirigentes sindicales, acusándolos de haber instigado a realizar un movimiento ilegal. Por ejemplo, cuando la huelga de Acero S.A., dijeron que la huelga había sido declarada ilegal, entonces tuvimos que ponernos a hacer valla entre todos. Los jeeps de la policía pasaban presionando, pero no se atrevieron a entrar al ver la firmeza de los trabajadores.

Había que pensarlo bien, porque siempre se procuraba tener éxito. Si se va a una huelga y no se gana nada, los trabajadores en vez de elevar su conciencia de clase, más bien se desinflan. Siempre había el riesgo de que la policía capturara a los dirigentes y a los compañeros les convenía más mantener ese estado de pasividad.

Lo corriente en los sindicatos era actuar cuando había despidos injustificados. El sindicato comprobaba que el compañero había sido despedido injustamente y hacía una demanda para lograr la indemnización. Esas eran las tareas de siempre.

Ya la situación se ponía tensa cuando había que pedir aumentos de salarios, porque ya no alcanzaban para nada. Entonces el Partido planteaba que había que ir y apoyar la huelga, pero dentro del marco legal. Pero en los organismos superiores de dirección se daba una lucha interna. Yo me daba cuenta porque veía algunos documentos. En las bases no se conocía eso. Todo esto no lo discu-

tíamos ni yo ni los otros compañeros de la célula. Acatábamos la línea del Partido y así nos mantuvimos bastante tiempo. Cuando sucedió la ruptura, a los organismos de base les cayó como una sorpresa, porque la gente ignoraba hasta dónde habían llegado las diferencias a nivel de los organismos de dirección.

Cuando la huelga de panificadores el Partido no estuvo de acuerdo en que *Marcial* estuviera ahí haciendo huelga de hambre. La huelga era por aumentos de salario y mejores condiciones de trabajo. Se hizo contra la voluntad del Partido, en octubre del 67. Muchas huelgas se hicieron así, contrariando las decisiones de la dirección. Salvador hubiera llegado ahí hasta las últimas consecuencias, pero presionaron mucho y se tuvo que levantar la huelga de hambre. Eran como seis o siete compañeros que estaban ahí. Y así en otras.

La huelga de la IUSA, la huelga de INSINCA, la huelga de Acero S. A., todas esas se hicieron desafiando la línea del Partido. La de Acero S. A. fue en el 67; la del magisterio fue en el 68. En la huelga de hambre de los panificadores, como yo estaba con la Fraternidad, ahí estaba de planta con la huelga y las compañeras ahí todas colaborando. Leti se puso de planta transcribiendo lo que *Marcial* le decía para la prensa. Y otras compañeras que nos ayudaron mucho en solidaridad, llegando a apoyar, a repartir volantes, a acompañar a las compañeras que andaban de panadería en panadería incorporando a otras para que se sumaran y apoyaran la huelga.

En la huelga de panaderos ellos habían planteado el contrato colectivo de trabajo en el que se incluían aumentos de salario, y todo lo que contempla un contrato colectivo, la garantía del trabajo se firmaba por dos años durante los que no podía haber despidos. Con ese contrato se garantizaba la estabilidad y la seguridad en el trabajo. También las consultas médicas. Eran varias cosas que beneficiaban a los trabajadores.

Cuando estaba la huelga de hambre en el predio universitario, había como seis compañeros en la huelga, y otros no dejaban acercarse a la policía. Además, estaban ahí varios compañeros con sus botecitos pidiendo plata a todo el mundo que pasaba, parando los carros, pidiéndoles para la huelga. Una noche se acerca un carro y lo paran. Era Alberto Medrano, y les dice a los compañeros: “Vení, te voy a dar una ayuda”. Le echó cien pesos. En aquel tiempo cien pesos eran plata. “Me le vas a decir a Carpio que no sea tonto, que deje la huelga y no se esté muriendo de hambre ahí. Deciles que digo yo, que dice el Mayor Medrano”.

Amanecíamos con la policía al frente dos o tres días, de repente ya no los veíamos. Luego nos seguían en la calle. Algunos policías se mostraban amigos, como gente que no hacía daño, andaban ahí porque los mandaban, les sabíamos los apodos a todos. Pasaban patrullando, infundiendo temor.



Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas.

Ese hostigamiento claro que daba miedo, pero había que seguir adelante. A mí me decía Salvador: “Mirá, a vos sí que la policía te identifica fácilmente. Siempre andás con tu bolsa”. Yo andaba con mi bolsa, era mexicana, plástica, tressadita, bien bonita, y ahí me cabía todo. “Es una muchacha (cuando era joven), usa una diadema y anda con una bolsa; ya deberías de ir cambiando”, me decía.

El trabajo con la Fraternidad de Mujeres duró hasta que Leti y yo nos salimos del Partido. Ahí terminó la Fraternidad de Mujeres.

CLANDESTINIDAD

Por la compartimentación que había en el Partido, la lucha ideológica más profunda, más seria, se daba a nivel de los organismos de dirección. Yo conocía que la estrategia del Partido para la toma del poder era la acumulación de fuerzas por la vía pacífica. Eso significaba organizar al pueblo hasta crear las condiciones para hacer una huelga general. En ese momento no se veía la posibilidad por la vía armada. Tiempo después han reconocido que no había una línea clara hacia la toma del poder.

Lo que colmó el vaso fue la guerra con Honduras, porque el Partido tomó posición por el lado de la guerra. Eso provocó que algunas células nos saliéramos. Salió una célula completa. Leti y yo nos salimos porque el Partido nos quería obligar a que anduviéramos pidiendo con las señoras burguesas en las calles para mantener a las tropas que iban a la guerra. Unas ocho personas nos salimos en ese momento. Con nuestra salida se terminó la Fraternidad.

Después de la ruptura, nosotros nos perdimos. Nos perdimos totalmente, a tal grado que tuvimos que dejar el apartamento donde vivíamos y empezamos a alquilar cuartos. En unos vivíamos un mes, dos meses. Cuando más podíamos, eran seis meses. Nos desligamos totalmente hasta de la familia. A veces de pasadita íbamos a ver a la familia, pero ellos no sabían nada. Ya después hubo un momento en que ni eso.

Cuando andábamos en ese peregrinaje, hubo muchas veces que casualmente alguien veía a *Marcial* cerca de donde vivíamos. Una vez me dijo: “Fijate que me encontré con un compañero del Partido y me saludó”. Y ya por eso nos teníamos que ir de ahí. Ese compañero tal vez no tenía mala intención, pero con la mejor intención del mundo podía decir: “Yo vi a fulano por ahí” y eso nadie lo podía saber. Nos cuidábamos nosotros mucho.

Decía mi compañero: “No nos vamos a poner a pelear con el Partido, no le vamos a disputar un nombre. Vamos a probar si realmente somos capaces de poder desarrollar una nueva proyección de trabajo”. Y yo le decía: “¿Y tal compañero no creés que podría participar?”. Y él respondía: “Tal vez después”.

Cuando estábamos en el Partido, tanto él como yo estábamos como funcionarios, pero como no nos alcanzaba con lo que nos daba, yo siempre andaba vendiendo algo. Yo andaba ahí con mis tareas de la Fraternidad y vendía ropa que me daba la suegra de Leti, por ejemplo. Le mandaban ropa interior desde Estados Unidos. Yo llegaba y decía: “Niña Flori, yo quiero vender pan”, y me decía “Sí, lleve. Pero eso va a ser muy incómodo para usted. Mejor hagamos una cosa, tráigame usted los huevos en lugar de que me los traigan de la granja”. Entonces yo iba al mercado, compraba las cajas de huevos, las ponía en un *picap* y se las llevaba. Y así ganaba mis centavitos.

Ya cuando nos salimos del Partido, al principio nos decíamos: “¿Y cómo vamos a hacer para pagar el departamento?”. “De alguna manera”, me decía Salvador.

Había otro compañero del Partido que tenía una tienda. Él traía queso majado de Guatemala y me traía para que yo vendiera. Me llevaba queso de Zacapa y me enseñó cómo cortarlo con cuerda de guitarra. Yo ponía dos onzas, cuatro onzas y hasta una libra envuelta en papel de celofán y, en una bolsa que yo andaba, ahí lo llevaba.

En el Mercado de la Compañía, que quedaba en el centro, estaba Paquita Cuéllar, una obrera panificadora que vendía comida, vendía desayuno y almuerzos. Me dice: “¿Por qué no viene y vende frescos aquí? Yo le doy aquí a un ladito”. “Pero fíjese que yo no tengo en qué hacer frescos”. “¿Pero usted sabe hacer?”. “De frutas sí, lo que no puedo hacer es horchata y cebada”. “Yo le voy a enseñar”. Y comencé con frutas: tamarindo, arrayán, cualquier cosa. Ella me prestó una olla de porcelana, yo conseguí otra ollita y ahí hice frescos. Ella me dijo: “Ya va a ver que le va a ir bien”. Llegué y el primer día hice chan con fresa, lo más fácil. Pero como no tenía experiencia, agarraba el vaso, le ponía un poquito de hielo y luego echaba hasta llenar el vaso. Pero me dice ella “No, así no es la cosa. Es mitad hielo y mitad fresco, sino no ganás nada”. Yo estuve yendo dos o tres meses y estaba feliz.

Luego llega otra obrera panificadora, Sarita. Uno de los hijos de ella vendía bolsas y el otro vendía agua ahí en el mercado, porque lo que ella ganaba en la panadería no le alcanzaba. Ella tenía cuatro niños, ella sola. Entonces llega y me dice: “En lugar de que este niño ande vendiendo bolsas, le voy a decir que le ayude a vender frescos. Compre un azafate así redondo, de esos de aluminio. Ahí le pone los vasos de fresco. Que los vaya a vender por el

mercado y ahí le da usted lo que quiera darle”. Y salió tan bueno para vender que al rato llegaba con el azafate vacío para que le diera más. Después hasta había comprado un bote de vidrio para hacer ensalada. Me gustaba mucho ahí; de verdad que el mercado lo ayuda mucho a uno. Llegaba una señora y decía: “Mire, tome este puchito de ejotes. Se lo voy a dar barato porque es lo último que me queda y ya me quiero ir”. Y otra: “Que tome estos tomates” y así. Total que yo llegaba a la casa con todo lo de la comida y con algo de platita. Pero entonces me dice Salvador: “Fíjate que yo tengo miedo de que vos estés yendo al mercado, porque cualquier ratito te van a llevar de ahí”.

Yo estaba muy contenta con mi venta de frescos, cuando sucedió la muerte de Regalado Dueñas. Lo mató *El Grupo*, que ya había antes de las FPL. Lo secuestraron para pedir rescate, fallaron y murió. Entonces me dice Salvador: “Mirá, ahora sí ya no vas a poder ir al mercado. Nosotros no tenemos nada que ver en eso, pero tenemos que irnos de aquí”. Porque ese apartamento sí era bien conocido por gente del Partido. A partir de ese momento es que yo ya no pude ir al mercado. Todo le quedó a la Paquita, hasta el bote de vidrio que había comprado. Y nunca más la volví a ver.

Así que nos fuimos, ya no volvimos al multifamiliar. Ahí solo quedó la familia. Nos fuimos a estar a la casa de unos compañeros durante unos quince días. Buscamos un cuarto, siempre en Mejiicanos, donde estuvimos viviendo como dos meses. En ese tiempo se pagaba barato y a Salvador alguna contribución le daban los compañeros que estaban en el grupo pero que tenían sus trabajos, por lo menos para pagar el cuarto.

Él comía por un lado, y yo por otro, me iba donde mi sobrina Tere. Fue un tiempo bastante difícil, pero la mayoría de compañeros que nos salimos del Partido trabajábamos en el movimiento

de masas, entonces teníamos contactos. Varios compañeros eran dirigentes de sindicatos. Yo con la Fraternidad conocía a muchas mujeres de los mercados. Y la gente nos extrañó. Llegaban a los locales sindicales y preguntaban por nosotros, y les decían: “Es que se salieron del Partido”. Algunos decían: “Ahí andan. Queriendo dárselas de guerrilleros y no saben ni quebrar un foco”, cosas así. Entonces nos sirvieron de mucho las relaciones que teníamos con la gente, porque muchas de esas personas fueron parte de los grupos de apoyo que tuvo la organización. En momentos delicados mucha de esa gente conocida nos prestaba su casa o nos daba su apoyo. Yo podía irme donde algún familiar, pero a *Marcial* le daban para que se quedara unos días.

Con la experiencia que ya se tenía —capturaban a los compañeros y los mandaban al exilio; se debilitaban los movimientos sindicales porque despedían a los compañeros más activos. Entonces, en lugar de acumular fuerzas, las perdíamos. Los patrones trataban de ganarse a los trabajadores para debilitar los sindicatos. Recurrían a todas las formas: por un lado la represión, y por otro lado esa estrategia de darle a algún compañero un mejor puesto de trabajo. Nosotros veíamos que el pueblo tenía tanto tiempo de estar luchando y solo había recibido represión. Si salíamos a la calle, nos reprimían; por la vía electoral, igual: venía el fraude y de la forma más descarada se imponía el partido oficial. Estábamos bien claros de que había que buscar otras formas de lucha.

Las FPL no fue el primer grupo armado. Ya antes había un grupo que se llamó ARS, Acción Revolucionaria Salvadoreña. Eran compañeros que estaban iniciándose así, pero como que surgieron haciendo cosas para las que no estaban muy preparados y fracasaron. Todavía estábamos nosotros en el Partido. Una vez que yo iba para la casa. Llovía torrentes. Vivíamos en San Jacinto. Yo me

tenía que bajar en la parada que hacía el bus ahí en el parque de la iglesia de San Jacinto y cuando llego ahí voy viendo el Ejército. La Guardia estaba allí, tiraban tiros. Todo estaba oscuro. “¿Qué habrá pasado aquí?, ¿qué habrá pasado aquí?”. Fui caminando muy despacio, pude llegar a donde iba. “¿Qué pasa aquí?”, le dije a una señora que estaba por ahí. “Dicen que aquí se ha subido un hombre allá en el tejado y la policía está disparando, y él dispara también de arriba”.

Llego ya a la casa y Salvador no estaba. Estaba toda tomada la zona. *Marcial* no estaba porque había salido a una reunión. Y yo preocupada. “A saber, si será la casa donde están reunidos los compañeros”. Pero no. Al ratito llegó en el carro. Iba Schafick Hándal también, lo pasaron dejando a él. Y le digo yo: “¿No te has fijado qué feo está aquí?”. “Pues sí, ¿qué será lo que pasa?”. Después supimos: “Que era un guerrillero”, dijeron, que con el último tiro se había matado. Ahí murió, ahí quedó. Parece que era de ese grupo, de ARS.

Después hicieron un asalto a una agencia bancaria en Soyapango. Y fracasó también el intento. Mataron al policía que cuidaba ahí, y ellos se tuvieron que ir. Con tanta inexperiencia quizás, que a muchos jóvenes los agarraron en sus casas. A todos se los llevaron.

Esas eran las acciones del primer grupo, que no duró mucho. Se dijeron muchas cosas, se decía que aquel dirigente que había muerto era de Honduras. No sé. Se dijeron muchas cosas. Después salió *El Grupo*, que mataron a Regalado. Parece, pero no sé, no estoy segura, que de ahí después surge el Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP.

Ya en ese periodo se trató de elaborar una proyección de trabajo con las FPL. Un compañero nos atendía a Leti y a mí, y la tarea que nos daba era de conocer el terreno, la topografía. Saber bien dónde

estábamos. Nos asignaban una zona para estudiarla con detalle, observar entradas y salidas. Con Leti hacíamos chiste de que estábamos contando cuántos pasos tenía una cuadra.

Las F no se construyeron desde el primer momento, fue un proceso. Los compañeros que iniciaron ese trabajo estaban conscientes de que era algo diferente. Por ejemplo, antes todos trabajábamos, vivíamos en las casas, aunque fuera con vigilancia. Vivíamos como jugando *escondelero* con la policía; era natural que alguna vez pusieran policía en la casa, que nos siguieran, incluso metían algunos en las directivas sindicales. Pero a partir del 70 la cosa era diferente. Los primeritos que se empezaron a preparar conscientemente en otras formas de lucha, se preparaban físicamente, aprendían a manejar un arma. *Marcial* nunca había agarrado un arma cuando estaba en el Partido.

Cada quién de los compañeros tenía clara la consigna de la organización: *Revolución o muerte*. Ninguno de los compañeros se iba a dejar capturar.

Al principio no había mujeres. No estábamos preparados para eso. Yo creo que nosotras, tanto Leti como yo, por lo menos, pasamos bastante tiempo en la tarea de la cobertura. Eso era difícil, eso era arriesgar la vida; era la pantalla, para que los compañeros pudieran trabajar. En parte hacíamos las otras tareas de cocinar, mantener la casa, según fueran las reuniones. La pantalla la podíamos hacer porque *Marcial* y yo formábamos una pareja, entonces no levantábamos sospechas en ninguna parte.

Llegamos a vivir a un altillo que alquilábamos. Había que subir unas gradas bastante altas. La señora ahí tenía dos perras bastante grandes. Yo era siempre la primera en llegar a la casa, y ahí me salen los perros. ¡Me dio un miedo! Al día siguiente llega Salvador, y las perras ladrándole y él jugando. Al día siguiente él ha-

cía dos bocados para las perras y les tocaba la escalera, que era de hierro. Se encariñaron tanto las perras que, cuando salía, lo iban a dejar y cuando volvía lo iban a buscar. La familia que alquilaba decía: “Por fin hallé unos vecinos que me quieren a mis perras”. Salvador era el que le *querenciaba* a los animales. “Mire, téngamele esto a Don José”, decía. Cualquier cosa, cualquier comida que hacía, daba algo “para Don José”, y no hallaba qué hacer con él. Nosotros decíamos que la gente que llegaba ahí eran sobrinos, familiares, y ellos nunca sospecharon.

Tanto Leti como yo nunca participamos en acciones armadas. La gente de la organización no se podía reunir en la calle, entonces nosotros hacíamos ese trabajo para que la gente amiga prestara sus casas.

Me acuerdo de la primera caminata que hicimos para entrenarnos físicamente, Leti, Salvador y yo. Fuimos a Panchimalco a pie, desde donde vivíamos. Dice Salvador: “Solo vamos a llevar unos dulcitos”. “¿Y no vamos a llevar nada de comer?”, dice Leti. “No, solo unos dulcitos y agua”.

Hace un tiempo vi a esta niña Chayito en una fotografía. Ella era de Fraternidad. Cuando yo me salí del Partido la fui a visitar, porque ella tenía un puesto de zapatos en el mercado de San Jacinto. Ella tenía una casita por ahí en un pueblito. Yo no le dije en qué andábamos, pero le di a entender que estábamos haciendo otro trabajo. Entonces ella me dice: “Cuando necesite la casa, ya sabe”. Yo llegaba una vez por semana donde ella y me tenía una bolsa llena de cosas: arroz, frijoles, azúcar, macarrones, jabón. Llegaba a la casa y le decía: “Mirá, Salvador, lo que nos dio la niña Chayito”. Y él me decía “¡Vaya! Agarrá lo que vamos a utilizar nosotros y me das el resto para dárselo a otros compañeros”. Porque otros compañeros también estaban necesitando.

Las compañeras de los mercados me tenían confianza, aunque les hubieran dicho que nosotros andábamos por mal camino o algo así, no lo creían. Ellas preguntaban: “¿Por qué ya no la vemos?”, y yo les decía: “Viera que estoy ocupada, tengo otras cosas que hacer”. Pero había una compañera que cuando la encontraba me decía: “Yo siempre estoy pensando en usted”. Ella andaba con un su canastillo con una mercería que se ponía en la cabeza. Matilde, se llamaba; una chiquita así. “Yo siempre ando algo aquí por si la veo”, me decía. Esa vez eran unos *guineítos de seda*.

Ellas estaban conscientes de que teníamos un gobierno represor que oprimía al pueblo, estaban conscientes de las injusticias que cometía el gobierno. En la Fraternidad les explicábamos el origen de la pobreza, el porqué; y eso nos ayudó en el acercamiento a la gente. Cuando llegábamos a apoyar una actividad, ahí se oía hablar de injusticias, de lucha reivindicativa, y como ellas estaban viviendo la misma situación, no costaba mucho que entendieran.

Cuando ya eran las F ellas no se animaban a preguntar; como que suponían algo, pero no se animaban a pedir explicación. Actuaban con base en la confianza, daban apoyo para algo que no sabían qué era, pero lo sentían. Sabían que no me iban a dar algo para beneficiarme yo.

Después daban hasta su casa. Muchas compañeras de la Fraternidad colaboraron inmensamente prestando sus casas. No participaban directamente en la guerra, pero sí prestaban sus casas para reuniones. Llegaron hasta a ofrecer en caso de que hubiera algún herido. Eso fue en los primeros meses, que fueron los más duros, cuando de verdad no teníamos nada. La cosa empezó a mejorar cuando hubo capacidad para alguna *recuperación*.

En el surgimiento de las FPL, en ese trabajo silencioso que se hizo en el primer tiempo, los compañeros que tomaron esa deci-

sión tuvieron que hacer muchos sacrificios, como dejar la familia, vivir en una clandestinidad absoluta, que nadie supiera el domicilio, andar viviendo un mes en una parte, otro mes en otra. Cuando surgían las dificultades no teníamos para comer y vivíamos de lo que mucha gente nos daba. Todas esas cosas, la preparación, empezar de lo simple a lo complejo, como decía *Marcial*. Conocer el terreno, irse preparando uno mismo, porque muchos salimos que nunca habíamos manejado un arma. Y de ahí, de no tener para comprar un arma, pues requisarla al enemigo, planificando acciones bien cuidadosamente, sin hacerle daño al vigilante, o sereno, les decían antes; no hacerle daño a menos que vean que él va a matar, entonces sí no se podía dejar matar un compañero. Pero se buscaba que la operación fuera limpia, sin desesperaciones, sin apresuramientos. “Vamos a probarnos primero para ver si tenemos la calidad de personas, si podemos ser capaces de poder desarrollar un movimiento como el que aspiramos. Pero primero vamos a prepararnos nosotros mismos”. Y eso significaba muchos sacrificios. Y partir de la nada. Los compañeros andaban viviendo hasta de posadas en las casas. Comiendo unos tiempos donde gente conocida. Yo a veces me iba para donde mi sobrina Tere, cosas así. Fue todo un proceso bien difícil hasta llegar a lo que se llegó.

Los primeros meses fueron de que la gente ayudaba. Teníamos algunos compañeros que tenían ciertas facilidades: algunos panaderos que tenían sus panaderías y le podían dar refugio ahí a Salvador. Pero así, poquito y con riesgo. Eso lo digo a nivel de nosotros; también los otros compañeros tenían sus posibilidades de conseguir alojamiento. Nos ayudaron mucho los contactos de Dimas Alas, un compañero muy conocido en el medio sindical. Él conseguía dónde ir a dormir, o ir a comer un tiempo. Había amigos de confianza que no se atrevían a preguntar en qué andaban.

Al principio, cuando todavía el trabajo armado era muy clandestino, algunas actividades que se hacían no eran reconocidas como trabajo de lucha armada, sino que eso la gente colaboradora no lo sabía. El primer año era muy poca la gente a la que podíamos solicitarle su casa para una reunión clandestina, pero la gente nos tenía confianza porque éramos conocidos.

Algunos habían conocido a Salvador como un compañero y si *Marcial* les solicitaba casa decían: “¡Cómo no, con mucho gusto!”, sin preguntar para qué. Y daban las condiciones para que hablaran sin estar ellos por ahí, desde luego. Se dio esa situación. Poco a poco fueron dándose cuenta de que era otra forma de lucha y entonces siempre no dijeron: “Hoy no vengán”, sino que siguieron prestándonos apoyo. Ya cuando se fue agudizando el conflicto, incluso mucha gente se ofrecía si había un herido o alguna emergencia, que contáramos con ellos. No eran todos, pero sí alguna que otra gente más consciente. Esa gente terminó siendo colaboradora consciente de la organización. No iba más allá, pero eso se quedaron haciendo, arriesgándose incluso.

Para esto se dio una escala. Primero, la tarea era atender a compañeros al nivel de simpatizantes; después, colaboradores. Ya los colaboradores podían prestar su casa para una reunión, incluso había confianza de que pudieran distribuir alguna propaganda; se les pasó *El Rebelde*, lo que empezaba a salir de *La Estrella Roja*. Después había otro nivel de colaboradores activos, esta gente ya incluso repartía propaganda. Y así cada quién iba ampliando su círculo, la gente se iba concientizando. Ya por último era el reclutamiento de la gente que iba adquiriendo más consciencia a través de la lectura de los materiales de la organización.

Mis tareas eran de cobertura, de distribución de propaganda y tenía contacto con colaboradoras, como las señoras de los merca-

dos. Yo les llevaba propaganda para que leyeran; primero solo para que leyeran ellas y ya después ellas me pedían que les llevara más porque tenían otra gente de confianza.

Con la experiencia que teníamos en el Partido, se había dicho que no podíamos tener una organización donde se ponía un nombre, pero tal vez sin base. Se dijo que las F no iba a caer en eso y que nos íbamos a dar a conocer como organización cuando ya tuviéramos una base. Mientras tanto, todas las actividades que se hicieron desde que se formó el grupo inicial estuvieron inclinadas a conseguir armas, desarmar algunos guardias. Hubo que requisar una máquina de escribir, porque no había; conseguir papelería. Cosas así, que no parecían como una actividad guerrillera. La organización fue bien cuidadosa desde un principio para que no nos ahogaran en la cuna.

Una de las primeras acciones que se hicieron ya como FPL fue la toma del Concejo Central de Elecciones, que se estaba preparando para las elecciones. Ahí llegaron los compañeros y quemaron todo lo que había. En ese lugar había guardias cuidando. Ya al terminar la actividad, un guardia que estaba ahí se hizo como que estaba muerto, iba a matar a un compañero, pero él reaccionó y mató al guardia.

La otra acción fue una bomba que se fue a poner a la telefónica ITT, en protesta por la matanza que hicieron a los guerrilleros en Argentina. Fue en el aeropuerto que los mataron a todos. Ya en ese momento había pasado quizás un año o quizás más desde que habíamos salido del Partido, no fue tan luego.

En ese tiempo se empezó a editar *El Rebelde* y hacíamos bombitas de propaganda. El primer mimeógrafo que se usaba era manual. Íbamos a las fábricas. Yo iba de seguridad con otras compañeras, mientras un compañero se acercaba a poner la bomba de

propaganda. Así la repartíamos. Yo no las vi, pero colaboraba en la preparación de los materiales. Eso era una cosa muy secreta. Había que poner nitrato a calentar en un plato a un fuego bien suavcito, porque con la humedad se pegaba. Cuando estaba listo había que conseguir un mortero y molerlo bien finito, finito, mezclado con azúcar. El azúcar también bien refinadita. No solo yo, otros compañeros también hacían.

Durante todo el primer año, *Marcial* salía bien de mañana, a las tres de la mañana, a las cuatro, a hacer trabajo de reconocimiento y como ejercicio para entrenar el cuerpo. Tenían que caminar. Los primeros compañeros que cayeron estaban precisamente haciendo ese trabajo de reconocimiento. Uno de ellos, no recuerdo cómo se llamaba, era un obrero panificador, joven. Fueron tres, pero no recuerdo los nombres.

Nosotros nos mantuvimos algún tiempo alquilando habitaciones, pero hubo una situación en la última que alquilamos, ya cuando nos tuvimos que ir a un local de la organización. Alquilábamos una habitación que tenía un altillo. Ahí ese altillo lo alquilaba un taxista solo para tener guardadas unas cosas. Era una casa que tenía dos habitaciones a la orilla de la calle. La de nosotros y el altillo arriba, y adentro había como seis cuartos. La señora que arrendaba estaba feliz con los inquilinos porque solo llegaban a pagarle. Pero de repente llegó el taxista a decirle que ya no iba a ocupar el altillo porque le habían dado un multifamiliar en la Zacamil. A los días me dice la señora: “Yo estoy pidiéndole a Dios que vengan otros inquilinos como este que tenía”. Y me dice: “Quiero pedirle un favor. Que me dé permiso de poner ahí un anuncio de que se alquila el altillo”, en el balcón que tenía la habitación así, para la calle. Y era desfile de gente llegando a preguntar por el altillo, pero ninguno le satisfacía a ella. Hasta un día que llegaron dos muchachos,

uno que iba vestido de *boy scout* y otro así corriente. Le dijeron que eran estudiantes, que ellos querían alquilar solo para estudiar, que a veces llegaban con otros compañeros que estudiaban juntos, y ella encantada de la vida les alquiló el altillo.

Pues un día de tantos llega la gran bulla de que habían querido requisar un carro por la Universidad y que la muchacha que manejaba pudo escapar y llegó a su casa. Salió el papá con una pistola y se armó el tiroteo. Eran guerrilleros, eran del ERP. Resulta que pasó eso: mataron al papá, salió un guerrillero herido y lo capturaron y el otro andaba huyendo y al final lo capturaron también. Yo sabía que los tenían capturados, que uno estaba en el hospital, pero hasta ahí. Un día llega la niña Yoni que alquilaba ahí y me dice: “Mire niña Carmencita, venga, venga, ¿verdad que estos son los que yo les he alquilado allá arriba?”. “Yo nunca los miré”. Y la otra señora, niña Laurita, llega y le dice: “¡Cómo no, niña Yoni! ¡Estos son! Yo vi a uno que llegó ahí a lavarse la cara en la mañana. Ellos son”, y arman el gran escándalo. Y dice la señora: “Hay que darle parte al sereno. Saber qué tienen ahí. Saber si tienen bombas y vamos a volar aquí nosotros”. Y el gran alboroto. Pero el marido de la niña Yoni fue más cuerdo y dijo: “Calma. No armen tanta bulla porque lo que va a pasar es que va a venir la policía y aquí a todos nos va a llevar”. Por suerte Salvador había quedado de llegar ese día un poco temprano y le dije: “Mirá lo que pasa aquí”. Me dice: “Arreglá las cosas en un maletincito y nos vamos ya”. Él se fue para donde unos compañeros y yo me fui para donde Leti. Se le puso observación a la casa y no se veía nada. Como al mes fui yo a sacar las cosas. Y a partir de eso nos quedamos en un local de la organización. Cuando yo llegué a sacar las cosas, la casera no me dijo nada, pero la vecina, la niña Laurita, me dijo “Ay niña Carmencita, ¿le tuvo miedo a los guerrilleros?”. “No”, le dije yo, “lo

que pasa es que yo tengo mi familia y mejor me voy a ir a vivir allá con ellos, porque no quieren que esté viviendo sola”.

Por ahí está este que era del ERP que hoy cuenta: “Nosotros vivíamos arriba y fijate que *Marcial* abajo y la compañera de él”.

A partir de 1970 yo me desligué de todo trabajo abierto. Porque ya entrábamos a una nueva etapa de lucha y exigía una rigurosa clandestinidad. Nuestra vida que llevábamos en el Partido, de semilegalidad, y jugando *escondelero* con el enemigo, eso terminó. Ya era una situación diferente, muy difícil. Antes creíamos que siempre estábamos corriendo el riesgo de ser capturados, de ser expulsados del país. Sabía que teníamos un enemigo represor, pero a partir del 52, hasta que lo experimentamos en carne propia nos dimos cuenta de todo lo que eran capaces de hacer con los revolucionarios. Ahora lo que nos tocaba no era la cárcel, sino que la vida podía costarnos. Entonces nos cuidábamos muchísimo de no cometer errores en nuestra vida personal.

Parte del trabajo en ese tiempo era estudiar los materiales de la organización en los colectivos que teníamos. Sacamos muchos documentos que había que estudiar, por ejemplo, *La Estrella Roja*, que era un documento donde se daba a conocer toda la proyección de trabajo de la organización. Tiempo después, *Marcial* escribió *Nuestras montañas son las masas*. También escribió unos cuadernos: el 1 y el 2, ahí está cómo él concebía que debía ser un partido, la necesidad de construir el verdadero Partido Comunista, como él decía, toda la línea estratégica. Había mucho material por leer, porque había unos folletos que venían de Brasil, de Carlos Marighella. Había también normas, métodos, estilos de trabajo, medidas de seguridad, cómo conducirse en la calle. Había abundante material.

Yo estuve bastante tiempo con mi compañero en la casa de propaganda, cuando ya habíamos conseguido una Offset para hacer

El Rebelde. Entonces ahí lo imprimíamos y lo compaginábamos. Nos poníamos esparadrapos en cada dedo para no dejar huella. Compaginábamos *El Rebelde*, lo arreglábamos, lo poníamos en su cajita y de ahí lo íbamos a distribuir. Yo a veces llevaba las cajitas en taxi porque no teníamos todavía medios de movilización. Yo las llevaba a los compañeros que las iban a distribuir. Yo iba a dejarles *El Rebelde* personalmente a compañeros conocidos que eran del Partido, pero que eran de confianza.

Yo nunca participé en un frente de guerra, pero hice todo ese trabajo, porque una guerra no solo necesita quién tire tiros, se necesitan otras cosas también, y ese era mi trabajo. Nunca tuve preparación militar, para armas largas no, pero sí para defensa personal. En caso de encuentro con el enemigo, en caso de que asaltaran la casa donde estaba o algo así. Por ejemplo, arme, desar-me. Lo que sí dormía encima de arma, a veces. Cada local donde estábamos era como un cuartelito, entonces corríamos un gran riesgo. Por eso teníamos que andar cambiando siempre. Ahí cada compañero tenía distintas obligaciones. Todo ese trabajo pareciera sencillo, pero no era tan sencillo. Nos estábamos jugando la vida. Muchas veces estuvimos en peligro de caer.

Alquilábamos nosotros una casa. Ya teníamos fondos como para alquilar una casa en una zona más o menos residencial. A la par teníamos vecinas que nosotros no conocíamos para nada, entonces ahí siempre teníamos una pantalla, nosotros procurábamos pasar con el vecindario como una gente normal y corriente. En un cuarto, que quedaba así a la orilla de la calle, se instaló la Offset. Ahí estaban los mimeógrafos primero, después ya tuvimos para comprar una Offset.

Los compañeros sabían cómo forrar las paredes para que el sonido no saliera afuera, de modo que no se oía el ruido de la calle.

Ya había un vehículo, una microbusita pequeña, color crema. Un compañero tenía la tarea de proveer el material con esa microbusita; el papel, la tinta, todos los materiales que se necesitaban para el periódico. Él tenía otras tareas, pero entre ellas, esa. En esa volkswagen cerradita, él entraba y salía. Ya cuando estaban los *Rebelde*, y los *Estrella Roja*, él iba a distribuir a los diferentes colectivos. La distribución de *El Rebelde* la hacía solo en San Salvador, la llevaba en un paquetito así en una bolsa. No muchos, como unos 50 periódicos. Había otros compañeros que iban a otras partes.

Todo eso se hacía con sumo cuidado de no dejar huella, de no hacer ruido. Otros nos encargábamos de compaginar, poner los documentos ya listos para la distribución, ponerlos en cajitas o bolsas. Todos los compañeros estaban armados, en caso de que cayera el enemigo ahí. Tal vez podíamos salvarnos algunos, otros no. La disposición era esa: no rendirse.

El local no lo conocíamos solo nosotros. Ahí había un colectivo de unas 10 personas. Nosotros dábamos la apariencia. Había una compañera que tenía su vehículo. Ella entraba y salía y era la que alquilaba la casa. Yo salía a veces para que me vieran, pero había otros que no salían, solo organizadamente. Pero los que dábamos la cara, en ese local, éramos la compañera que arrendaba la casa y yo. Y tal vez otra compañera ahí. Regábamos el jardín y no dábamos sospecha.

Una vez estuvimos a punto de caer ahí, porque resultó que la señora que alquilaba la casa, la dueña de la casa, tenía un hijo. Al hijo le pusieron una infracción por tránsito y le quitaron la tarjeta. Quién sabe cómo que no lo hallaban para entregarle la tarjeta y ahí quizá tenía la dirección de la casa esa que nosotros alquilábamos. Un día estaban los compañeros en lo mejor de tirar la propaganda, cuando por la ventana vieron que estaba una radiopatrulla

al frente. Todos los que estábamos ahí nos pusimos alerta. Los que estábamos compaginando nos quitamos los esparadrapos, y todo. En ese momento no estaba la compañera que alquilaba la casa, pero uno de los compañeros sabía que la dueña de la casa vivía en Santa Tecla. Yo lo supe hasta ese momento. Ahí teníamos un perro hermosísimo que se llama el Oso, un pastor alemán que infundía respeto. En todas las casas teníamos así. Cuando los policías estaban enfrente preguntándole a la casa vecina dónde vivía el de la tarjeta, los compañeros vieron que la policía venía directamente a tocar el portón. Era un portón con un poco de verjas que se veía de adentro para afuera. Los compañeros se prepararon listos con sus armas. Entonces tocaron la puerta la policía y salí yo. “¿Qué deseaba?”. “¿Aquí vive la señora fulana de tal?”. “No, ella no está aquí, ella no vive aquí”. “¿Y no puede hacernos el favor de prestarnos el teléfono para hablar con ella?, ¿tiene teléfono?”. Le dije yo que no, que en ese momento no teníamos teléfono porque se había descompuesto. Entonces dice: “¿Usted puede hacerme el favor de avisarle a esta señora que le tenemos la tarjeta de su hijo, que se la queremos entregar?”. “Sí, eso sí podemos hacer porque nosotros alquilamos a la señora”. Y se fue. Todo el mundo volvió a la normalidad.

De esa casa nos fuimos porque hubo otra operación que estaba preparando las F. Nos fuimos a los Planes de Renderos, camino a Panchimalco. Ahí estuvimos viviendo en una casa. No me recuerdo bien si fue con la hoy Lorena Peña, la *Rebeca* de antes, o la hermana de ella, la *Susana*, con una de las dos estuvimos viviendo en esa casa. Y con otro compañero, que era el que le manejaba a *Marcial*.

Roberto Poma era uno de los millonarios de El Salvador. Qui-sieron secuestrarlo, quizás para sacarle plata, no sé quiénes fueron,

de cuál organización, pero al fin apareció el cuerpo, como a unas cinco cuadras de donde estábamos viviendo. Entonces tuvimos que irnos de ahí, nos fuimos para Santa Ana, y así andábamos.

Me acuerdo de una reunión que había en la casa de la Dirección. La casa de la Dirección siempre era la casa de nosotros. Uno de los compañeros andaba con una gripe fuerte. Cuando terminó la reunión, ya se iba. Había quedado inconclusa la reunión e iban a llegar al día siguiente, cada quien con su horario de entrada. Entonces le dije yo: “Mire, yo lo veo muy mal a usted de la gripe, por qué no se queda y le voy a hacer yo una limonada bien fuerte”. “¡Ay compa!”, dice, “yo me quedara, pero estoy preocupado porque tenía un conecte y no me llegó. Entonces mejor me voy porque tal vez llega hoy”. Y se fue.

Al siguiente día empezaron a llegar los compañeros y él no llegó a la hora que le tocaba. Ya estábamos preocupados porque no llegaba y cuando ya era tardecito, como a las 10 de la mañana, ya no llegó. Entonces los compañeros ahí suspendieron la reunión y fue un compañero a ver qué le pasaba. ¡Y cabal! Se acercó a la señora de la casa donde él alquilaba un cuarto y la mujer le dijo que se fuera rapidito porque ahí a su compañero lo habían llegado a traer en la noche. Llegaron y le tocaron la puerta con la policía. Hicieron al compañero que hablara, que dijera que era él. Lo habían capturado. Él murió, no volvimos a saber de él.

Como no llegó, tuvimos que irnos de ahí, solo con el poquito de ropa nos fuimos y dejamos la casa. Como a los veinte días llegó la policía. Nosotros pensamos que quizá el compa resistió, resistió, resistió, y cuando pensó que nosotros ya no podíamos estar ahí, sin duda dijo. Si nosotros nos quedamos atentos, ahí caemos.

Es difícil de comprender cómo fue posible que, a pesar de tantas pérdidas de cuadros valiosos, los compañeros que iban quedan-

do tenían esa misión de continuar, continuar, continuar. El proceso de lucha revolucionaria de este pueblo salvadoreño se caracteriza por eso. Uno no entiende por qué a pesar de tanta pérdida y tanto golpe, el movimiento pudo llegar a tanto, a lo que llegó a ser. Mataban a uno y era como que hubieran surgido diez.

Yo estaba consciente que las tareas que la organización me encomendaba eran tareas importantes para el trabajo revolucionario. Yo las hacía a consciencia sabiendo el riesgo de que podíamos caer. Muchas veces estuvimos a punto de caer en locales y nos salvó precisamente las normas que habíamos aprendido en la organización para la seguridad.

Cuando comenzaba todo, en el 70, fui a México a una misión que me dio la organización. Fui por tierra, yo solita. Fui a hacer unas compras. La siguiente vez que fui a México fue porque *Marcial* se puso mal de salud y le recomendaron ir a que le hicieran un chequeo médico allá. Yo lo acompañé junto con un médico amigo que viajaba con nosotros.

Las FPL no surgieron del grupo inicial, fue todo un proceso. Se hizo precisamente en ese trabajo secreto que se hacía con los grupos de apoyo. Los grupos de apoyo fueron en verdad la base en la que se desarrolló las FPL, esa gente que comenzó a colaborar sin saberlo al principio. Para el trabajo obrero estaba Dimas Alas, y otros compañeros que habían sido sindicalistas. No se les dificultó mucho ir haciendo trabajo en el movimiento obrero. Ese trabajo lo hacían a través de otros compañeros, porque los que estaban dedicados solo al trabajo de las F tenían otras tareas que hacer.

Se comienzan a incorporar otras mujeres cuando el movimiento de masas se empezó a desarrollar, en el sector obrero y en el sector campesino. Y también a través de las organizaciones que se fueron formando. No fue algo inmediato, fue todo un proceso. Es

difícil hablar de cuándo se incorporaron otras mujeres, porque el trabajo era estrictamente compartimentado. En las reuniones hasta encapuchados íbamos. ¡Todo era bien compartimentado!

Yo veía los efectos. Yo me enteraba de mujeres que se iban incorporando por el producto de la lucha que se iba dando. Porque no se incorporaban a las FPL; los compañeros que ya eran miembros hacían contactos con otros compañeros sin decirles “Yo soy de las FPL”, sino que llegaban a trabajar, a hablarles del movimiento obrero, la importancia de fortalecer los sindicatos. Y así en los distintos niveles.

Muchas mujeres que se incorporaron habían tenido su militancia en la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños, ANDES. La gente que se iba concientizando para el trabajo de masas, que demostraban tener más interés, más disposición, se les iba incorporando a círculos de estudio, dándoles materiales, y así los círculos iban creciendo hasta llegar a colaboraciones más activas. De eso se encargaban los maestros más avanzados. Igual era a nivel sindical.

Teníamos distintos colectivos. En algunas de esas comisiones conocí a algunas compañeras. A *Eugenia* la conocí en la Comisión Nacional de Masas. Eso era ya como en el 78, por esos años. Había otra compañera que era profesora, que había sido reclutada por los compañeros de su gremio. A esta compañera yo ya la había conocido antes en la lucha de las maestras. Para mí fue una sorpresa verla ahí. También conocí a María Luisa ahí, pero no había sido reclutada por mí, sino por otros compañeros que trabajaban clandestinamente.

En mi grupo, en mi colectivo conocí a Luz Escalante, una vieja luchadora sindical, obrera de la fábrica El León. Ya despuesito teníamos un colectivo con compañeras que trabajábamos en lo

abierto. Ella era secretaria general del Sindicato de El León, que era una fábrica de hilados y tejidos.

Se formó el Comité Sindical *José Guillermo Rivas*. Se le puso ese nombre en honor a un compañero sindicalista que contribuyó mucho al trabajo sindical y lo mataron en Santa Ana. Estos compañeros hicieron un buen trabajo porque había que formar una federación sindical. Se necesitan 13 sindicatos para formar la federación. Casi todos habían tomado el acuerdo en asamblea, pero había el problema de que a algunos de esos sindicatos se les habían vencido los estatutos y hubo que llenar ese requisito. La tarea era ir fortaleciendo algunos sindicatos que se les había vencido la personería y había que hacer ese trabajo de nuevo.

También otro trabajo así abierto, de masas, fue el trabajo con la Unión de Trabajadores del Campo (UTC). La Federación de Trabajadores del Campo, FTC, era una organización que ya existía, y ahí las F hizo un trabajo muy cuidadoso, respetando sus creencias religiosas, concientizando a los campesinos con la misma biblia, por aquello de que la *tierra es del que la trabaja*, porque se dan cuenta que los que trabajan son ellos y los dueños de la tierra no trabajan. Ese trabajo silencioso y cuidadoso que se hizo era muy sacrificado porque no iban solo de visita al campo sino que convivían con ellos. Y de allí fueron saliendo algunos compañeros que llegaron a ser miembros de la organización. Ya la UTC era creación de las FPL.

Ya después, a mediados de los 70, estaba fuerte el movimiento de masas y se formó el Comité de los Nuevos Sectores. Por los conocimientos que yo tenía con las señoras de los mercados, el contacto con ellas, se intentó hacer un trabajo con ellas. No lo logramos hacer como estructura, pero para el trabajo de la organización nos apoyábamos en ellas. Por ejemplo, para ir a hacer un reparto de propaganda, pero no a nivel de las FPL, sino de masas.

Yo les llevaba material, cualquier documento que sabía que podía ser a nivel de masas, yo se los pasaba.

En ese Comité de los Nuevos Sectores estaba el Movimiento de la Cultura Popular, por los maestros estaba una compañera de ANDES. Ahí estaba también la Coordinadora Nacional de la Iglesia Popular, CONIP. Desde la CONAMAS, la Comisión Nacional de Masas, salió la orientación de trabajar con los nuevos sectores.

En la CONAMAS estaba en crecimiento el movimiento popular, estaba el Bloque Popular Revolucionario y las organizaciones de masas en trabajo abierto. Fue en esa época que viví con *Eugenia*. Yo la recuerdo como una buena compañera, muy humilde, muy abnegada. Nunca faltó a las reuniones de la CONAMAS aunque nos reuniéramos en condiciones a veces incómodas. Una vez nos tocó dormir en el suelo con la niña. La niña en medio de nosotras dos, en un petate.

Cuando cae *Eugenia* nosotros estábamos en Nicaragua. Parece que habían llegado a un arreglo con la madrina de la niña, que era un matrimonio nicaragüense que no podía tener hijos; como que habían hablado con *Eugenia* de que en caso de que ella y su compañero faltaran, que la niña iba a quedarle a ellos. Entonces cuando cayó *Eugenia*, su compañero estaba en Honduras. De ahí nos mandaron a la niña a Nicaragua bien tiernita. Estaba de meses. Teníamos que darle pacha ahí, chupón. Al poco tiempo llegó la hermana de *Eugenia*, y entonces se la entregamos a ella, y ella se la dio a la madrina. Yo ya no supe más de la niña. Lo que sí supe fue que la había vuelto a recoger la hermana otra vez a la niña. Al compañero de *Eugenia* no lo volví a ver yo. *Eugenia* era una excelente compañera en la organización.

Tuvimos una invitación a través de una organización de masas que nos pedían que mandáramos una delegación a un congreso

de mujeres que había en Panamá. A mí me encargaron la tarea. Entonces pensamos en Luz Escalante, porque ella era una obrera textil. Teníamos problemas con la campesina, porque de eso se encargaba la Comisión del Campo. Yo le planteé a Apolinario Serrano, *Polín*: “Fíjese que nos ha llegado una invitación para mandar una delegación de mujeres a Panamá y de preferencia tiene que ser una mujer campesina”. Entonces quedó pensativo y me dijo: “Bueno, yo le puedo prestar a la Ticha, pero prestada, no se vayan a quedar con ella”. “Sí, claro que sí, porque ella les va a traer conocimiento de cómo viven las mujeres campesinas allá en Panamá y eso les va a servir a ustedes en su trabajo”. Entonces como que lo convencí por ese lado. Y me dijo: “¡Vaya pues! Ahí le voy a mandar a la Ticha”. Entonces le digo: “¿Cómo hacemos para hacer el contacto? Porque yo no la conozco a ella”. Y él arregló el conecte, allá en la Iglesia de la entrada de Santa Tecla y me dijo más o menos la distinción de cómo era ella. Y me dijo: “Ella va a llegar con una candelita y usted va a estar por ahí, cerca”. Ya me quedé yo en las últimas sillas de la entrada de la Iglesia. ¡Y cabal! Cuando la vi entrar con la candelita, yo dije: “Esta es”. No me acuerdo qué llevaba yo también como mi contraseña, la saqué y ella ya sabía que era yo. Y platicamos. Ya eso fue por ahí a finales de los 70.

El campo de la Ticha era la FTC. Me dijo *Polín* que ella vino entusiasmada de la experiencia en Panamá. Yo ya no tuve más contacto con ella.

Yo a *Susana* y *Rebeca* las conocí hasta después. Principalmente a *Rebeca*, porque estaba más en contacto con *Marcial*, la que es hoy Lorena. Con *Susana* nos relacionamos muy poco. Con el que tenía más relación porque trabajaba de cerca con *Marcial* era con el hermano de ella, con Felipe Peña. Él cayó en un local que alquilaban en la colonia Santa Cristina. No sé qué hacían ahí, pero

era un local de la organización. Y resultó que una noche ahí había varios compañeros. Felipe vivía en esa casa con su esposa, una chinita. Lo cierto es que hubo como una explosión que hizo ruido, pero ellos controlaron rápido el fuego, apagaron todo, pero no se dieron cuenta de que los vecinos veían que salía humo por arriba. Como esos locales eran muy discretos, quizá la gente creía que era una casa que estaba sola, que no había nadie ahí y llamaron al cuerpo de bomberos que estaba cerca. Llegaron los bomberos. Salió Felipe y le dijeron que qué pasaba ahí en la casa, que habían llamado porque hubo una explosión y había un incendio. “No, fue una cocina” dijo él. “Tuvimos problemas con la cocina pero ya eso se arregló”. Y ya los bomberos se iban, pero detrás iba un radiopatrulla. Y los policías quisieron entrar por fuerza a ver qué pasaba ahí, como que no los convencieron. Tal vez en un tiempo normal así hubiera quedado, pero como ya estaba más la guerra, la policía asociaba más cosas. Quizás pensaron que podía ser otra cosa, unos explosivos o algo así. Quisieron entrar y hubo resistencia. Ahí murió Felipe Peña, con la esposa también. Otros compañeros lograron irse y nosotros supimos la historia por ellos.

La gran debilidad que tuvimos nosotros fue que las FPL surgieron con la proyección de la formación del verdadero Partido Comunista que supiera conducir al pueblo hacia el triunfo de la revolución. La necesidad era esa, organizar el Partido. *Marcial* decía que nosotros teníamos la cabeza, pero no el cuerpo. La estructura de la organización era Comisión Política, Comando Central. Teníamos algunas células, pero eran pequeñas. La principal debilidad fue que no pudimos fortalecer la organización con lo que nosotros pensábamos que le iba a dar fortaleza al Partido: reclutando a la clase obrera y campesina. Quizá por las mismas circunstancias del trabajo, la organización fue creciendo más entre gente de capas

medias, estudiantes. Se puso mucho interés en organizar los obreros y los campesinos, pero no al reclutamiento a la organización de obreros y campesinos. Quizá desde el inicio la organización surgió así, porque eran muy pocos obreros y desgraciadamente fueron los que cayeron primero, como Dimas Alas y otros que cayeron. Entonces en los colectivos había mucha facilidad de ir engrosando la organización, pero mucha dificultad para reclutar a gente obrera y campesina. Por eso pasó lo que pasó.

Decía *Marcial*: “Qué triste que vemos cómo caen los compañeros obreros en la calle luchando con la policía, los campesinos; y no hemos sido capaces de reclutarlos a nuestra organización. Nos damos cuenta de lo que eran, hasta nos dábamos cuenta que estaban dispuestos a dar su vida por el pueblo”.

A los obreros como que se les ponían muchas trabas para incorporarse a la organización. Desgraciadamente para la clase obrera y campesina, como no ha tenido la oportunidad de prepararse, quizás cuesta más que pueda asimilar las teorías marxistas leninistas, yo incluida. Sin duda no había esa paciencia para poder preparar a los compañeros y la verdad es esa, pues, que la organización se fortaleció casi en su mayoría, en su Dirección y en todo, por gente de esas clases medias. *Marcial* estaba solo en la dirección de las FPL, y le pasó lo mismo que en el Partido, dando batallas ahí solo.

Los primeros compañeros de las FPL hicieron una comisión que se fue al campo a trabajar directamente con los campesinos. No iban allá de visita, sino que estaban. Se fueron formando grupos de estudio con los campesinos, los más abiertos a escuchar las orientaciones de los compañeros. Con la misma Biblia se hacía el trabajo, respetando muchísimo la fe de los campesinos, sin violentar sus creencias religiosas. Uno de ellos fue *Polín*, él venía de

la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños, FECCAS, que era una organización cristiana. *Marcial* iba al campo también.

Cuando estábamos alquilando nosotros solos en habitaciones, *Marcial* salía bien de madrugada, y llegaba más tarde, como a las 8 o 9 de la mañana. Llevaba pescado bien fresquito. Y es que se reunían en las lanchas, pescando como pescadores en la madrugada, ahí por Chalatenango, ahí por los ríos esos. Y dice que a veces la guardia los enfocaba, pero como siempre veía que andaban los pescadores, no les daban importancia. En alguna de esas lanchas eran ellos que andaban reunidos.

De ahí un compañero me contó una vez que no lo reconoció porque iba con su sombrero como campesino y alforjas al hombro. Y ya cuando lo vio de cerca dice: “¡No lo había conocido!”

Una vez que andábamos ahí con *Marcial* por Chalatenango, andaba Leti también, todavía no estaba la guerra, me dice: “Mirá, en aquellas cuevas, por allá, nos reuníamos con Justo Mejía”, un compañero dirigente que murió. Y por ese trabajo que logró hacer las F se logró reclutar un pequeño núcleo de compañeros campesinos con consciencia. Entonces ya ellos comenzaron a dar los pasos para formar la UTC, que esa ya era una organización propiamente de las FPL. Después se formó la FECCAS-UTC.

La base de trabajo de las F era en Chalate. Había núcleos de trabajo por todos lados, pero base, ahí, en Chalate.

A mí me dicen Tía ya en la guerra, al final. Resulta que a *Marcial* mucha gente le comenzó a decir Tío. Y entonces me pusieron a mí también la Tía. Mucha gente a él le decía Tío. Los detractores de *Marcial* dicen que él se creía el Ho Chi Minh. Pero a él alguien le dijo, un periodista creo que fue, ocurrencia de él, de este periodista, que era como el Ho Chin Minh de América, que a él también le decían el Tío. El Tío Ho. Pero fue idea de otras personas.



LA MUERTE DE MARCIAL

Marcial salió como a mediados de diciembre del 80 porque iba a un congreso a Cuba. Yo me quedaba aquí en El Salvador. Ya en esos tiempos se comenzaba a hablar de la ofensiva del 81 pero se estaban dando los primeros pasos. A finales del 80 él se fue para Nicaragua; aquí se había quedado todo organizado preparando la ofensiva. Los compañeros habían sido distribuidos en sus respectivas organizaciones. A mí y a otras dos compañeras más nos dijeron que nos íbamos para Nicaragua a hacer trabajo de solidaridad. ¡Me llegaron a sacar con una prisa! “¿Usted está lista? Deme su pasaporte, usted sale mañana”. Yo le dije: “¡Cómo voy a salir mañana! Yo tengo tareas, tengo cosas pendientes aquí. Tengo cosas que entregar e informarle a mis compañeros que salgo del país, no puedo dejar botado el trabajo”. Accedieron a dejarme un día más. Fui donde Julio, me acuerdo, compañero de la CONAMAS y le dije que me acaban de comunicar que yo salía para Nicaragua. Le entregué a él todo. Le dije: “Ya no puedo estar aquí”. A mí me

llamó la atención porque Salvador me dijo cuando salió que no le pusiera mucha ropa, porque él ya iba a regresar. A mí me extrañó de por qué a mí me sacaban con tanta carrera. Bueno, total que me fui para Nicaragua con las otras dos compañeras. Justo llegamos a la frontera de Nicaragua el 31 de diciembre, cuando ya los de la aduana se habían retirado y tuvimos que dormir ahí. Llegué el 1° de enero a Managua, en vísperas de la ofensiva. Ya *Marcial* tenía días de estar en Nicaragua, esperando a los otros compañeros de la comandancia que iban a llegar también porque se iban a instalar allá. Y no llegaban, solo él estaba ahí. Así fue como salí yo de aquí para Nicaragua.

Allá formamos una organización de mujeres que se llamó Asociación de Mujeres de El Salvador (AMES), con todas las compañeras que estaban ahí en los refugios, que eran compañeras que habían sido de la FTC o simplemente gente que había ido refugiada. Al principio no me encontré con gente conocida, solo las tres que íbamos. El propósito de AMES era dar a conocer la lucha de nuestro pueblo y pedir solidaridad. Tuvimos bastante éxito.

Al principio los compañeros de la organización se burlaban de nosotros. Siempre, hasta igual que en el Partido Comunista. Estos eran de la Comisión Nacional de Relaciones Internacionales, CONAREL, de las FPL y decían: “Mirá, nosotros también vamos a organizarnos en ‘AMOS’”; como que nos despreciaban. Pero logramos mucha solidaridad, nos mandaban dinero, venían mujeres de Estados Unidos a Nicaragua y pedían tener relación con nosotras. Cuando vieron que por esa vía de las mujeres se podía tener dinero, entonces después los proyectos los hacían ellos a nombre de nosotros.

La verdad es que a través de AMES se recogió mucho dinero. Hasta nos invitaron a un congreso de mujeres en Checoslovaquia.

Era un congreso organizado por la FDM, la Federación Internacional de Mujeres, con sede en Berlín, pero la dirigencia era rotativa.

Resulta que nosotras no estábamos afiliadas a la FDM. Antes, cuando estábamos en el Partido, sí estábamos afiliadas, pero ya cuando nosotros nos salimos se abandonó el trabajo de las mujeres. Parece que después sí, para mantener el nombre, con las mujeres que quedaron ahí formaron una asociación que se llamaba Asociación de Mujeres Progresistas de El Salvador, AMPES, pero solo era el nombre. Ellas llegaron a Checoslovaquia con la idea de desconocernos a nosotros, dijeron que nosotros no éramos una organización, que las que estaban afiliadas a la FDM eran ellas y que nosotros no podíamos participar en ese congreso. ¡A hacer un *bonche* llegaron allá! Pero por suerte que ahí estaba Marianella García Villas, una abogada y filósofa. Yo no tenía ni siquiera idea de que ella tenía relación con la organización nuestra, pero ella, como una personalidad reconocida en Europa en el gremio de mujeres, ya estaba ella en el trabajo de derechos humanos y medió ahí para que participáramos en el congreso.

De Nicaragua también se formó una filial de la organización en Costa Rica. Algunas compañeras tuvieron proyectos para refugiados allí. Hicieron un buen trabajo. Hicimos un buen trabajo de solidaridad con la lucha de El Salvador.

Los días antes de la muerte de *Marcial*, él estaba allí en Nicaragua, con la comandancia para cuando la ofensiva. Él se quedó allí y ahí hacía su trabajo, iba a reuniones de la comandancia. En eso vino una invitación y él se fue a Libia. Lo acompañó Rafael *Lito* Menjivar, por cierto. Iban a un congreso. Estando allá fue que sucedió lo de *Ana María*. Estando él allá le avisaron y se vino inmediatamente. Justo llegó el día de los funerales de *Ana María*. Los últimos días de *Marcial* fueron muy tristes. Claro, a él le dolió

mucho lo que había pasado, pero además de eso él venía cansado del congreso de Libia, luego los funerales. Él habló ahí, expresó su sentimiento de que la muerte de *Ana María* era una gran pérdida para el pueblo salvadoreño. Y de allí, después de que él estuvo hablando se llegó directamente a la casa. Llegó acompañado de Tomás Borge. Yo en eso estaba adentro de la casa. Vi que estaban los dos ahí. Entonces Salvador me llamó. Yo estaba con la Clarita, la nieta de *Marcial*, la hija de Corina. Nos la habían mandado, porque la niña aquí estaba muy enfermita. Entonces pues con ella andaba yo, con la niña. Fuimos a saludar a Tomás Borge. Le dijo “Ella es mi compañera, y esta es mi nieta”. Lo saludamos y ellos se quedaron ahí. Se fue Tomás Borge y la casa quedó llena de la seguridad del Estado. Decían que era por la seguridad. Lo primero que hicieron fue desarmar a toda la gente que había ahí, les quitaron a todos sus armas.

Marcial había hecho un viaje a Panamá, mucho antes de ir a Libia. Ahí iba a ver parece que a Omar Torrijos. Lo recibió Jesús *Chuchú* Martínez, un nicaragüense que era piloto de confianza de Omar Torrijos. Él no estaba, entonces lo recibió *Chuchú*. Le regaló una pistolita y un radio bastante bueno, de comunicación.

Después *Chuchú* escribió un libro que era una biografía de Torrijos. Ahí *Chuchú* cuenta de la entrevista que le hizo a *Marcial* y le preguntó que quién era él y que *Marcial* muy humildemente le dijo que él era un obrero panadero. Pues dice que él le regaló esa pistolita y ese radio, que él nunca se imaginó para qué iba a servir ese regalito que le dio.

Cuando regresó del viaje de Panamá, ya estando en Nicaragua, *Marcial* llevaba esa pistolita. Al irse para Libia, me dice: “Guárdame esta pistolita por ahí”, y se la guardé. Entonces cuando a él

lo desarmaron me dijo: “Mirá, dame la pistolita que te di a guardar”. Yo fui y se la di. Supuestamente con esa él se suicidó.

Él había acomodado la bodeguita de la cocina para grabar, para hacer sus grabaciones para el Frente. Allí se encerraba para que nadie lo interrumpiera. Había puesto una silla de esas de madera que les dicen marimba allá en Nicaragua.

Leti estuvo todo el día en la casa, porque estaba arreglándole sus documentos, ayudándole en algunas cosas a él. Él me había dicho que preparara una ropa porque íbamos para Cuba. Leti ya se iba. Yo estaba a la par de ella en la puerta de la oficina. Él le dio unas cartas en unos sobrecitos blancos y le dijo que las hiciera llegar a los destinatarios. Ella las iba a poner en la cartera, entonces le dijo él: “Fíjese que la cartera no es muy segura, porque como hay policía ahí en el portón le pueden registrar”. Así que ella se las metió así por el brassiere. Cuando sucedió eso, estábamos sentados los dos en la mesa del comedor, porque él no había querido comer. Yo necia le decía que comiera algo. Ya dice: “Bueno, hazme un té con limón”. Entonces me senté yo con él a tomar el té. Yo guardo las dos tazas. Te las voy a enseñar. ¡Se tomaba el té con un desgano! ¡Por cucharaditas se lo tomaba! Sentía que no le pasaba por la garganta.

En eso me dice: “A saber si la Clarita ya se durmió”. “Voy a ir a ver”, le dije. Ahí estaba ella. Era el dormitorio de nosotros y ella tenía su camita ahí al lado. En la cama de nosotros había una carta en un sobre, igual a las que le había dado a Leti. Yo no sé si esa carta era para otra persona o era para mí. Yo agarré el sobre y en eso escuché el grito de una compañera que decía: “¡El Tío, el Tío se mató!”. Yo no escuché el disparo. Me fui inmediatamente y lo hallé sentado en la silla, como dormido, con su rostro sereno. De su corazón brotaba un río de sangre. Yo solo me acuerdo que yo

salí corriendo y un compañero me agarró y me abrazó. Yo decía: “¡Ustedes lo mataron, ustedes lo mataron!”. Eso fue lo primero que pensé. En ese momento Salvador Sánchez Cerén, *Leonel*, me quitó la carta que yo tenía en la mano.

Esa misma noche me tuvieron allí en una clínica, mientras a él lo preparaban. Me dijeron si quería estar consciente o si quería no estarlo. Yo les dije: “Yo quiero estar consciente”. Me dieron ahí una pastilla, pero no me dormí. Sí como que me insensibilizó. No derramé una lágrima. No sé cómo estaba. Después llegó ahí para hacerme compañía Aída Cañas, la viuda de Roque Dalton; ella estuvo conmigo toda la noche. Me dijo que *Leonel* la había mandado para hacerme compañía.

El 13 de abril lo sepultamos. Él murió el 12, pero lo sepultamos el 13. El entierro fue privado, todo en secreto. A él lo llevaron al hospital militar, ya en la madrugada me llevaron a mí para el lugar donde tenían el cuerpo. Ahí solo estuvimos como seis o siete personas de confianza, entre ellos estaba *Lito* Menjívar.

Ya al siguiente día, como a las cuatro de la tarde lo llevaron a Jiloá, donde decidieron enterrarlo, en la zona militar de las tropas especiales “Pablo Úbeda”. En el entierro solo estuvimos Leti, Aída y otros tres o cuatro compañeros más; otra compañera que estaba con nosotros, y Tomás Borge y Daniel Ortega.

Yo regresé a la casa donde vivíamos, pero como a los dos o tres días me dijeron que para mí iba a ser muy duro quedarme en la casa en que estábamos viviendo y que mejor me iban a trasladar a otra casa. Me dijeron que era una casa pequeña pero segura. Pero de pequeña no tenía nada. Eso me dio la idea de que no era por un ratito, sino que yo iba a vivir ahí.

Estaba yo con una niña que estaba ahí y la compañera que nos ayudaba en todo y los compañeros de la seguridad que tenía *Mar-*

cial, dos de ellos, fueron los únicos que se fueron conmigo. Ya la Corina estaba allá porque había llegado a traer a la niña. A ella la llevaron para un lado y a mí me llevaron para otro, pero el resto de gente se quedó ahí. Al siguiente día llegó un camión con muebles quizás de esa casa y se llevaron toda la infraestructura donde estábamos viviendo para la otra casa donde yo iba a vivir.

Yo estuve ahí como un mes, o un poco más. Llegaron los de la Comisión Política de las FPL, se reunieron allí y un día de tantos me dijeron: “Mire, a Usted la vamos a trasladar a otra casa”. Dijeron que el Frente Sandinista les había pedido la casa y que por eso me llevaban a mí para otro lado, y a Corina se la llevaron también para otro lado. Pero el resto de la gente quedó ahí; la compañera que estaba viviendo en la casa quedó ahí. Las compañeras de la casa y los de la seguridad quedaron allí.

Y así anduve yo a partir de ahí, de casa en casa, solo con órdenes del responsable del colectivo que había allí. Y que yo no podía salir sola, que si iba a salir tenía que ser acompañada, “por mi seguridad”. Que, si yo necesitaba algo, que les mandara a decir, pero un cinco no me lo dieron, nunca. Si tenía necesidad de ir al médico o cualquier otra cosa, que les dijera. Me cambiaron de local, me llevaron a otro local de la organización y allí con las mismas reglas. Pero ahí la compañera del responsable del colectivo me dice: “Viera, Tía, que da cólera la situación en que la tienen a usted. Aquí, si usted quiere salir, salga y, si quiere llamar, llame también”. Un día que se fueron de paseo a un balneario, le digo yo: “Mire, yo voy a usar el teléfono para hablar con una amiga”. “Sí está bien, hable”, me dice ella. Y le hablé a la esposa de Arqueles Morales, a Carlina, y le dije: “Carlina, fíjese que yo quisiera hablar con usted”. “Ah, está bien, Tía, ¿por dónde está?”, me dice ella. Y ya le dije por dónde estaba. Yo le dije a esta amiga de la

casa: “Fíjese que va a venir una amiga a verme”. “Está bien”, dijo ella, “yo me voy a ir por allá para que no me conozca, para que no me vea”. Entonces, cuando llegó Carlina, le dije: “Carlina es que yo ya no quiero estar aquí”. “Está bien, Tía, ¿quiere irse conmigo? Vaya saqué sus cosas”, y saqué mi maleta de ropa que tenía ahí, solo eso y un maletincito. Y así salí del local y me fui para donde Arqueles. Ya después hicieron el escándalo. Le habló Tomás Borge a Arqueles y le dijo: “Mirá, ¿cómo es eso de que la compañera de *Marcial* apareció por allá por el Sumen si nosotros la habíamos llevado a una casa allá?”. “Lo cierto es que ella está aquí conmigo, yo respondo por ella”, le dijo. “Y eso te digo”. Vaya, ahí paró todo.

Pero sí hicieron el escándalo de que un comando guerrillero me había ido a sacar de la casa donde me tenían. Tomás le dijo eso a Arqueles. “No, hombre”, le dijo, “mi mujer la fue a traer. Ella llamó a Carlina y la fue a traer”.

Ese fue mi triste fin. Carlina me trató muy bien, como ellos tenían allí su carro, su chofer, me dijo: “Tía, usted aquí puede decirle a Alfonso a la hora que quiera salir. A la hora que quiera ir allá a Jiloá, allá a la sepultura, vaya”, y así hice. Me habían dado una tarjeta, el jefe del comando especial “Pablo Úbeda”, para que yo pudiera entrar todos los días si quería. Yo iba siempre, pero un día que llegué y les dije: “Quisiera que me den permiso de hacer una sepultura aquí, porque está en la pura tierra”. Entonces me dice el soldado: “Bueno, le vamos a decir al jefe”. Al siguiente día me dice: “Dice el jefe que sí, pero aquí no puede venir nadie de fuera a trabajar, sino que se lo van a hacer aquí. Usted diga cómo la quiere”. “Bueno, pues yo quiero una lápida sencilla y que la proteja”. Porque eso era así como un potrero, el día que fuimos a enterrar a *Marcial* ahí andaban hasta unas vacas. Yo quería algo que la proteja de los animales. Y la hicieron, bien bonita quedó

la lápida, con su verja de hierro. Y yo ahí le sembré unos cactus. Bueno, pues un día de tantos que llego me dijeron que no podía entrar, que no podía entrar. “Pero yo tengo esta tarjeta que me han dado aquí para entrar, yo tengo permiso”. “Si, pero ahora el jefe es otro, tendría que hablar con el nuevo jefe”. Entonces fui a buscar al nuevo jefe y me dijeron que no estaba, que no había llegado. Entonces no volví a ir.

Hasta ahí mis amigas, todas mis compañeras de Costa Rica, no sabían nada de mí. Temían lo peor. Entonces yo le hablé a una de ellas cuando estaba donde Carlina, y a saber qué arreglos hicieron, pero ya me habló para decirme que iba a llegar a Nicaragua. Y me dijo: “Vea, Tía, aquí le traigo”, y de todo me llevaba: ropa, abrigo, todo. “Fíjese que usted tiene una visa en la embajada de Francia para irse a Francia, así que yo le traigo todo para que usted salga”. Yo le dije: “¿Y cómo salgo yo si no tengo ningún documento ni nada?”. Entonces Arqueles habló con la Dirección sandinista y les dijo que yo tenía una invitación para irme a Francia, pero no tenía cómo. Dijeron que me iban a dar pasaporte. Pasaban los días y nada. Inventaron que habían tenido informes de que yo iba a salir a hacer declaraciones a la prensa y no sé qué y por eso no me dieron pasaporte. Le tuvieron miedo a una mujer tan indefensa como yo. Entonces me dieron el pasaporte hasta que les roncó la gana, meses después. En cuanto me lo dieron, me fui a México. Habían pasado como seis meses.

PEREGRINAR

Me fui a México a aventurar. Iba a haber una reunión allá, de alguna gente que andaba descontenta con todo lo que había pasado. Allá me encontré con toda la gente que aquí no era bien vista para el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN, toda la gente que decían que era “Marcialista”. No digo el nombre porque me da no sé qué. A veces a las personas no les gusta que uno las mencione.

En México yo me sentí apoyada, me sentí bien. Andaba ahí aventurando porque la verdad es que no teníamos dónde vivir, andábamos de casa en casa. La última casa donde yo viví fue donde un matrimonio. Ella había sido monja, él había estudiado para padre, pero ya no era. Se conocieron en Guatemala, donde habían estado trabajando con los indígenas. Se casaron y formaron su hogar allá en México. Eran conocidos de algunos amigos salvadoreños, por medio de ellos los conocí. Fue una familia que me trató muy bien.

Estando en México me invitó la familia de Leti para que fuera a Canadá. Ellos viven en Montreal, los hijos de Leti. Ella también estaba allá. Me mandaron pasaje, me mandaron todo, y estuve en Montreal. Allí ellos me tenían preparado un apartamento.

Allá ellos tienen acostumbrado tener como un sótano, pero ellos lo ocupan ahí de sala y de todo, para vivir ahí, pues. Leti tenía una habitación justamente ahí abajo. Había otro apartamentito con su servicio y todo. Me lo asignaron a mí y ahí estuve con ella en Montreal. Ellos no querían que yo regresara a México. La invitación que ellos me consiguieron para ir a Canadá era con ellos, entonces se responsabilizaban de mi estadía allá y de todo. Tenían que hacer eso por medio de un abogado, porque si no yo hubiera tenido que presentar dinero para las visas. Me habían dado permiso para un año. Entonces me decía Carlitos, el hijo de Leti: “Tía no se vaya, quédese. Aquí nosotros le podemos arreglar su estadía”. Y le digo yo: “¿Cómo? ¡Si yo ando con un pasaporte nicaragüense!”. “No, todo eso se arregla”, me dijo. “Usted quédese aquí”. Hasta me dijeron: “Fíjese, si usted se queda aquí, aquí le van a dar pensión”. Porque todavía había el plan para refugiados. “Le van a dar pensión por su edad. De eso usted va a tener para pagar su casa y su sostenimiento. Y usted vive aquí y yo no le cobro ni un cinco, pero puede decir que va a alquilar aquí”. Yo tenía unos 60 años. Me arreglaron ahí.

Yo andaba con una inestabilidad que yo no me hallaba bien, aunque me tuvieran en una jaula de oro. Les dije: “Bueno, vamos a hacer una cosa, yo me voy, pero voy a regresar”. Porque en México ya había arreglado mi situación migratoria, ya estaba en calidad de refugiada por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, ACNUR. Y allá hasta me iban a dar una pensión. Entonces les dije eso. “Voy a ver si puedo cambiar,

que me cambien mi estatus de refugiada en México por acá”. Pero resulta que cuando regreso a México, ya tenía todo, hasta mi calendario me habían dado de cuándo yo tenía que cobrar la pensión y una amiga salvadoreña que estaba becada allí iba a alquilar un apartamento, íbamos a pagar la mitad cada una. Yo tenía mi vida más o menos resuelta allí.

Le digo a mi amiga: “Vaya, vamos a alquilar el cuarto”. Había una amiga chilena que me ayudó muchísimo con el trabajo de AMES en Nicaragua. Ella ya estaba trabajando con ACNUR allá en México, en el departamento jurídico. Ella me ayudó mucho a mí en ese momento, en todos esos trámites. Ella alquilaba ese apartamento para una salvadoreña que estaba refugiada allá. Pero esta salvadoreña se había casado con un holandés y se iba para Holanda. Y bueno, esta amiga chilena le preguntó si ella tenía confianza para dejar ese apartamento para que yo viviera allí con esa otra amiga. Pero también me consiguió que yo no fuera a cobrar directamente, podía mandar a alguien que me cobrara la pensión, para que yo no fuera a hacer la gran fila que ponían a hacer a los pensionados, y además les pedían obligaciones a los refugiados, algo tenían que hacer, pero a mí me liberaron de todo eso. Todo arreglado en México.

Entonces le digo yo a mi amiga: “Fíjese que yo quiero ir a Nicaragua porque yo he dejado unas cosas ahí que quiero tenerlas más seguras”. Y ella me dice: “Vaya pues”. “Ahí me hace usted el favor de cobrarme la pensión”. Yo traía unos dineritos que tenía allá en Canadá, mis amigos me dieron, y ya tenía yo lo del viaje para Nicaragua.

Llegué a Nicaragua a la casa que había comprado la CONIP. Ahí había un proyecto de panadería para unos refugiados. Ahí llevé las cosas que había dejado donde Carlina. Evangelina se llamaba la

panificadora, vieja, de las que había andado con *Marcial* luchando por las ocho horas de trabajo. El recuerdo para ella de *Marcial* era todo.

Ella tenía su panadería, hacía pan rico, pero con toda esa situación que había en Nicaragua de que si había harina no había manteca, que si había manteca no había huevos, se hacía pan cuando se podía. Hacían siempre su poquito de pan y yo estaba ahí feliz con ella. Le habían puesto “Panadería San Cayetano”. Le decía yo a Evangelina: “¿Pero por qué le ha puesto así a la panadería? No ve que así va a ahuyentar la clientela”. “Si quieren que vengan, a mí me sobra a quién venderle pan. Cuidadito que alguien me venga aquí a hablar mal de *Marcial* que lo mando no sé dónde”.

Yo me sentía bien allí. Me fui retrasando, me fui retrasando. Me decían “Quédese aquí, Tía”. Y yo les decía que no, que yo allá en México ya tenía resuelta la situación.

Estando en Nicaragua me habla por teléfono una amiga de Costa Rica y le cuento que aquí he venido a Nicaragua. “Tía, ¿por qué no se viene a estar unos días aquí con nosotros?”, me dijo. “Nosotros le mandamos el pasaje”. Con ella y con otras más habíamos tenido mucha relación por el trabajo de AMES, esa organización que surgió para la solidaridad con el pueblo salvadoreño. Las compañeras ahí en Costa Rica organizaron su grupo de AMES, consiguieron proyectos e hicieron mucho trabajo con los refugiados salvadoreños. Entonces, cuando llegué a Nicaragua, recibí una invitación de ellas. Cabal me mandaron el pasaje y me fui para Costa Rica. Ahí estaba. En eso vinieron unos familiares de El Salvador, de la familia de ellos, y ya era mucha gente, entonces yo le dije: “Mire, mientras están estos familiares yo me voy unos días a estar allá con otra compañera”. “Sí”, me dijo ella, “véngase aquí”, y ahí dormía yo con los niños.

Me enfermé justo cuando estaba donde esta compañera. El doctor me dijo que había necesidad de operar, el problema era cómo hacer. Una de ellas había dicho que ellos iban a pagar. “Vamos a contribuir entre todos para que le hagan el examen”. De la operación cobraban no sé cuánto, pero era mucho. Me dice ella: “Mejor la voy a llevar donde el doctor que me ve a mí. Él trabaja ahí en el hospital San Juan de Dios, y tal vez ahí la puede operar él y nos ahorramos lo de la operación”. Me llevó donde el doctor y cabal me operó. Entonces me quedé en Costa Rica, ya no me fui para México.

Yo estaba de lo más bien, a mí me llegan las cosas cuando me nos espero. Allí donde estábamos almorzando cuando yo sentí algo raro que me bajó y cuando fui al baño era sangre. Me dijo el doctor que era un sangrado posmenopáusico. Yo tenía años de que se me había quitado la menstruación. Me dijeron que tenían que hacerme un examen, porque yo iba a que me controlaran la presión. Yo no le dije nada a la compañera de lo que me había pasado. Yo fui donde el doctor donde me controlaba la presión y le dije lo que me pasó. Él me dijo: “Quiero verla”, y me dice “sí, está sangrando. Hoy mismo usted va a pasar consulta con un ginecólogo”, que estaba al frente. Y me dice “Él es un médico joven bien bueno”. Fui a que me viera y me dijo el doctor: “Aquí va a haber que hacer una biopsia, pero antes que todo usted anda con la presión altísima”, y me mandó de regreso donde el que me controlaba la presión. Y entonces fui y me pusieron una inyección, pero yo no sentía nada.

La presión alta me la habían diagnosticado en el 85, allá en México. Yo fui por problemas gástricos y me encontraron la presión. Me hicieron la biopsia. Luego me llamó el médico por teléfono y me dice: “La biopsia salió negativa, así que despreocúpese que todo está bien”, y me dio unos medicamentos para que toma-

ra. Pero me dice el doctor: “Vea, yo le voy a dar un consejo: a su edad, los órganos reproductivos ya usted no los necesita, para estar seguros, yo le aconsejaría que mejor se operara”. Yo le dije que me parecía bien. El problema era que la operación costaba muy caro y como eran muy amigas con otra señora allá, entonces dijo ella: “Yo la puedo afiliar al seguro como mi empleada, para que la operen ahí”. Así fue como ingresé al Seguro Social y me operaron ahí en el Calderón. Eso fue en el 86, me acuerdo bien de eso porque yo estaba internada en el hospital cuando fue el terremoto aquí, en El Salvador.

Estando allí me dice una de mis amigas: “Fíjese que aquí hay una familia, yo sé que ella se llama María y a él no sé, le dicen *Totolco* ¿los conoce usted?”, “Pues no, tal vez viéndolos”, le digo. “Pues vamos a ir a ver si los conoce”. ¡Y cabal! Fuimos un día. Eran Nicolás y María, pues sí los conocía. Los había conocido en Nicaragua, porque yo llegaba al local donde ellos estaban trabajando en comunicaciones, y nos hicimos amigos. Como ellos vivían en aquella casa grande, grande, y tenían allí su cuartito me dijeron “Tía, ¿por qué no se viene por acá con nosotros?”, y me quedé donde ellos, ahí en Plaza Viquez.

Estuvimos como tres años ahí, hasta que ellos se fueron para Canadá. De México me estuvo mandando mi amiga la pensión, pero de repente dijeron que me necesitaban a mí allá y como ya no fui entonces la perdí.

Después de la operación, me sentía más calmada. La operación me cicatrizó de lo más bien. Me sentía bien con María, sobre todo que aquella era una casa tan acogedora, ¡ahí llegaban tantos compañeros! Ahí conocí a Rodolfo también, a la familia de Rodolfo y otros refugiados. Ahí fue que él se dio cuenta también de que había presos salvadoreños en Costa Rica. Y como Rodolfo era tan

activo con la comunidad cristiana con la que él trabajaba, siempre organizaba para que los fueran a ver, para que les llevaran algo.

En esos tiempos también Joaquina estaba presionando a Rodolfo para que se fueran para Canadá o para Estados Unidos. Y él decía: “Yo ya le dije a Joaquina que no me voy de aquí hasta que los compañeros no salgan de la cárcel”, y de veras que así fue.

Ahí me sentía yo más en ambiente. Con María hablando de lo mismo café, almuerzo y comida. María con sus cuentos, con su cuento del burro. María pasó días muy difíciles en la guerrilla, entonces teníamos tanto material de qué hablar, con Nicolás también. Dicen que María en la mochila andaba llevando a Nubia, allá en la guerra. Y eso que cuenta del burro me hizo tanta gracia. Dice que a veces se quedaban sin comida y tenían que ir a buscar, tenían que ir a ver qué conseguía para la comida y tenían un burro donde ponían la carga. Era algo que había que hacer con mucho cuidado para salir a la calle, porque el Ejército siempre andaba patrullando por ahí. Pues dice que esa vez había peligro. Ellas querían sacarlo a la calle para caminar rápido “¡Y el burro hijueputa solo los breñales buscaba; y le dábamos verga y el burro nos metía por lo breñales y solo arañados salíamos!”. ¡Ella lo contaba con tanta gracia!

Yo les decía: “Esta parece una casa internacional, aquí viene gente de todas partes”. El colombiano que llegaba ahí, llegaban unos españoles.

En ese tiempo me di cuenta de que estaba preso el hermano de Nicolás. María estaba en El Salvador después de la muerte de *Marcial*, y ella se fue a Costa Rica porque Nicolás estaba allá. Como María y Nicolás iban a ver al hermano que estaba ahí preso, yo iba con María casi siempre que ella iba. Ahí los conocí a ustedes. Yo soy feliz de haberlos conocido y tener amistad. Más que amistad,

compañeros de lucha, y todo eso. Amistad que se mantiene hasta hoy y siempre, hasta el final de mi vida.

Cuando yo llegué a Costa Rica me sentía sola. Tenía amigos, tenía el apoyo de ellos, pero estar ahí me hizo cambiar mi forma de pensar que yo estaba sola, porque ahí encontré compañeros que me dieron mucho cariño, mucha solidaridad. Creo que empecé otra vez a creer en la gente. Antes de vivir con María yo había andado como que era ambulante, con mi maleta de arriba para abajo. Yo no puedo decir que después de la muerte de mi compañero yo aguanté hambre o no tuve un techo donde vivir, porque siempre encontré. Hasta que me fui de la casa donde me tenían encerrada, pues donde Carlina a mí me recibió con mucho cariño y me dio todo el apoyo.

Cuando María se iba para Canadá yo pensé: “¿Y yo qué? Voy a empezar otra vez a andar así, pues, peregrinando”. Y yo no me daba cuenta, yo no sabía realmente, que unos amigos estaban interesados en ayudarme ahí en cuanto a mi vivienda, a que yo tuviera un lugar dónde vivir. Yo no sabía. A mí una de las personas muy amigas que yo aprecio mucho me preguntó direcciones de personas, afuera en México, y yo se las di, pero ni siquiera me imaginaba para qué era. Después, cuando a María le faltaba poco tiempo para irse a Canadá, me llamaron para que fuera donde Luis Felipe Baquerano, el abogado, y era para que firmara la escritura de una casita que me habían comprado. Me explicaron que entre varia gente habían hecho contribución para comprarme la casita. Yo lo veía y no lo creía, pero bueno, era una realidad. Realmente esa gran ayuda que me dieron los compañeros me dio seguridad, me dio estabilidad, porque yo andaba que no podía más con eso de andar de arriba para abajo.

Fue muy emocionante también la entrega de la casa, porque estaba vacía. Ahí llegaron varios compañeros, entre ellos *Lito*

Menjívar, y otras compañeras. Nicolás llevó su guitarra y estuvo cantando. *Lito* llevó una botella de no sé de qué licor. Tomaron ellos sus traguitos. Cantando y todo, en esa forma me entregaron la casa. Yo estaba muy emocionada, porque comprobé que sí había compañeros que quisieron ayudarme. Y tal vez ellos nunca se imaginaron que para mí eso fue muy, muy grande. Yo hasta creo que no hubiera sobrevivido este tiempo si hubiera seguido como andaba. Porque esa casa me dio estabilidad, me dio seguridad. Y sobre todo me hizo confiar en la gente. Porque la verdad es que yo había perdido la confianza en todo.

Yo recuerdo que esa vez llegamos hasta la madrugada en esa entrega de la casa. Siempre me acuerdo de *Lito* Menjívar. Como él se iba primero yo lo acompañé hasta el carro. Me dice “¡Ay Tía! Van a decir sus vecinos: ‘¿Qué vecina más parrandera vamos a tener!’”.

Yo me sentí tan emocionada, tan agradecida. Por eso es que a esa casa yo le tenía mucho amor, porque para mí significaba mucho. Significaba la solidaridad de mis compañeros, significaba que me había dado tanta seguridad.

Mi peregrinaje terminó ahí. Por eso es que yo pensaba y repensaba vender esa casa, porque había sentimientos encontrados. Yo deseaba venir a El Salvador, estar aquí, aquí tengo lo máspreciado para mí, a mis hijos enterrados aquí, a mi compañero. Deseaba estar aquí, pero también quería estar allá. Entonces dije yo: “Tengo que pensarlo muy bien, para no arrepentirme”.

Cuando yo tomé la decisión de vender la casa. La quería vender, pero no tenía mucho interés. Quería vender, pero no quería hallar comprador. Y cuando hice el trato con el muchacho, me entró una melancolía, ¡una tristeza! Todo mi organismo se descontroló porque yo fui al seguro y me dice: “Usted anda descompensa-

da. ¿Qué le pasa? La voy a pasar con el especialista”, y a mí lo que me estaba pasando era eso.

Cuando el muchacho me dio lo que se da para la casa, eran como 600 mil, no me acuerdo, la señal de trato, “¡Ay!”, decía yo, “¿por qué lo hice?, siquiera se arrepintiera, si viniera a pedir el dinero yo se lo daba con mucho gusto”. Total eso no se podía hacer. Me llevó Sebastián las cajas para que fuera despacio ordenando mis cosas. Y las cajas ahí estaban, ni siquiera las abría yo.

Fueron 21 años en Costa Rica. En esa casa yo encontré estabilidad y la seguridad de la pensioncita que me daba. Con una de mis amigas habíamos quedado de acuerdo que yo iba a pagar el seguro, ella solo aparecía ahí como patrona, pero no era. Entonces le digo yo: “Fíjese que le están aumentando mucho a la cuota del seguro. Yo quisiera ir al Seguro Social para tener un seguro voluntario”. “Pues si usted cree que le conviene eso, vaya. Yo creo que no se puede, pero si quiere vaya”. Y fui con el empleado encargado de las pensiones y le dije que yo quería saber qué requisitos tenía para un seguro voluntario. Entonces me dijo el empleado “¿Y usted por qué quiere hacer eso?”, “Porque la cuota está subiendo mucho y no me alcanza para pagarla”, le dije. “¿Y cuántos años tiene usted de estar cotizando?”, me dice él. Ya le dije yo más o menos. Entonces me dijo “Déjeme ver, voy a ver si puede usted hacer solicitud para una pensión”, y empezó a ver ahí. Me dijo: “Usted por las cuotas no tiene derecho a pensión, pero sí por la edad. Lléneme este formulario”. Y ya lo empecé a llenar y lo que no entendía ahí él me ayudó. Me dijo: “Usted me tiene que traer el pasaporte y la finalización de contrato de trabajo con su patrono”. “Ah, pues” le dije, “pero vea, yo estoy afiliada al seguro con un pasaporte nicaragüense y yo ahora tengo mi pasaporte salvadoreño, porque yo soy salvadoreña”. Entonces me dijo: “No importa, traiga su pasaporte

salvadoreño”. Así fue, llené el formulario, llevé el pasaporte y la finalización de contrato. Le di el número de teléfono que me pidió y como al mes me llamaron. Fui al seguro y me dijo el empleado que me habían recibido los papeles. “Lo que tiene que hacer ahora es que le hagan un examen médico, pero los de la Caja”. Un examen general, físico, para ver si uno está imposibilitado o algo para seguir trabajando. Y fui, por cierto eso estaba bien cerca del Hospital Calderón Guardia, en esa zona. Fui ahí, me examinó la doctora, y le digo yo: “Doctora ¿y ahora qué tengo que hacer?”, “Connmigo ya nada”, me dijo. “Ahora deciden los médicos de la Caja”. Ya allí ya era lo último que tenía que hacer de requisitos.

Como a los tres meses me llamaron y había sido aprobada la solitud y de una vez me dieron una chequera. Me dieron una pensión. “¿Y usted cuánto ganaba ahí donde trabajaba?”, “Lo mínimo”, le dije. “¿O trabajaba usted por horas?”, “Yo estaba trabajando ahí de planta”. “Si usted hubiera venido aquí a informar cuánto ganaba, su pensioncita le hubiera salido mejor, pero le ha salido la mínima”. Lo que yo dije que ganaba como salario no les convenció, como que no era ni el mínimo. Pero ese salarito me llegó como perlas porque yo tenía seguros mis gastos esenciales: pago de luz, de agua, teléfono. Y todavía me quedaba para mis pases en el bus y comprar lo que yo necesitaba. Con esas mis amigas yo me iba a quedar ocho días aquí, ocho días allá. Un tiempo que me iba a ayudar a Marta a vender al supermercado. Yo no tenía, así como muchos gastos en comida. También eso me ayudó mucho. Yo estaba segura que tenía lo básico y la atención médica. Yo ahí tuve garantizadas mis medicinas para la presión. Tenía prácticamente todo: para mi alimentación, mi salud, mi techo dónde vivir, ¿qué más podría pedir yo?

Quién sabe si hubiera resistido ese trajín de andar de aquí para allá. Yo amaba tanto esa casa que hasta hoy casi me arrepiento de

haberme venido. Aquí la situación es diferente. Tengo mi familia aquí y todo.

Como en el 95 vine la primera vez a El Salvador, pero no a quedarme. Quería venir a ver a mi familia. Venía pensando en el bus que nadie siquiera me iba a ir a recoger. Sí ya tenía la dirección de la casa de mi sobrina, de la Tere, entonces decía yo: “Si nadie llega me voy para allá”. De mi nuera yo tenía la dirección de Soyapango, pero ya no vivían ahí, ya se habían trasladado donde están ahora. Yo le escribí a la Tere pidiéndole que buscara a Miriam, mi nieta. Mi gran sorpresa fue que todos ellos me estaban esperando ahí en la terminal de buses. Ahí estaba Ricardo, mi hijo, todavía estaba vivo. Todos habían ido en una microbús y me estaban esperando ahí en la terminal. Fue una emoción muy grande después de tantos años de no verlos. Mi hijo muy conmovido, hasta lloró.

Una vez mi nieta Miriam Eugenia fue a Costa Rica, estuvieron en mi casa. Yo no la había vuelto a ver desde que tenía 6 años. Yo siento que como abuela ellos no han recibido esos cuidados de abuelas que tanto quieren a sus nietos, y que los cuidan. Yo los he venido a ver ya grandes. Entonces yo siento que ellos no tienen ninguna obligación conmigo. Si acaso tal vez moral, por ser su familia. Yo por eso es que procuro no pedirles nada a ellos. Lo que me puedan dar, que lo hagan porque es su voluntad, no porque yo se los pida. Y ese es mi modo de pensar. Yo después me estaba un tiempito con ellos, me iba para Costa Rica. Me iba siempre a la casa de Miriam, o me iba a estar allá donde la Tere, por la colonia Santa Mónica, allá por Santa Tecla. Eran mis dos lugares donde yo venía.

Yo pensaba eso porque, como yo me alejé tanto de mi familia, tantos años que ni sabían de nosotros, yo no vi embarazada nunca a mi nuera, mis nietos no me agradecen un servicio de nada.

Cuando yo pensaba regresar aquí, yo pensaba: “¡A saber cómo me van a recibir, a saber, si me van a querer!”. Porque yo pensaba: si ellos no han recibido nada de mí, yo no tengo por qué esperar nada de ellos tampoco. Yo decía: “Yo quiero estar independiente”.

Yo había tomado esa decisión: “Me voy a venir, pero a una casita”. Porque me va a doler mucho si alguna vez me dicen: “Bueno si así le gusta bien, si no vea para dónde se va”. Entonces dije yo: “Tengo que tener dónde vivir”.

En esa mi angustia de dejar la casa en Costa Rica, alguien de mis amigos me dijo: “Mire, estese tranquila. Haga de caso que esta casita la va a trasladar allá. Como usted dice, con lo que le den de esta casa usted va a comprar una casita allá, un apartamentito, lo que pueda comprar, nosotros le vamos a mandar todas sus cosas. No va a cambiar nada”. Y la verdad es que sí, todo lo que tenía allá lo tengo aquí.

Con lo que me dieron por la casa compré dónde vivir y con lo que sobre lo voy a gastar en mis funerales, para que mi familia, si me muero, no tengan ese problema de andar carrereando para enterrarme. Eso fue lo que hice, para eso me sirvió el dinero. Tengo mis funerales, tengo mi casita y estoy segura de que no me voy a morir en la calle.

Yo fui a Bélgica cuando me invitó mi amiga Paula. Yo fui porque ahí estaba Tono con Marily. Mi preocupación era ver cómo sacaba yo los restos de *Marcial* de esa zona militar “Pablo Úbeda”, en Nicaragua, porque yo no podía ir ni siquiera a visitar la sepultura. Desde que me fui de Nicaragua no volví a ver la sepultura. Entonces estando allá me dice Tono: “Mire, aquí hay un amigo sacerdote que es muy cercano a la gente de la Dirección sandinista”. Sería el 97, por ahí. Fuimos a hablar con él. Yo le planteé el problema. Este padre nos dijo “Bueno, yo sí voy a hablar con algunas

personas ahí. Yo le llamo por teléfono. Es cuestión de paciencia”. Como a los cuatro días me llamó: “Mire, pues tuvimos suerte. He hablado con la gente y dicen que sí, que están dispuestos a entregarle los restos de su compañero. Cuando llegue allá a Costa Rica vamos a arreglar el conecte con la gente allá para que usted sepa cómo van las gestiones para hacer la exhumación”.

Estando allá en Costa Rica, ya de regreso de Bélgica, como al mes quizá, un día de tantos me dice Sebastián: “Dicen que ya están llenando todos los requisitos, que ahí le van a comunicar qué día puede usted ir a Nicaragua”. Como a los dos meses de eso, ya me llamaron por teléfono. Me dijeron que todo estaba arreglado allá, me dieron el conecte de quién me iba a recibir y todo, y ya me fui yo para Nicaragua. Le hablé por teléfono a Corina para que me acompañara. Las dos estuvimos allá. Según yo, íbamos solo a la exhumación. Y cuando llego me dicen: “Bueno, usted tiene que ir a la funeraria tal, por ahí. Ahí le van a decir qué es lo que hay que hacer”. Nos fuimos a la funeraria y cuando llegué me dijeron que escogiera la caja, yo no tenía que pagar nada. Yo escogí lo mejor. Una caja de madera preciosa, con incrustaciones, unas rosas lindísimas. Saber cuánto valía. Luego al llegar aquí todos miraban la caja. La esposa de Fabio Castillo y Fabio me acompañaron en el entierro. Le dice Juanita al doctor: “Mirá, cuando yo me muera quiero que me comprés una caja igualita a esta”.

Resulta que cuando llegamos a la funeraria, lo que me dice el de la funeraria es “Bueno, ahora vamos a ir a la municipalidad”. Fuimos a la municipalidad. Nos atiende ahí la empleada: “Deme por favor la partida de defunción”. “No la tengo”. Porque a mí no me dieron partida de defunción. Ahí en la municipalidad me dice la muchacha “¿Y él es de aquí de Jiloá?”. “No, él está ahí”. No le dije que en la zona militar. “¿Y entonces cómo vamos a exhumar

un cadáver así? Vayan al ministerio de Relaciones o pueden ir al consulado de El Salvador”. Entonces voy a la casa donde me estaba hospedando allá y les dije lo que había pasado. Ya le dije yo al conecte ese que me habían dado: “Mire, la situación es esta: he encontrado estas dificultades, me piden partida de defunción y a mí no me dieron”. Se quedó callado y a partir de ahí ellos se encargaron. A saber, cómo hicieron, pero a los pocos días me dijeron: “Vaya, se arregló todo”. Nos fuimos a Jiloá, a la zona militar directamente, y hubo ahí la exhumación, pero ahí sí había policía y un grupo de gente, toda la formalidad de una exhumación. Ya para ese tiempo no estaban ellos en el poder.

Yo no sabía, porque nadie explicaba nada, qué iba a hacer yo con esos restos. Y ahí estaba la funeraria. Para exhumar un cadáver sacan los restos, los meten a una caja de lámina y la sueldan bien. De ahí lo meten a otra caja y así vamos a la funeraria. Ahí hay que llenar esos requisitos, hay que velarlo. Ahí la Corina y yo velando, toda la noche en la funeraria, hasta el siguiente día que salíamos para acá, ya en la mañana. Para llevar los restos al aeropuerto los meten en una caja grande, grande de madera, como carga. Me dice el de la funeraria: “Aquí están todos los documentos. Cuidadito pierde usted alguno, para que no vaya a tener problemas en el aeropuerto”. Nos fuimos bien de mañana. Yo presenté todos los documentos, los guardé para el desembarque al venir aquí, y ya hicimos el recorrido. Fuimos al avión y cuando llegamos aquí, me acompañaron unos compañeros.

Al ratito llegó la funeraria también. Llegó el carro fúnebre y sacaron los restos en la caja y los metieron allí. A todo esto yo no sabía ni qué iba a pasar aquí. Según, de ahí del aeropuerto íbamos directo al cementerio. Me preguntó Sebas que dónde quería que lo llevaran y le dije que a Santa Tecla, porque él es de allí. Cuando

yo vine estaba todo arreglado. Hay una sepultura con dos lugares, ahí está el mío.

Pero también había que velarlo, del aeropuerto a la funeraria La Reforma, que está ahí por la Flor Blanca, ahí lo velamos. Llegó bastante gente. Y nadie sabía que veníamos. El *Co Latino*, parece que dio la noticia a mediodía, porque en la noche me acompañó bastante gente. Ahí estuvo el doctor Fabio. Yo no sé cómo hicieron para arreglar todo, hasta ahora yo no sé quién lo hizo.

De ahí lo fuimos a enterrar en el cementerio, también me acompañó bastante gente. Fue un momento bien doloroso, porque es como renovar la herida, pero yo sabía que *Marcial* quería morir aquí, peleando al lado de su pueblo. Él siempre estuvo dispuesto a morir con su gente. Estaba seguro de eso. Él decía: “Puedo morir de un momento a otro, pero esto ya es irreversible”. Él tenía una fe absoluta en el triunfo del pueblo.

La primera vez que yo vine aquí resulta que una gente que supo que yo había venido organizó una reunioncita, fue por cierto donde Carmen y Carrancho, que vivían en la colonia Buena Vista. Ahí hubo una reunioncita. Carmen había preparado unas cosas. Yo a ella la conocí allá en Nicaragua; creo que ellos fueron los que le dijeron a alguna gente. Nos reunimos ahí como veinte personas, y comimos y cantamos.

Por cierto ahí estaba una pareja que había estado en Nicaragua. Ella tenía un proyecto de costura allá. El esposo de ella es hermano del padre Macías, que mataron, Carlos. Solo gente así había ahí. Ella tenía un taller de costura, hoy ya no lo tiene, pero en ese tiempo tenía. Y me dice: “Tía, hoy que usted está aquí yo la voy a vestir, usted no se va a preocupar por la ropa”. ¡Y cabal! Me tomó medidas y como a los tres días me llevaba un vestido.

Hicieron ahí una reunión de reconocimiento pero a mí no me habían dicho nada. Fue precisamente allá en el cementerio. Me dice Carlos Palacio: “Tía yo le veo ese vestido que lo lleva bien flojo, ¿es que ha rebajado usted?”, “No”, le digo yo, “yo me veo bien este vestido, yo estoy lo mismo”. “No, ese vestido le queda bien flojo, yo le voy a decir a Vilma que le haga ropa, porque esa ropa ya no le queda a usted”. Y yo necia con que sí que me quedaba. ¡Porque sí que me quedaba! Era necedad que tenía. “No, vaya que se lo arregle Vilma”. “Ah, eso puede ser”, le digo yo, “si está flojo, pues que me lo arregle, ¡vaya!”. Como a los poquitos días llega Vilma con él. Muy amiga de Carmen. Viene y dice: “Tía le voy a tomar medidas para hacerle un vestido”. Me tomó medidas y todo. Al siguiente día ya llega con el vestido. “Se apuró” le dije yo, “para hacerme este vestido”, “Pues sí”, dice, “yo la quiero ver con ropa que le quede bien”. Como a las tres o cuatro de la tarde llegan: “Tía, vamos a ir a pasear a un lugar”. “¡Ah, vaya pues!”, y ya me voy. “Yo me voy con este vestido que tengo puesto”. Era el vestido con que había amanecido. Y cuando voy viendo, llego y era como un cafetín, de esas salas que alquilan para eventos. Y ahí había un montón de compañeros, de gente. ¡Vaya, y yo no me puse el vestido que me hizo! ¡Cómo no me dijeron a qué iba! Cuando voy viendo yo bien arreglado y qué bonitas flores. Yo creí que era otra cosa. “¡Vaya, no me dijeron que venía acá si no me hubiera cambiado de ropa!”

Yo me regresé. El tiempito que me quedé fue para hablar con un señor de los que trabajan en el cementerio. Le dije que, si me hacía una planchita, una planchita de cemento, como una sepultura para poner la plaquita, porque ahí no había nada. Le dije que solo le pusiera en la plaquita “Familia Carpio Alvarenga”, nada

más, porque yo pensé que hasta podían faltarle el respeto a esa sepultura. Al tiempo fui a ver que ya me había hecho el cuadrito de cemento, le dije yo: “Fíjese que yo quisiera ponerle cerámica, pero eso será después”. Entonces me dice: “Bueno, entonces se lo dejo así, porque si usted tiene esa idea de ponerle cerámica, no lo pueden ladrillar ya porque habría que picar después para ponerle la cerámica”. “Bueno, déjelo así, cuando yo pueda yo lo vengo a poner”. Pero después cuando yo vine encontré que habían mejorado la sepultura. Ya estaba como una sepultura, le habían hecho una plancha más alta, la habían ampliado. A mí me llegaron varios diseños de ideas que tenía la gente de hacerle algo mejor ahí, pero pasaba el tiempo y no se concretó eso. La sepultura la fueron mejorando, mejorando, y cada vez que yo venía le ponían algo nuevo. Yo quería ponerle una baranda alrededor para protegerla, porque la gente va y se para encima, sobre todo para el Día de los difuntos. Por último, la baranda bien bonito que le hicieron, le hicieron su lápida “Comandante *Marcial*, Salvador Cayetano Carpio, falleció tal y tal” así, en mármol. Después le habían puesto una asta arriba, donde ponían una bandera. Y la gente llegaba para los aniversarios de su muerte. Los que se habían encargado de eso eran los empleados de la municipalidad de Santa Tecla. Todos los aniversarios vamos a verlo. Yo siento que cada día va más gente. Sobre todo, me llena de mucho gusto ver jóvenes.

Yo en Costa Rica llevaba la vida común y corriente de visita con mi gente amiga, días aquí, días allá, días por allá, con ustedes. ¡Vaya! Yo con todas mis amigas allá en Costa Rica lo que encontré fue mucha solidaridad. La mayoría eran salvadoreñas, algunos costarricenses, como ustedes, con mucha afinidad política. Hablamos de cosas, de principios que todavía mantenemos. Otra gente lo ve como una cosa del pasado. Ya con mis otros amigos casi de

política no hablamos, sino de todo. Ya la otra gente se ha dedicado a hacer su vida. No es que hayan renegado, ellos mantienen sus ideas, pero hasta ahí.

Allá en Costa Rica yo quería mucho a todos mis vecinos. Tuve la suerte de vivir en esa casa que me llevaba tan bien con todos mis vecinos. Yo me venía aquí con toda confianza, porque cuando llegaba, la niña Clemen hasta la casa bien limpia me tenía. Le decía yo: “Ya vine niña Clemen”. “¡Ah, vaya! No se vaya a poner a cocinar porque aquí le voy a hacer yo un gallito”. Los vecinos, todos me cuidaban la casa, casi todos me habían dado su teléfono. Me decían: “Mire, por cualquier necesidad, cualquier cosa, hablemos a la hora que sea”, así es que yo me sentía rodeada de buena gente. Yo por eso sentí tanto venirme de allí, porque yo me sentía bien con toda la gente. Varias veces alguna mi vecina de la esquina: “Doña Tulita venga a tomarse un cafecito conmigo”. En Costa Rica yo me sentía bien con la gente, no me sentía como una extraña; me sentía como en casa, como en mi país.

Políticamente yo allá no participé en nada, en nada político. Sí fui a varias actividades. Fui a la universidad cuando le organizaron ahí un homenaje al padre jesuita Ignacio Martín-Baró, que cumplió aniversario, hicieron un acto muy bonito allí. Estuve en la presentación del libro de Anacristina Rossi allá en Costa Rica, que se llenó el lugar donde se hizo. También una vez fuimos a Heredia, no me acuerdo qué celebraban, que fuimos a conocer donde estuvo la Policía, estaban las rejas donde metían a los presos. Fuimos a varias actividades. Fuimos a conciertos y festivales de las artes. Con una de mis amigas iba a recitales de poesía. Fuimos al recital de música allá por el Pacífico, la antigua estación del Pacífico. Con otra de ellas fuimos al Teatro *Melico* Salazar, ahí fui varias veces. Pero una vez era un concierto con un grupo artístico,

de Nicaragua, de danza y música, que el embajador de Nicaragua en Costa Rica había organizado. Era un concierto, lindísimo, con unas danzas bellísimas. Nosotras íbamos un poquito atrasaditas, porque la entrada era a las 8:00. Yo creía que no íbamos a encontrar asiento, y más bien había poca gente. Terminó el concierto con el teatro casi vacío. Y era gratis.

También estuve en las manifestaciones contra el Tratado de Libre Comercio, y también andaba en las reuniones de los comités que se habían formado. Fuimos a varias marchas del 1o. de mayo. Así, como espectadora pues. Y estuve en dos encuentros y en una marcha con las mujeres campesinas, con Orfa.

Y antes, cuando estuve con María, Rodolfo tenía un trabajo bastante bueno con la comunidad cristiana de refugiados en Heredia y él seguido hacía reuniones con los refugiados, entonces íbamos con María. Estaba todavía el padre este, Molina, el tío de Rosita, que era el párroco de allá. Daban clases de corte y confección, de decoración de queques, de tejido, de cerámica, y ahí Rodolfo había llevado un grupo de salvadoreños de las comunidades salvadoreñas de allá de Heredia. Iba él a dar clases de cerámica y yo iba con él. Eso sí me gustaba mucho, me sentía yo bien. Y anduve con Rodolfo en las comunidades, en los trabajos con los refugiados que él hacía. Era una persona que tenía mucho carisma, un hombre que tiene un poder así de convocatoria. Él convocaba a la gente y ahí no cabía en la casa. Hablábamos de El Salvador, de la situación allá, de cómo ayudarnos unos con otros en nuestras necesidades, y a eso siempre fuimos: a celebrar los aniversarios de la muerte de los sacerdotes y de los caídos, las fechas que nosotros conmemoramos aquí siempre. Entonces lo hacíamos allá, conseguíamos local. En esas actividades siempre anduve yo.

Ya después que vine aquí ni yo misma sé porque yo no busqué a nadie, pero sí alguien que sabía que estaba aquí le decía a otra gente y ya preguntaban la dirección y el teléfono y llegaban a verme a la casa.

El *Co Latino* publicaba las actividades de los aniversarios de *Marcial*. También, de parte del sindicato de la Universidad hicieron un parquecito y hay una placa para *Marcial*. De todo eso yo no me daba cuenta.

También he estado en presentaciones de libros, por ejemplo en la presentación del libro de Leti, en la Universidad Francisco Gavidia. También cuando vino la escritora de allá, Anacristina Rossi, a presentar su libro aquí, yo fui a la Universidad. Ahí hubo muy poca gente.

De ahí que he andado también con los Yolocamba Ita, con Franklin, con Roberto, en conmemoraciones de aniversario de los caídos o aniversarios de las FPL, así he andado.

Cuando *Marcial* murió, había unos escritos estrictamente internos de las FPL. Incluso había la obligación de estudiarlos y devolverlos. No sé cómo, salieron publicados. Hicieron una presentación del libro en un auditorio de la Universidad. Estuvo lleno el auditorio. Le pusieron de nombre *Nuestras montañas son las masas*, que era una frase que él decía. Además de los cuadernos, incluye otros documentos.

Yo me siento bien porque sé que estoy con gente que es de toda mi confianza, que tienen buenos recuerdos de mi compañero, que están de acuerdo en mucho de lo que él planteaba, sobre todo en estos últimos tiempos que se han convencido de que estábamos nosotros en lo correcto. Con toda esa gente es con la que yo realmente he hecho amistad.

Hay mucha gente que, cuando uno habla del pasado, se ríen, se burlan, dicen que son *viejadas*. Quizás no entienden que para comprender el presente hay que conocer el pasado.

Yo me crié en la miseria y en la opresión, en aquellos años de las dictaduras militares. Mi escuela fue la vida y aprendí que aquí en este país nada se ha conseguido sin lucha, las más mínimas conquistas han costado sangre.

Vaya, yo creo que hasta ahí.

El libro de la Tía. Memorias de Tula Alvarenga una obrera revolucionaria de El Salvador, editado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM, se terminó de imprimir en digital el 31 de enero de 2022 en los talleres de Gráfica Premier S.A. de C.V., 5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco, Metepec, México. Su composición y formación tipográfica, en tipo Walbaum de 12:15 puntos, estuvo a cargo de Irma Martínez Hidalgo. La edición consta de 300 ejemplares en papel Snow cream de 60 gramos. La preparación de archivos electrónicos a cargo de Beatriz Méndez Carniado. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Claudia Araceli González Pérez.

Conocí a la Tía a finales de los años setenta, al fragor de las gestas antidictatoriales y el esfuerzo por ejercer el derecho del pueblo salvadoreño a organizarse y luchar por sus reivindicaciones inmediatas y su liberación definitiva. Para entonces ella ya era reconocida como una líder obrera, organizadora popular y precursora de la organización de las mujeres salvadoreñas.

El libro de la Tía contiene una parte importante del testimonio vital de una mujer extraordinaria y transfiere valiosa información acerca del devenir histórico de un país que, pese a lo vivido y al presente, merece y logrará su redención libertaria definitiva.

Franklin Quezada

Fundador, productor, director musical y arreglista del Grupo Yolocamba I Ta.
Co-fundador y directivo nacional del Movimiento de la Cultura Popular de El Salvador

Hay mucha gente que, cuando uno habla del pasado, se ríen, se burlan, dicen que son viejadas. Quizás no entienden que para comprender el presente hay que conocer el pasado.

Yo me crié en la miseria y en la opresión, en aquellos años de las dictaduras militares. Mi escuela fue la vida y aprendí que aquí en este país nada se ha conseguido sin lucha, las más mínimas conquistas han costado sangre.

La Tía

ISBN 978-607-30-5350-1



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe